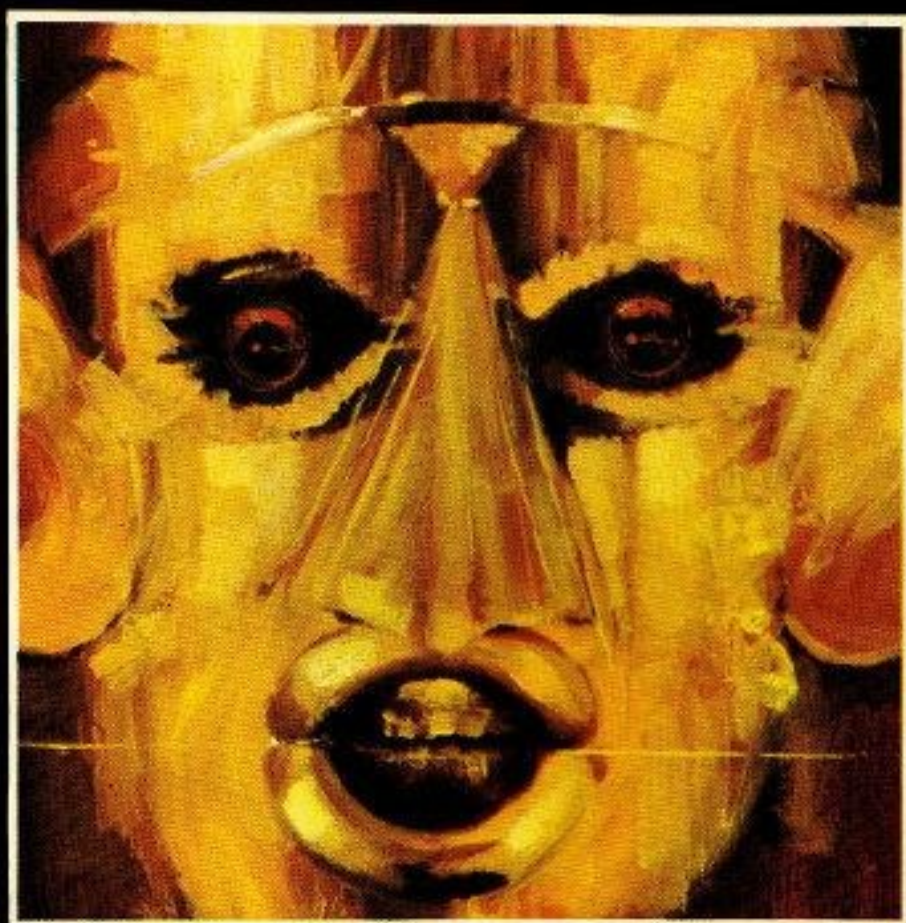


ciencia ficción y fantasía



nueva dimensión



NUMERO ESPECIAL DEDICADO A HARRY HARRISON

Lectulandia

Número especial de esta revista española de ciencia ficción y fantasía,
dedicado a Harry Harrison.

Lectulandia

AA. VV.

Nueva Dimensión Extra 4

Nueva Dimensión: Nueva Dimensión Extra - 4

ePub r1.1

Titivillus 01.11.16

Título original: *Nueva Dimensión Extra 4*

AA. VV., 1970

Cubierta: Enrique Torres

Ilustraciones: Carlos Giménez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

nueva dimensión

REVISTA DE CIENCIA FICCIÓN
Y FANTASÍA

A cargo de:

Sebastián Martínez
Domingo Santos
Luis Vigil

Director Periodista:

José Armengou

Colaboradores:

Joaquín Alberich
Dr. Alfonso Álvarez Villar
Luis-Eduardo Aute
Carlos Buiza
Alfonso Figueras
Carlo Frabetti
José Luis Garcí
Luis Gasca
Teresa Inglés
Antonio Martín
José Luis M. Montalbán
Berit Sandberg

Director Artístico:

Enrique Torres

Ilustradores:

Miguel Albiol
José M.^a Beá
Carlos Giménez
Esteban Maroto
Jordi Paris
Enric Sió
Adolfo Usero Abellán

Corresponsales:

Austria: Kurt Luif
Estados Unidos: Forrest J.
Ackerman
Gran Bretaña: Jean G. Muggoch
México: Luis Vázquez
Rumanía: Ion Hobana
Uruguay: Marcial Souto

EXTRA Número 4 / Noviembre
1970

nueva
dimensión **HOY**

EDITORIAL

[Guerra con los robots](#)

SE PIENSA

[Sobre Harry Harrison](#)

Bibliografía

[Unas palabras del autor, que es humano...](#)

PORTADA DE

[Enrique Torres](#)

ILUSTRACIONES DE

[Carlos Giménez](#)

NÚMERO ESPECIAL DEDICADO A HARRY HARRISON

Simulador de entrenamiento

Se solicita Venex

Brazo de la ley

El robot que quería saber

Te veo

El mecánico

Planeta de supervivencia

Guerra con los robots



EDITORIAL

GUERRA CON LOS ROBOTS

«Erase una vez un robot que sentía envidia de sus constructores los hombres. Era más inteligente que ellos, más rápido que ellos, más resistente que ellos. Solo en una cosa le aventajaban los humanos, y esto le producía un tremendo complejo de inferioridad. Hasta que al fin se decidió. Durante mucho tiempo, trabajando durante las noches y en sus horas libres, llevó a cabo su proyecto. Se fabricó, diseñado por él mismo, un falo electrónico, y se lo injertó en su lugar correspondiente...»

No sé si nunca se ha escrito una historia parecida; tal vez sí. Pero de todos modos, si es inédita, creo que hay en ella un buen argumento para un relato, incluso

para todo un libro. Desde los muñecos automáticos de Vaucanson hasta la última maravilla androide de la electrónica, los diseñadores y constructores de robots (deliciosa palabra, sugeridora de mil y una ideas a los autores de ciencia ficción) han sentido una clara debilidad por imitar de la mejor manera posible la forma humana. Tal vez habría que buscar las razones de este antropomorfismo en una cierta vanidad y orgullo del hombre como tal, e incluso en su deseo de convertirse en cierto modo, a través de la construcción de algo que sea a su imagen y semejanza, en un pequeño dios. Pero esto es ya otro asunto.

De todos modos, y pese a este afán antropomorfista, muy pronto la funcionalidad de unas misiones específicas aconsejaron olvidar unos ciertos criterios estéticos que se revelaban no demasiado prácticos. Para que una máquina regule el funcionamiento de una cocina automática o lleve las cuentas de una entidad bancaria no necesita estar dotada de manos ni pies. Los monstruosos armarios en que se plasmaron exteriormente los primeros robots —afortunadamente los semiconductores acudieron muy pronto en su ayuda— seguían siendo robots... aunque fueran tan solo enormes latas cuadradas. Y para diferenciar, entonces, se empezó a llamar androides a los que hasta entonces se habían llamado robots y seguían conservando su forma más o menos humanoide.

Actualmente, un robot puede tener mil y una formas sin dejar de serlo. Puede estar oculto —o agazapado— detrás de cualquier panel, ocupar un paño de pared, ser un antiestético armario. Ve su radio de acción restringido al no tener que moverse de sitio para realizar su función, y aunque se le dotara de patas tampoco podría ir demasiado lejos, ya que necesita de unas estrictas condiciones de temperatura y humedad para su perfecto funcionamiento. El robot, hoy (los técnicos se estremecen ante esta palabra, y anteponen otra mucho más convencional y tranquilizadora: ordenador), es una enorme máquina quieta y estúpida, que trabaja eficientemente pero que carece por completo de poder de decisión.

Sin embargo, para los autores de ciencia ficción, los robots siguen siendo los eternos armatostes de forma más o menos humanoide, algunas veces revestidos de brillante metal, las más de esa maravillosa sustancia que por consenso mundial se ha dado en llamar plasticarne y que les da una apariencia totalmente humana. Los han «construido» a nuestra propia imagen y semejanza... y los han lanzado a una lucha conflictiva, a veces abierta, otras puramente ideológica, con nuestra pobre y doliente humanidad de carne, huesos y sangre.

Una lucha que, en muchas ocasiones, se ha convertido en una verdadera guerra. Claro que, desde la célebre rebelión de los Robots Universales Rossum hasta nuestros días, ha sufrido una clara transformación, casi me atrevería a llamarle una sutilización. La guerra con los robots ya no es hoy la lucha despiadada entre el robot Marius y Harry Domain, como prototipos de dos universos contrapuestos. Intervienen muchos más factores. Y así, entre los relatos que componen este número, hay toda una gradación del conflicto, desde el aplastamiento frío, inconsciente y

mecánico del hombre por la máquina en «Te veo» hasta la simpática humanización de esta misma máquina en «Se solicita Venex», atravesando diversos y bien definidos niveles.

Sin embargo, en todas estas historias —en casi todas las historias sobre robots— hay dos factores comunes condicionantes: los robots son siempre humanoides, y su enfrentamiento con los hombres está motivado por el odio o por una manifiesta incompatibilidad.

Estos factores son interesantes de estudiar, porque sirven a sus autores para ilustrar una serie de problemas que nos afectan y que están apareciendo ya a nuestro alrededor: la masificación del hombre, su dependencia cada vez más a la máquina que llegará incluso un día a gobernarlo... Sin embargo, este alegre poblar el mundo, por parte de los autores de ciencia ficción, de magníficas máquinas humanoides atentas y serviciales que nos sirvan como mayordomos, ayudas de cámara y criados y realicen todas las tareas pesadas que no nos gustan a nosotros, me produce un cierto escalofrío, porque me plantea otro porvenir más sombrío que el futuro de una Tierra poblada por máquinas que quieren ser hombres y hombres que se han dejado convertir en máquinas.

Un robot de tipo humanoide, a mi modo de ver, podrá ser siempre un estupendo juguete para divertirnos y divertir a los amigos, pero nunca nos podrá servir. El meter todas las «tripas» —y utilizo esta denominación para no recurrir a los catálogos made IBM— de un robot dentro de un espacio equivalente al de un cuerpo humano es un lujo, pero nada más. Así lo han comprendido todos los fabricantes de automatismos y han preferido incorporarlos a sus aparatos, desde el estúpido pero eficiente «robot» que nos enciende la luz cuando abrimos la puerta de nuestro refrigerador, según palabras del propio Harrison, hasta el que vigila que el asado esté dorado y en su punto para apagar, con un suave klik, el horno de nuestra cocina. La cocina del mañana, por ejemplo, no estará compuesta por un robot cocinero que, con su gorro y su delantal, trastea sartenes y de vuelta a las tortillas con suma habilidad mientras con el rabillo de su ojo electrónico vigila la temperatura de la leche que tiene puesta a calentar, sino por un número x de robots de menor alcance que, metidos en todos los aparatos que la componen, disimulados en ellos, realicen todas las funciones sin más trabajo por nuestra parte que el oprimir el adecuado botón.

Bajo estas premisas, considero muy difícil una guerra con los robots tal como es pintada en las novelas de ciencia ficción, porque, en primer lugar, veo muy difícil una posibilidad de diálogo directo entre hombre y robot. Pero al mismo tiempo, y por los mismos motivos citados, veo otra posibilidad que puede ser mucho más terrible. Una cosa es cierta, que el hombre se está abandonando cada vez más a las máquinas que le sirven, y que no está lejano —en realidad está ya aquí— el momento en que no sepa vivir sin ellas. No veo, pues, una guerra cruenta entre el hombre y el robot, una guerra de exterminio. Los tiempos de Capek y de Romain Rolland, por suerte o por

desgracia, han pasado ya. Las máquinas pueden ser más sutiles. Nunca nos dirán, agarrándonos por el cuello con sus pinzas metálicas: «Os odiamos, y por lo tanto vamos a exterminaros».

Pero sí pueden decirnos, y tal vez lo hagan algún día: «Nosotras somos ahora las que mandamos. Obedecednos, o sencillamente dejaremos de funcionar para vosotros».

Entonces, la verdadera guerra con los robots habrá comenzado.

SE PIENSA

SOBRE HARRY HARRISON



En un artículo especial para la revista francesa FICTION (n.º 177, agosto 1963) y bajo el título *Echos d'Angleterre* (Ecos de Inglaterra), Maxim Jakubowski se refiere así al autor de estos relatos:

«Harry Harrison, otro escritor que vive en Europa (en Suecia, para ser más exactos), es un personaje que no se olvida fácilmente; es ciertamente el *clown* de la SF moderna: hilarante, desbordante de humorismo, cómico, grandioso, etc. Un verdadero espectáculo, típicamente americano, que vale la pena ser visto. No obstante, su carácter épico no se refleja en sus trabajos, tan considerados.»

Olvidándonos del lugar común (¿por qué «típicamente americano»?) y del error (vive en Dinamarca y no en Suecia), esta no deja de ser, para los que conocen al *good old Harry*, una visión bastante exacta de su temperamento explosivo, estruendoso y bonachón. Su risa tiene la sonoridad de un trombón y su voz, de un bajo profundo, produce extrañas resonancias dentro de cada uno.

Harry Harrison nació en Stanford, Connecticut, en 1925 y vivió en Nueva York en donde estudió arte hasta 1943. En ese año fue llamado a filas, sirviendo como instructor en ametralladoras. En cuanto abandonó el ejército, regresó a sus estudios. Hizo carrera como ilustrador comercial y después como director artístico y literario de varias revistas de cine, actualidades y ficción. Su temperamento inquieto no aceptaba permanecer fijo en un mismo lugar por mucho tiempo. Por eso, cambió la seguridad de su posición por la precaria existencia de escritor independiente, transfiriéndose con su familia a Méjico. Después, vivió en Kent, Camden Town, Italia, Dinamarca, España y nuevamente los Estados Unidos.

Justifica este constante cambio de localidad como esencial para su investigación pero, en realidad, es un caso incurable de nomadismo, ya que viajando puede satisfacer su entusiasmo por ver paisajes nuevos, esquiar, hablar esperanto, y hacer una peregrinación anual a la Convención de la Asociación Británica de la SF. Actualmente, Harry Harrison está pensando seriamente en instalarse (¿por cuánto tiempo?) en Irlanda.

Aparentemente, Harry Harrison no es un autor difícil. Su obra se sitúa en líneas generales en el género de la *space-opera*. Pero que el lector no se engañe con esta sencillez; las aventuras espaciales de Jason dinAlt en *Mundo muerto* no son tan solo arriesgadas incursiones en terrenos desconocidos y simples combates. Siempre está presente la crítica, alertando al hombre ante su futuro.

Y tampoco es broma la advertencia general que se hace en la dedicatoria de *Make room! Make room!*: «Todd y Moira, por vuestro bien, niños, espero que esto resulte simplemente una pura ficción.»

Harry Harrison es codirector de la revista SF HORIZONS y director de GREAT SCIENCE FICTION, AMAZING STORIES y FANTASTIC. Además, es miembro de la Accademia Internazionale delle Arte Fantastiche de Milán (Italia).

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS PUBLICADAS:

Bill, the Galactic Hero
Captive Universe
The Daleth Effect
Deathworld 1, 2 & 3
Make Room! Make Room!
Plague from Space
Planet of the Damned
Prime Number
The Stainless Steel Rat
The Technicolor Time Machine
Two Tales and Eight Tomorrows
War with the Robots

OBRAS TRADUCIDAS AL CASTELLANO

Novelas

Bill, Héroe Galáctico (*Bill, the Galactic Hero*) Col. Moebius, número 2
Estafador Interestelar (*The Stainless Steel Rat*) Col. Infinitum, número 27
Mundo Muerto (*Deathworld*) Col. Cenit, núm. 37
Mundo Muerto (*Deathworld 2*) Col. Infinitum, núm. 32
Mundo Yerto (*Deathworld*) Col. Galaxia, núm. 42
Plaga del Espacio (*Plague from Space*) Col. Oro (Anticipación), número 576

Cuentos

El brazo de la Ley (*Arm of the Law*) Antología de Novelas de Anticipación Acervo, núm. 2
El mecánico (*The Repairman*) Antología de Novelas de Anticipación Acervo, núm. 2
Las muchas muertes (*The Many Dooms*) Selecciones Géminis de Ciencia Ficción, núm. 3
La rata de acero inoxidable (*The Stainless Steel Rat*) Nueva Dimensión, núm. 7
El robot que deseaba aprender (*The Robot Who Wanted to Know*) Antología de Novelas de Anticipación Acervo, núm. 2

Títulos originales de los cuentos publicados en este número EXTRA:

Simulador de entrenamiento: *Simulated Trainer*, publicado originalmente con el título *Trainee for Mars* en *Fantastic Universe*, junio de 1958.

Se solicita Venex: *The Velvet Glove*, publicado en *Fantastic Universe*, noviembre de 1956.

Brazo de la ley: *Arm of the Law*, publicado en *Fantastic Universe*, agosto de 1958.

El robot que quería saber: *The Robot Who Wanted to Know*, publicado en *Fantastic Universe*, marzo de 1958, con el seudónimo de Felix Boyd.

Te veo: *I See You*, publicado originalmente con el título *Robot Justice* en *Fantastic Universe*, julio de 1959.

El mecánico: *The Repairman*, publicado en *Galaxy Science Fiction*, julio de 1959.

Planeta de supervivencia: *Survival Planet*, publicado en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, agosto de 1961.

Guerra con los robots: *War with the Robots*, publicado en *Science Fiction Adventures*, julio de 1962.

UNAS PALABRAS DEL AUTOR, QUE ES HUMANO...

Cuando la mayor parte de la gente oye la palabra *robot*, tiene la metálica imagen refleja de un hombre mecánico, con juntas chirriantes y ojos que relucen. Esto no era exactamente lo que Karel Capek tenía en mente cuando inventó la palabra en su obra de teatro R.U.R., poco después de la II Guerra Mundial. Sus robots, los *Robots Universales Rossum*, eran de carne y huesos, aunque hechos artificialmente, e idénticos a la gente nacida en placenta en todo excepto en su completa falta de emociones. El nuevo término robot venía a colmar una necesidad, y fue gratamente adoptado por los escritores de SF, y pronto se cambió su contexto para designar al hombre mecánico de piel de acero (los robots de carne y huesos de Capek se llaman ahora *androides*). Al mismo tiempo, en la ingeniería aplicada, la palabra robot se ha convertido en un término inclusivo para toda una nueva familia de utillería.

Al igual que las herramientas y armas: martillos, sierras, espadas y demás, son una extensión directa de las habilidades físicas del hombre, los robots son una extensión de sus funciones más altas y abstractas. El piloto automático, el robot que pilota el avión durante períodos más largos que su equivalente humano, tiene delicadas capacidades de discriminación y elección. Hasta los burdos modelos primitivos podían detectar y corregir desviaciones del curso antes de que el piloto humano pudiera siquiera apreciarlas, mientras que los nuevos modelos, más sofisticados, giran e inclinan el avión al toque de un único botón. Este proceso de *captar y decidir* es lo que separa a los robots de las máquinas insensibles. Un despertador es una máquina, pero un radio-reloj automático es un robot. Tal vez no lo parezca, pero funciona como tal. Arrulla a su dueño hasta que se duerme con música suave, luego apaga el sonido hasta el momento correcto de la mañana en que debe ser despertado. No habría ningún problema para ampliar su campo de funcionamiento. En vez de ser una radio, esta máquina podría consistir en un tocadiscos: tocar Brahms por la noche y Sousa por la mañana. Y en lugar de apagarse tras un intervalo fijo, la música podría continuar sonando suavemente por la noche hasta que su propietario estuviera completamente dormido, determinando el robot este hecho por un termostato en la cama que detectase el descenso de la temperatura corporal que acompaña al sueño. Si el propietario del mismo deseara alzarse al amanecer, no habría necesidad de que buscara en el almanaque, cada noche, el momento exacto; una simple célula fotoeléctrica podría encargarse de eso. Todos estos artefactos podrían ser colocados, en lugar de en una caja negra, en un torso metálico, con el termostato en la yema de un dedo, las células fotoeléctricas en lugar de los ojos. Y en vez de efectuar una conexión interna, podría extender un brazo para poner la música, y hasta para levantar las persianas si fuera necesario.

Yo no tengo ningún deseo ardiente de tener un hombre metálico alrededor de mi

cama por las noches, con su dedo metálico tocando suavemente mi piel y sus insomnes ojos esperando las señales del amanecer. Aunque, esencialmente, sería la misma máquina que ahora enciende y apaga la música para mí.

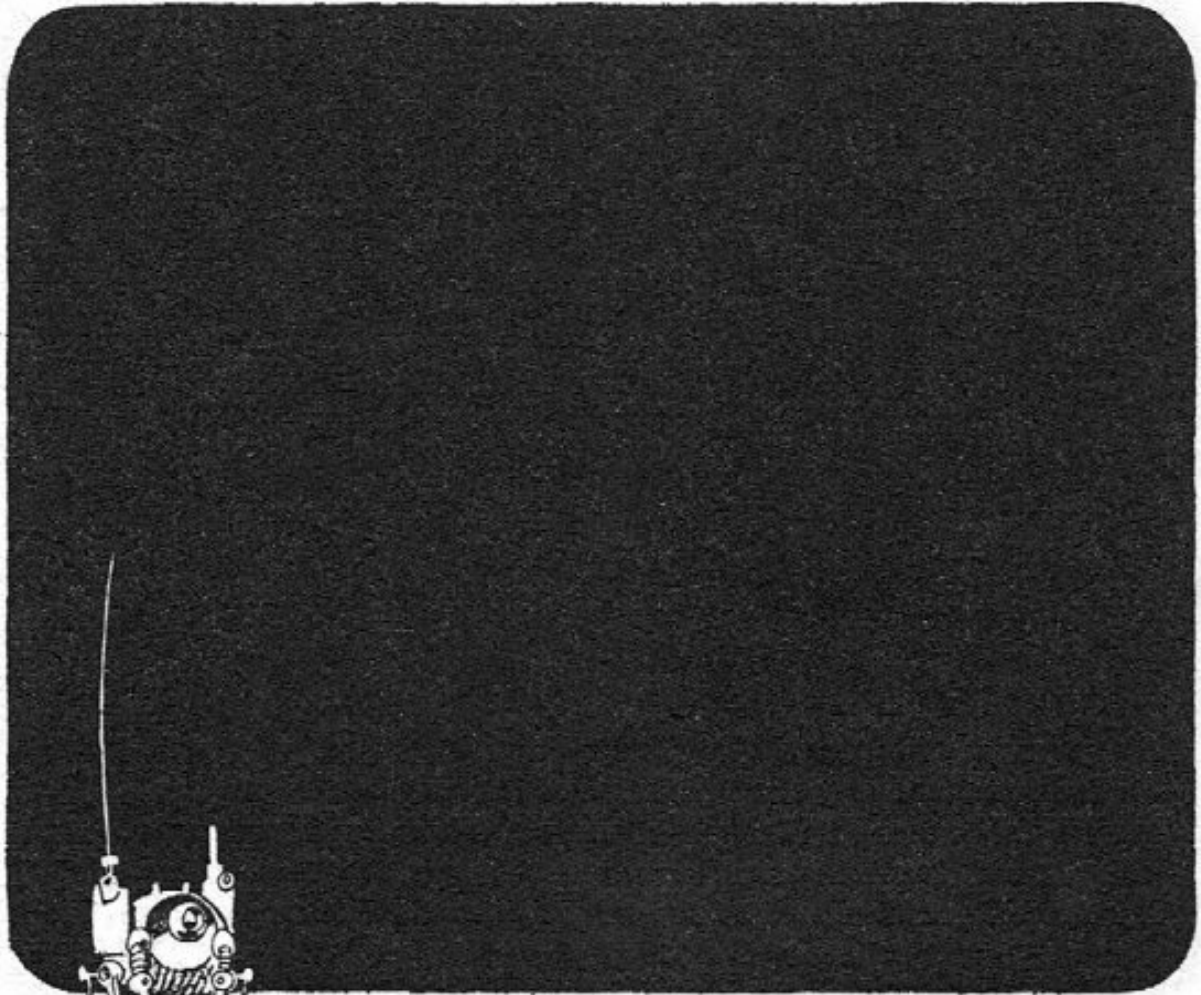
Se puede decir que mi actitud es emotiva, pero no excepcional. Desde hace tiempo tenemos la tendencia a antropomorfizar nuestros aparatos mecánicos: dándoles nombres a nuestros coches, maldiciéndolos, animándolos, y ocasionalmente golpeando a las máquinas recalcitrantes. Hasta nos estamos acostumbrando a los servicios de los robots y comenzando a no asombrarnos ante ellos. ¿Qué niño no se ha sentido fascinado por el estúpido robot del refrigerador que apaga la luz cuando cerramos la puerta? ¿Acaso el robot la apaga *siempre*? Este pensamiento puede mantener a algún niño despierto noches enteras tratando de encontrar formas en que averiguarlo.

¿Han viajado ustedes en uno de esos ascensores totalmente automáticos que están comenzando a instalar en los grandes edificios de oficinas? Un único control central pone en marcha y detiene toda una hilera de ascensores, programando viajes frecuentes en las horas punta y menos en los períodos de calma. Los pasajeros son contados y se cierran las puertas cuando las cabinas están llenas. La velocidad y el frenado se ajustan al peso de forma que las puertas siempre queden al nivel del piso exterior. Algunos de los elevadores llegan a tener una voz grabada (apropiadamente firme) que ordena al viajero indeciso que se aparte de la puerta si es que impide su cierre. El robot que controla los ascensores está adosado a una pared y recibe y envía sus señales electrónicamente. Si deseásemos conformarlo a la imagen clásica de un robot, haría el mismo trabajo, aunque tal vez no tan eficientemente, bajo la forma de un hombre mecánico que chasquease sus dedos a los operadores metálicos de los ascensores. Lo cual sería realmente vistoso, pero no alteraría la situación básica de control por robot en lo más mínimo.

Los robots están aquí y aquí se quedarán, profundamente atrincherados en las artes de la guerra y de la paz. Un pequeño robot antisocial y suicida llamado espoleta de proximidad viaja en los proyectiles de cañón y no soporta estar cerca de nada. De estarlo, estalla. Otro robot puede cambiar las luces largas de su coche, poniéndolas de nuevo cuando el otro coche ha pasado, aunque es algo estúpido y parpadea alegremente ante los carteles brillantemente iluminados. Los operadores telefónicos robot son mejores, más baratos y más rápidos que los humanos, aunque sea más difícil discutir con ellos. Los aparcamientos robot ya están en funcionamiento y se llevarán su automóvil al entregarles una moneda, devolviéndoselo (esperemos) cuando presente la identificación correcta. En el hogar, las estufas controladas por robot son tan corrientes que las damos por descontadas.

De acuerdo, los robots están y se quedarán con nosotros, pero ¿qué impacto van a tener en nuestra propia sociedad humana? ¿Originarán muerte y destrucción como la criatura de Victor Frankenstein? ¿O se harán los amos del mundo como sus progenitores de R.U.R.? ¿Serán obedientes siervos o dueños metálicos? O, más

sutilmente, ¿suplirán nuestras necesidades físicas hasta un grado tal que la raza humana se hunda en la holganza, degenera y perezca? Naturalmente, *todo* es posible, y en los relatos que siguen hablo acerca de algunas de las posibilidades. Algunas placenteras, otras bastante desagradables. Escoja...



SIMULADOR DE ENTRENAMIENTO

La primera criatura de la Tierra que pondrá su pie, o cadenas, en la Luna será un robot (esta introducción fue escrita en 1962). Ya se halla en diseño y se planea cuidadosamente como se desplazará, hará investigaciones geológicas, buscará alguna forma de vida, examinará la superficie y medirá la radiación de la Luna. Y, naturalmente, enviará la información a su base. Al contrario del hombre, el robot se sentará entonces pacíficamente para permanecer inmóvil durante toda la eternidad, con sus ojos electrónicos contemplando desinteresadamente su mundo de procedencia en lo alto del cielo. Este pequeño robot de exploración es de un diseño tan atractivo que ya ha originado un cisma entre los científicos que no saben si es necesario o no enviar un hombre a la Luna. Pero creo que no cabe demasiada duda en cuanto a lo que sucederá finalmente. No recuerdo ningún recibimiento triunfal hecho a un robot. Los cohetes llegarán a la Luna y los planetas y, aunque habrá muchos robots a bordo, también viajará como mínimo un hombre. Será difícil mantenerlo vivo, y con un mínimo de comodidad, pero estará allí...

Marte era un infierno polvoriento y helado. Raído hasta los huesos y color rojo sangre. Caminaban penosamente uno detrás del otro a través de la arena que les cubría hasta el tobillo, y en un monótono dúo maldecían al desconocido ingeniero que había diseñado los defectuosos reacondicionadores de sus trajes de presión. El problema no se había mostrado durante las pruebas de los nuevos trajes. Tan solo había aparecido después de haberlos estado usando habitualmente durante algunas semanas. Los absorbedores de agua se habían sobrecargado y roto. La atmósfera marciana se hallaba a un frígido -60° C. En el interior de sus trajes, trataban de apartar, parpadeando, el sudor no evaporado de sus ojos, y se cocían lentamente en la tremenda humedad.

Morley agitó con fuerza su cabeza para expulsar una gotita que le hacía cosquillas en la nariz. Al mismo tiempo, algo de color óxido y peludo pasó corriendo frente a él. Era la primera señal de vida marciana que habían visto. En lugar de curiosidad científica, tan solo sintió ira. Una patada lanzó al animal volando por el aire.

Lo repentino del movimiento le hizo perder el equilibrio. Cayó lentamente de lado, y su traje rozó contra un fragmento de aguda obsidiana inclinado hacia arriba.

Tony Bannerman oyó el hosco grito del otro hombre en sus auriculares y se giró. Morley estaba en el suelo, retorciéndose sobre la arena, con ambas manos apretadas contra el desgarrón del pantalón de su traje. El aire cargado de humedad estaba escapando en un humeante chorro que se convertía inmediatamente en reverberantes cristales de hielo. Tony saltó hacia él, tratando de cerrar el roto con sus propios inefectivos guantes. Con sus placas visoras juntas, podía ver la mirada de terror del rostro de Morley... así como el color amoratado de la cianosis.

—¡Ayúdame... ayúdame!

Gritaba con tal fuerza que los auriculares le zumbaban. Pero no había ayuda posible. No habían cogido parches de emergencia. Todos estaban en la nave, al menos a medio kilómetro de distancia. Antes de que pudiera ir hasta allí y regresar, Morley estaría muerto.

Tony se alzó lentamente y suspiró. Iban solo ellos dos en la nave, no había nadie más en Marte que pudiera ayudarles. Morley vio la mirada de los ojos de Tony y dejó de luchar.

—¿No hay esperanza, Tony...? ¿Estoy muerto?

—Tan pronto como se acabe el oxígeno; treinta segundos como máximo. No hay nada que pueda hacer.

Morley gruñó la palabra más soez y corta que conocía y apretó el botón rojo de EMERGENCIA situado en el guante, por encima de su muñeca. En el mismo instante se abrió el suelo junto a él, cayendo la arena por los bordes de la abertura. Tony se echó hacia atrás cuando dos hombres con trajes de presión blancos surgieron por el agujero. Llevaban cruces rojas en la parte delantera de sus cascos y portaban una camilla. Colocaron a Morley en ella y desaparecieron en un momento por el agujero.

Tony se quedó contemplando hoscamente el agujero por un minuto, esperando

hasta que el traje de Morley apareció otra vez por el orificio. Luego, la trampilla cubierta de arena se cerró, y el desierto volvió a quedar como antes.

El maniquí del traje pesaba tanto como Morley y su rostro de plástico hasta se le parecía un poco. Algún bromista había pintado X negras en los ojos. *Muy divertido*, pensó Tony, mientras se esforzaba en echarse la pesada cosa a su espalda. De regreso, vio al ahora inerte animal marciano en su camino. Lo pateó a un lado y de él cayó una lluvia de muelles y engranajes.

El demasiado pequeño sol estaba tocando las cimas de las serradas montañas rojas cuando llegó a la nave. Era ya demasiado tarde para un entierro, tenía que esperar a mañana. Dejando la cosa en la compuerta, se metió en la cabina y se sacó su chorreante traje de presión.

Por entonces ya era de noche y las cosas que había llamado búhos comenzaron a cliquetear y arañar el casco de la nave. Nunca habían logrado ver a los búhos; esto hacía que el sonido resultase doblemente molesto. Tony hizo resonar estrepitosamente los cacharros de cocina para ahogar su ruido mientras preparaba las raciones calientes de la noche. Cuando hubo terminado la comida y limpiado los platos, comenzó, por primera vez, a notar la soledad. Hasta el mascar tabaco le desagradaba. Esta noche tan solo le recordaba la caja de tabaco con sus cigarros habanos verdes que le esperaban en tierra.

Su patada dislocó la delgada pata de la mesa, lanzando los platos metálicos, las cacerolas y los cubiertos en todas direcciones. Esto produjo un sonido satisfactorio, y aún obtuvo un mayor placer en dejar el desorden tal como estaba para irse a la cama.

¡Habían estado tan cerca esta vez... Si tan solo Morley hubiera estado atento! Apartó el pensamiento de su mente y se durmió.

A la mañana siguiente enterró a Morley. Luego, cuidadosa y torvamente, pasó los siguientes dos días hasta el momento del despegue. Ya tenía la mayor parte de las muestras geológicas, y los contadores de radiación y analizadores de aire eran automáticos.

El último día, sacó las grabaciones de los instrumentos y llevó estos lejos de la nave, donde no les alcanzase la llamarada de despegue. Junto a ellos apiló todas las vituallas extra, la maquinaria y el equipo innecesario. Caminando torpemente por la arena, por última vez, dirigió a la tumba de Morley un irónico saludo al pasar. No había nada que hacer en la nave, y no tenía ni siquiera un panfleto que leer. Pasó las dos horas que quedaban en su litera, contando los remaches del techo.

Un sonoro click del reloj de control rompió el silencio, y tras el grueso tabique pudo oír como los motores iniciaban el ciclo de precalentamiento. Al mismo tiempo, los brazos acolchados se deslizaron en su litera, aferrándolo firmemente. Contempló como se abría un panel en la pared situada junto a él y surgía el brazo de la jeringuilla, moviéndose erráticamente como una serpiente mientras sus dedos

metálicos lo buscaban. Tocaron su tobillo y el diente de serpiente que era la aguja se clavó. Lo último que vio fue como la aguja pinchaba una vena, y luego la droga le dejó inconsciente.

Tan pronto como hubo perdido el conocimiento, se abrió una portezuela en la pared posterior y dos enfermeros entraron con una camilla. No llevaban ni trajes ni máscaras, y el azul cielo de la Tierra podía verse tras ellos.

El despertar fue como siempre. El suave brillo de los estimulantes que lo sacaban de la inconsciencia, la primera visión del blanco techo de la sala de operaciones en la Tierra.

Solo que esta vez el techo no era visible, estaba tapado por el rojo rostro y las espesas cejas del Coronel Stegham. Tony trató de recordar si uno saludaba cuando estaba en la cama, y luego decidió que lo mejor sería quedarse quieto.

—Maldita sea, Bannerman —gruñó el coronel—, bienvenido de nuevo a la Tierra. ¿Y por qué te molestaste en volver? Con Morley muerto la expedición tiene que ser clasificada como fracaso... y eso significa que no hemos realizado ni una expedición con éxito hasta la fecha.

—¿Y el equipo del número dos, señor, qué tal lo hicieron...? —Tony trató de sonar animoso.

—Terrible. Peor que tu equipo, si es posible. Los dos muertos el segundo día después del aterrizaje. Un impacto de meteorito en su tanque de oxígeno, y estaban demasiado ocupados descubriendo una nueva flora como para preocuparse en mirar los contadores. De todas maneras, no es por esto por lo que estoy aquí. Coge alguna ropa y ven a mi oficina.

Salió dando un portazo y Tony saltó de la cama, ignorando la debilidad que le daban las drogas. Cuando los coroneles hablan, los tenientes corren.

El coronel Stegham estaba maldiciendo en su ventana cuando entró Tony. Devolvió el saludo y probó que quedaba algo de humano en su alma militar al ofrecerle a Tony uno de sus cigarros. Cuando ambos los hubieron encendido, llamó la atención de Tony hacia el campo que se extendía más allá de la ventana.

—¿Ves eso? ¿Sabes lo que es?

—Sí, señor; es el cohete a Marte.

—Será el cohete a Marte. En este momento es tan solo un casco a medio completar. Los motores y los instrumentos están siendo montados en fábricas por toda la nación. Trabajando con prioridad absoluta, las estimaciones más optimistas dicen que estará terminado de aquí a seis meses. La nave estará dispuesta... Solo que no vamos a tener a ningún hombre para llevarla. Al presente ritmo de eliminación no quedará ni uno solo cualificado. Ni tú siquiera.

Tony se agitó nervioso bajo la mirada del coronel, que continuó:

—Este programa de entrenamiento ha sido siempre mi hijo mimado. Yo lo

inventé, y estuve molestando en el Pentágono hasta que lo aceptaron. Sabíamos que podríamos construir una nave que fuera a Marte y regresase, operada por controles automáticos que la llevaran en cualesquiera condiciones de gravedad o caída libre. Pero necesitábamos hombres que pudiesen caminar por la superficie del planeta y explorarla, o todo ello no valdría el esfuerzo.

»La nave y el piloto automático podrían ser probados bajo condiciones de vuelo simuladas y eliminados los errores. Yo sugerí, y me hicieron caso, que los hombres que iban a ir en la nave fueran probados de la misma forma. Se construyeron dos cámaras de presión, simuladores de entrenamiento, que duplicaban Marte en todos los detalles que podíamos imaginar. Hemos estado haciendo pasar equipos de dos hombres a través de esas cámaras durante dieciocho meses, tratando de entrenarlos para pilotar la nave *verdadera* que está ahí afuera.

»No voy a decirte con cuantos hombres comenzamos, ni cuantos han sido bajas debido al necesario realismo de las cámaras. Pero te diré que no hemos tenido *una sola expedición simulada con éxito* en todo el tiempo. Y cada hombre que se ha derrumbado o «muerto», como tu compañero Morley, ha sido eliminado.

»Tan solo quedan *cuatro* posibles candidatos, tú incluido. Si no sacamos un equipo de dos que hayan superado las pruebas con éxito, de entre los cuatro, todo el programa no servirá para nada.

Tony estaba sentado rígidamente, con el cigarro apagado entre los dedos. Sabía que habían estado presionando desde hacía meses, que el Coronel Stegham había estado gruñendo por todos lados como un oso herido en el estómago. La voz del coronel cortó sus pensamientos:

—La División de Psiquiatría me ha estado persiguiendo con lo que ellos creen es la debilidad básica del programa. Creen que dado que es un programa de entrenamiento, los hombres siempre tienen presente en un rincón de sus mentes el que no es real. Siempre pueden ser sacados de un aprieto. Tal como lo fue Morley, en el último momento. Tras los resultados que hemos obtenido, estoy comenzando a estar de acuerdo con Psiquiatría.

»Quedan cuatro hombres, y voy a programar un ejercicio más para cada grupo de dos. Este ejercicio final será una prueba definitiva... y esta vez va en serio.

—No comprendo, coronel.

—Es simple —Stegham acentuó sus palabras con un manotazo en su escritorio—. No vamos a ayudar o a sacar a nadie a pesar de lo mucho que lo necesite. Será un entrenamiento de combate con munición real. Vamos a echaros todo lo que se nos ocurra... y vais a tener que sobrepasarlo. Si os rompéis el traje esta vez, vais a morir en el vacío marciano, a unos pasos de todo el aire del mundo.

Su voz se dulcificó un poco cuando despidió a Tony.

—Me gustaría que hubiera otra forma en que hacerlo, pero ya no tenemos elección. Necesitamos una tripulación para esa nave el mes que viene, y esta es la única forma en que podemos estar seguros de obtenerla.

Tony tuvo un permiso de tres días. Se emborrachó el primero, la cogorza le duró el segundo, y al tercero estuvo hirviendo de ira. Cada uno de los componentes del proyecto era voluntario, pero el añadir un realismo mortífero era llevar las cosas demasiado lejos. Podía abandonar si quería, pero ya sabía con lo que se encontraría. Tan solo le quedaba una cosa que hacer: aceptar la estúpida idea. Haría lo que quisieran, y lograría pasar la prueba. Y, cuando hubiese terminado, se prometió darle un puñetazo al coronel justo en la punta de su gran nariz bulbosa.

Se encontró con su nuevo compañero, Hal Mendoza, cuando se presentó a la revisión médica. Se habían visto casualmente en las conferencias de entrenamiento, antes de que comenzase la simulación. Se estrecharon ahora las manos con reservas, cada uno de ellos contemplando al otro, como tratando de averiguar sus futuras posibilidades. Se necesitaban dos hombres para formar un equipo, y cualquiera de ellos podía ocasionar la muerte del otro. Mendoza era casi opuesto físicamente a Tony, alto y enjuto, mientras que Tony era tan macizo y sólido como un oso. El carácter relajado y casi indolente de Tony estaba en contraposición con los nervios aparentemente tensos del otro. Hal era un fumador empedernido y sus ojos nunca estaban quietos.

Tony apartó sus preocupaciones momentáneas con esfuerzo. Hal debía de ser bueno para llegar tan lejos en el programa. Probablemente se calmaría una vez iniciado el ejercicio.

El médico llamó a Tony y comenzó un detallado examen.

—¿Qué es esto? —preguntó el oficial médico mientras hurgaba con un algodón.

—Huy —dijo Tony—, un corte con la navaja; se me escapó mientras me estaba afeitando.

El doctor gruñó y pintó con desinfectante, y luego puso un trozo de cinta aséptica.

—Vigile todos los orificios en la piel —avisó—. Son caminos de entrada ideales para las bacterias. Nadie sabe lo que pueden encontrar en Marte.

Tony comenzó a protestar, pero dejó que la protesta muriese en su garganta. No tenía sentido explicarle que el verdadero viaje, si y cuando se realizase, llevaría doscientos sesenta días. Cualquier corte se curaría fácilmente en ese tiempo, aunque fuera en animación suspendida.

Como siempre, después de la revisión médica, se metieron en sus trajes de vuelo y caminaron hacia el edificio de entrenamiento. Por el camino, Tony se detuvo en los barracones y recogió su juego de ajedrez y un muy gastado juego de naipes. La puerta de acceso estaba abierta en la gruesa pared del Edificio Dos, y penetraron en la nave simulada. Después de que los enfermeros les hubiesen atado a las literas, las supuestas inyecciones de suspensión animada les sumieron en la inconsciencia.

La vuelta en sí fue acompañada por la habitual náusea y debilidad. No se les perdonaba el más mínimo detalle realista. Con impulso repentino, Tony se tambaleó

hasta el espejo de la letrina y parpadeó a su reflejo, de ojos rojizos y bien afeitado. Se arrancó la cinta aséptica de su mejilla y sus dedos tocaron el corte abierto con la gota de sangre aún congelada en su parte inferior. Lanzó un suspiro de alivio. Tenía la pesadilla habitual de que algún día uno de esos vuelos de entrenamiento sería en *realidad* un verdadero vuelo a Marte. La lógica le decía que las Fuerzas Armadas nunca se perderían el placer y la felicidad de una gran despedida. Y sin embargo la duda, como todas las dudas ilógicas, persistía. Al inicio de cada vuelo de entrenamiento, tenía que combatirla.

La náusea regresó con un vahído, pero lo resistió. Este era un ejercicio en el que no podía perder tiempo. La nave tenía que ser comprobada. Hal se estaba sentando en su litera, agitando débilmente la mano. Tony le contestó.

En aquel momento, el altavoz de comunicación de emergencia crujió, entrando en funcionamiento. Al principio tan solo se oyó el sonido de la actividad en la oficina de control, luego la voz del oficial de entrenamiento se sobrepuso al ruido de fondo.

—Teniente Bannerman... ¿está ya despierto?

Tony sacó el micrófono de su sujetador e informó:

—Aquí estoy, señor.

—Un segundo, Tony —dijo el oficial. Murmuró a alguien situado a un lado del micrófono, y luego volvió—: Hay algunos problemas con una de las válvulas de salida en la cámara; la presión está por encima de lo normal en Marte. Detenga el ejercicio hasta que logremos corregirlo.

—Sí, señor —dijo Tony, y apagó el micrófono para que él y Hal pudieran murmurar de la llamada eficiencia del equipo de entrenamiento.

Tan solo pasaron algunos minutos antes de que el altavoz volviera a funcionar:

—De acuerdo, apriete el botón. Continúe normalmente.

Tony hizo un gesto obscuro al hombre invisible cuya voz oía y caminó hasta el único portillo. Movié la manecilla que retiraba el escudo de aterrizaje.

—Bien, al menos esta vez es silencioso —dijo cuando la rojiza luz hubo penetrado.

Hal llegó y miró por encima de su hombro.

—Gracias sean dadas a Stegham por ello —dijo—. La última vez, cuando perdí a mi compañero, todo el rato soplaban viento. Por la forma de esas dunas parece como si la atmósfera nunca se moviera.

Contemplaron tristemente el familiar paisaje rojo y el cielo oscuro durante un largo rato, y luego Tony regresó a los controles mientras Hal sacaba los trajes atmosféricos.

—¡Aquí... *rápido!*

No tuvo que decirlo dos veces. Hal estuvo en el panel de control de un solo salto. Siguió la dirección del dedo de Tony.

—El indicador del agua: muestra que el tanque solo está lleno a medias.

Sacaron la plancha que daba acceso al compartimento de tanques. Cuando la

pusieron a un lado, un chorrito de agua herrumbrosa corrió por el suelo a sus pies. Tony reptó con una linterna y movió su luz arriba y abajo de los tanques tubulares. Su voz apagada produjo ecos en el pequeño compartimento.

—Maldito sea Stegham y sus trucos: otro desperfecto del «choque del aterrizaje». La cañería de conexión se ha roto y el agua que ha salido ha empapado la capa aislante; no podremos sacarla sin despedazar la nave. Pásame la plasticina, taparé el escape hasta que podamos repararlo.

—Va a ser un maldito mes seco —murmuró Hal mientras comprobaba el resto de los controles.

Los primeros días fueron como cualquier otro viaje. Plantaron la bandera y descargaron el equipo. Los instrumentos de observación y grabación estuvieron colocados al tercer día, así que bajaron el teodolito y comenzaron a hacer sus mapas. Para el cuarto día ya estaban dispuestos a recolectar muestras.

Fue en ese punto cuando se dieron cuenta del polvo.

Tony estaba masticando un bocado de raciones particularmente crujiente, maldiciendo entre dientes porque tan solo tenía un chorrito de agua con que pasarlo. Lo tragó dificultosamente y luego miró alrededor en la cámara de control.

—¿Te has dado cuenta de lo polvoriento que está todo? —preguntó.

—¿Cómo *no* iba a notarlo? Tengo tanto polvo dentro de mis ropas que me parece estar viviendo en un hormiguero.

Hal dejó de rascarse el tiempo necesario para dar un bocado.

Ambos miraron alrededor, y por primera vez les llamó la atención *cuanto* polvo había dentro de la nave. Una capa rojiza cubriéndolo todo, su comida y su pelo. Y el constante rechinar bajo sus pies.

—Debe venir en nuestros trajes —dijo Tony—. Tendremos que limpiarlos mejor antes de entrar.

Era una buena idea... Lo malo es que no sirvió. El polvo rojo era tan fino como el talco, y por mucho que se sacudiesen no podían quitárselo de encima; simplemente flotaba en tenues nubecillas. Trataron de olvidarse del polvo, considerándolo un problema más que los técnicos de Stegham habían imaginado. Esto les fue bien por un tiempo, hasta que al octavo día no pudieron cerrar la puerta exterior de la cámara de presión. Habían regresado de un viaje de recogida de muestras. La cámara apenas si podía contenerles a ambos y a las bolsas de muestras de rocas. Turnándose, se sacudieron el polvo lo mejor que pudieron, y luego Hal apretó el botón. La puerta exterior comenzó a cerrarse, y se detuvo. Podían notar el zumbido en incremento a través de sus zapatos, y luego como se detenía y se encendía la luz roja de aviso.

—¡Polvo! —dijo Tony—. Ese maldito polvo rojo está dentro del mecanismo.

El panel de inspección salió fácilmente, y contemplaron los engranajes. El polvo rojo se había combinado con la grasa para formar un barrillo destructor. Pero encontrar el problema había sido más fácil que el solucionarlo. Tan solo tenían algunos instrumentos básicos en las bolsas de sus trajes. La gran caja de herramientas

y el disolvente que les hubiera ayudado a acabar rápidamente con el trabajo estaban en el interior de la nave, pero no podían llegar a ellos hasta que hubiesen ajustado la puerta. Y la puerta no podía ser ajustada sin herramientas. Era una situación paradójica, que no parecía nada divertida.

Les llevó tan solo un segundo el darse cuenta del lío en que estaban metidos... y casi dos horas el limpiar los engranajes lo mejor que pudieron para forzar la puerta a cerrarse. Cuando finalmente abrieron la interior, sus tanques de oxígeno indicaban VACÍO, y estaban usando las reservas de emergencia.

Tan pronto como Hal abrió su casco, se dejó caer en su litera. Tony pensó que estaba inconsciente hasta que vio que los ojos del otro estaban abiertos y miraban al techo. Abrió la única botella de coñac para usos médicos y obligó a Hal a tomar un trago. Luego se tomó un doble él mismo y trató de ignorar el hecho de que las manos de su compañero estaban temblando violentamente. Se atareó en reparar mejor el mecanismo de la puerta y, para cuando hubo terminado, Hal ya se había levantado y estaba comenzando a preparar la cena.

Excepto por el polvo, al principio era un ejercicio normal. Explorando y recogiendo muestras durante todo el día, y luego unas pocas horas libres antes de dormirse. Hal era un buen compañero y el mejor jugador de ajedrez con que Tony se había enfrentado hasta la fecha. Pronto se dio cuenta de que lo que había tomado por nervios era pura energía nerviosa. Hal tan solo estaba contento cuando hacía algo. Se abalanzaba sobre el trabajo del día y le restaba el suficiente entusiasmo y energía como para batir al bostezante Tony al ajedrez. Los dos hombres eran de tipo bastante opuesto y formaban un buen equipo.

Todo parecía ir bien... excepto el polvo. Estaba en todas partes, y lentamente se metía en el interior de todo. A Tony le molestaba, pero trataba de que no le preocupase demasiado. Hal era el que sufría más. Le picaba todo continuamente, poniéndole los nervios de punta. Comenzó a tener problemas para dormir.

Y el polvo iba poco a poco abriéndose camino al interior de cada una de las piezas del equipo. La maquinaria estaba comenzando a desgastarse tan rápidamente como sus nervios. La constante presencia del irritador polvo, junto con la aguda escasez de agua, era enloquecedora. Siempre estaban sedientos, y tan solo tenían la mínima cantidad de agua necesaria hasta el momento del despegue. Con un adecuado racionamiento, sobrevivirían precariamente.

Al treceavo día se pelearon por la ración y casi llegaron a golpearse. No se hablaron durante dos días. Tony se dio cuenta de que Hal siempre llevaba uno de los martillos que utilizaban para arrancar las muestras en el bolsillo, y a su vez se habituó a llevar uno de los cuchillos de mesa.

Algo tenía que estallar, y resultó ser Hal.

Posiblemente fue la falta de sueño lo que lo ocasionó. Siempre había sido algo insomne, y ahora la tensión y el polvo fueron demasiado para él. Tony podía oírle rascarse y dar vueltas cada noche, mientras él se obligaba a dormir. No es que lo

pasase muy bien, pero al menos lograba dormir un poco. Por las ojeras que había bajo los sanguinolentos ojos de Hal, no parecía que él lograra dormir mucho.

Al decimoctavo día se derrumbó. Se estaban enfundando sus trajes cuando comenzó a temblar. No solo le temblaban las manos, sino todo el cuerpo. Se quedó allí estremeciéndose hasta que Tony lo llevó a la litera y le dio el resto del coñac. Cuando le hubo pasado el ataque, rehusó salir afuera.

—No quiero... ¡No puedo! —chillaba más que hablaba—. Los trajes no resistirán mucho, fallarán mientras estemos ahí afuera... y yo no duraré mucho más... tenemos que regresar...

Tony trató de razonar con él:

—No podemos hacer eso, ya sabes que este es un ejercicio en toda regla. No podemos dejarlo hasta que hayan pasado los veintiocho días. Tan solo son diez días más; puedes aguantar ese tiempo. Es el período mínimo que calcularon las Fuerzas Armadas para una estancia en Marte; así está planificado y previsto. Puedes estar contento que no tengamos que esperar todo un año marciano hasta que los planetas vuelvan a estar en conjunción. Con la animación suspendida y el motor atómico, al menos nos hemos librado de ese problema.

—Deja de hablar y tratar de convencerme —gritó Hal—. No me importa un bledo lo que le pase a la primera expedición. Yo me salgo de esto, y el ejercicio final puede seguir sin mí. No voy a volverme loco por falta de sueño porque algún tipo con galones crea que la respuesta está en un realismo a ultranza. Si rehúsan detener el ejercicio cuando llame, será un *asesinato*.

Saltó de su litera antes de que Tony pudiera decir nada y corrió al panel de mandos. El control de EMERGENCIA estaba allí como siempre, pero no sabían si esta vez estaría conectado. O, aunque lo estuviese, si alguien contestaría. Hal lo apretó sin soltarlo. Ambos miraron al altavoz, reteniendo la respiración.

—Los muy puercos... no van a contestar —dijo Hal en voz apenas audible.

Y entonces el altavoz carraspeó y la fría voz del Coronel Stegham llenó la pequeña estancia.

—Ya conocen las condiciones del ejercicio... así que mejor será que sus razones para llamar sean buenas. ¿Cuáles son?

Hal tomó el micrófono, medio protestando medio suplicando... las palabras surgieron en torrente. Tan pronto como hubo comenzado, Hal comprendió que no iba a servir de nada. Ya sabía como iba a reaccionar Stegham a las protestas. Mientras aún estaba suplicando, el altavoz interrumpió a Hal.

—Ya es bastante. Su explicación no justifica ningún cambio en el plan original. Cuentan solo con sus medios y tendrán que conformarse. Voy a cortar permanentemente la conexión. No traten de reanudarla hasta que haya terminado el ejercicio.

El click del circuito al cerrarse fue tan definitivo como la muerte.

Hal se quedó congelado, con lágrimas en las mejillas. No fue hasta que se puso en

pie cuando Tony se dio cuenta de que eran de ira. De un tirón, Hal arrancó el micrófono y lo aplastó contra el altavoz.

—Espere a que todo haya acabado, Coronel, y pueda tener su sucio cuello entre mis manos. —Se volvió hacia Tony—. Saca el botiquín, le mostraré a ese idiota que no es el único que pueda jugar a los boy-scouts en estos malditos ejercicios.

Había cuatro cápsulas autoinyectables de morfina en el botiquín; sacó una, rompió el sello y se la clavó contra el brazo. Tony no trató de detenerle; de hecho, estaba completamente de acuerdo con él. Al cabo de unos pocos minutos, Hal estaba derrengado sobre la mesa, roncando profundamente. Tony lo asió y lo llevó a su litera.

Durmió casi veinte horas, y cuando se despertó había desaparecido parte de la locura y el cansancio de sus ojos. Ninguno de ellos volvió a mencionar lo que había sucedido. Hal señaló los días que quedaban en la pared y racionó cuidadosamente la morfina que quedaba. Lograba así una noche de descanso de cada tres, y parecía bastarle.

Quedaban cuatro días para el despegue cuando Tony encontró la primera muestra de vida marciana. Era algo del tamaño de un gato que se acurrucaba al socaire de la nave. Llamó a Hal, que vino y lo contempló.

—Es una belleza —dijo—, pero no le llega con mucho al que tuvimos en el segundo viaje. Encontré una cosa como una liana que supuraba una especie de goma. En contra de las ordenanzas, pues lo cierto es que me comía la curiosidad, disequé aquella cosa. Era algo perfecto, repleto de ruedas, engranajes y muelles. Los técnicos de Stegham saben bien su trabajo. Me echaron una bronca tremenda por abrir la cosa. ¿Por qué no dejamos a este donde está?

Por un momento Tony casi estuvo de acuerdo, luego cambió de idea.

—Eso es lo que probablemente quieren, así que acabemos esto a nuestra manera. Yo lo vigilo y tú ve a buscar una de las cajas de raciones vacía.

Hal aceptó a regañadientes y subió a la nave. La puerta exterior giró lentamente y se encajó en su lugar. Asustada por la vibración, la cosa saltó hacia Tony. Este se atragantó y dio un paso hacia atrás antes de recordar que tan solo era un robot.

—Estos técnicos tienen una imaginación realmente asombrosa —murmuró.

La cosa comenzó a escapársele, por lo que colocó un pie sobre algunas de sus patas para retenerla. Tenía multitud de patas; era como una araña de cuerpo pequeño rodeada por un millar de patas no articuladas. Se movían ondulando como un cienpies y arrastraban el cuerpo por la arena. La bota de Tony aplastó las patas, partiendo algunas. El resto resistió.

Teniendo buen cuidado de mantener su mano lejos de las patas que se movían, se inclinó y cogió uno de los miembros amputados. Era agudo, y estaba cubierto con espinas en la parte inferior. Un líquido lechoso goteaba de la parte herida.

—Realismo —se dijo a sí mismo—. Esos técnicos deben estar locos por el realismo.

Y entonces le golpeó la idea. Una horrible idea imposible que le congeló el aliento en la garganta. La idea giró y giró, y supo que era falsa por lo increíble. Y sin embargo, tenía que averiguarlo, aunque ello representase estropear el juguete mecánico.

Manteniendo cuidadosamente su pie sobre las patas de la cosa, se sacó el aguzado cuchillo de mesa de la bolsa y se inclinó. Con un rápido movimiento, lo clavó en el cuerpo.

—¿Qué infiernos estás haciendo? —preguntó Hal, llegando tras él. Tony ni podía responder ni moverse. Hal avanzó y contempló la cosa en el suelo.

Le llevó un segundo comprender, y luego gritó:

—*¡Está vivo!* Está sangrando y no tiene engranajes en su interior. No puede estar vivo; si lo está, es que no estamos en la Tierra... *¡Estamos en Marte!* —comenzó a correr, y luego cayó al suelo, gritando.

Tony pensó y actuó al mismo tiempo. Sabía que tan solo tenía una posibilidad. Si fallaba ambos morirían, y Hal sería la causa de la muerte de ambos en su locura. Pegó un puñetazo con todas sus fuerzas en un punto por debajo de la placa pectoral del otro. Allí tan solo había el tejido del traje protegiendo el gran ganglio nervioso del plexo solar. El golpe le hizo daño en la mano, pero Hal se relajó lentamente en el suelo. Cogiéndolo por los sobacos, lo arrastró hasta la nave.

Comenzó a despertarse cuando ya lo había desnudado y metido en la litera. Era imposible mantenerlo quieto con una mano y apretar el botón de puesta en marcha de la suspensión animada al mismo tiempo. Se concentró en mantener quieta una de sus piernas mientras apretaba el botón. El hombre enloquecido tuvo tiempo de golpearle tres veces antes de que la aguja se le clavase. Se desplomó con un suspiro y Tony se puso en pie, atontado. El activador manual de la suspensión animada había sido previsto para cualquier emergencia médica de forma que el paciente pudiese sobrevivir hasta que los doctores lograsen ocuparse de él en la base. Había sido valioso ahora.

Entonces, el mismo terror irracional lo embargó:

Si la bestia era real... Marte era real.

Aquello no era un “ejercicio de entrenamiento”... Era la realidad. El cielo de allí afuera no era una atmósfera pintada, era el verdadero cielo de Marte. Estaba solo como ningún hombre lo había estado antes. En un planeta a millones de kilómetros de su mundo.

Chillaba mientras cerraba la compuerta exterior, con el aullido de un animal perdido. Apenas si tuvo el control suficiente para llegar a su litera y apretar el botón sobre la misma. La aguja estaba hecha de buen acero, así que atravesó el tejido de su traje de presión. Extendía la mano para romper el brazo de la jeringuilla, cuando se hundió en las tinieblas.

Esta vez tardó en abrir los ojos. Tenía miedo de ver el techo remachado de la nave sobre su cabeza. Pero era el blanco techo del hospital, y dejó escapar el aire que retenía en sus pulmones. Cuando volvió la cabeza vio al Coronel Stegham sentado junto a la cama.

—¿Lo logramos? —preguntó Tony. Era más una afirmación que una pregunta.

—Lo lograsteis, Tony. Ambos. Hal está aquí despierto en la otra cama.

Había algo distinto en la voz del coronel, y le llevó a Tony un momento el reconocerlo. Era la primera vez que había oído hablar al coronel con otra emoción que no fuese la ira.

—El primer viaje a Marte. Ya puedes imaginarte lo que están diciendo los periódicos. Y lo más importante. Tecnología dice que los especímenes y las lecturas de instrumentos que trajisteis son invaluable. ¿Cuándo os disteis cuenta de que no era un ejercicio?

—El vigesimocuarto día. Encontramos un animal marciano. Supongo que fuimos bastante estúpidos por no habernos dado cuenta antes.

La voz de Tony tenía un algo de amargura.

—No. Todo vuestro entrenamiento fue concebido para evitar que lo averiguaseis. Nunca estuvimos seguros de si tendríamos que enviar a los hombres sin que lo supiesen, pero siempre existía esta posibilidad. Psicología estaba segura de que la desorientación y el alejamiento de la Tierra causarían un desplome mental. Nunca estuve de acuerdo con eso.

—Era cierto —dijo Tony, tratando de borrar el recuerdo del miedo de su voz.

—Ahora sabemos que sí, aunque entonces yo no estaba de acuerdo. Psicología ganó y programamos el viaje según sus consejos. Dudo que te des cuenta, pero nos preocupamos mucho en convenceros de que aún estabais en el programa de entrenamiento.

—Lamento haberles causado tantos problemas —dijo Hal. El coronel se envaró un poco, no ante las palabras sino ante la amargura latente que se escondía tras ellas. Prosiguió como si no las hubiera oído.

—Esas dos conversaciones que tuvieron por el circuito de emergencia estaban, naturalmente, grabadas, y la cinta escondida en el interior de la nave. Psicología las preparó para que respondiesen a cualquier necesidad, y aparentemente funcionaron. La segunda se suponía que sería el toque final de realismo, en caso de que empezasen a tener dudas. Además usamos una variante de la animación suspendida que detiene el noventa y cinco por ciento de los procesos corporales; aún no ha sido dada a la publicidad. Esto, junto con los anticoagulantes en el corte de la mejilla de Tony, ocultó el tiempo que había pasado.

—¿Y qué hay de la nave? —preguntó Hal—. La vimos... tan solo estaba a medio completar.

—Era falsa —dijo el coronel—. Puesta ahí para beneficio del público y de todos

los servicios de espionaje extranjeros. La verdadera había sido acabada y probada semanas antes. El conseguir la tripulación era lo verdaderamente difícil. Lo que os dije acerca de que ningún equipo había terminado con un ejercicio de prácticas era cierto. Vosotros dos teníais los mejores historiales y parecíais los más adecuados.

”No obstante, nunca más tendremos que hacer esto. Psicología dice que las siguientes tripulaciones ya no tendrán ese problema, que les ayudará el hecho de que alguien haya estado allí antes. No se estarán enfrentando con algo completamente desconocido.

El coronel se quedó mordiéndose el labio durante un momento, y luego se obligó a decir las palabras que había estado intentando pronunciar desde que Tony y Hal habían recuperado el conocimiento:

—Quiero que comprendáis... ambos... que hubiera preferido ir yo mismo que haceros esto. Sé como debéis sentirlos. Como si os hubiéramos hecho una especie de...

—Broma interplanetaria —dijo Tony. No sonrió al decirlo.

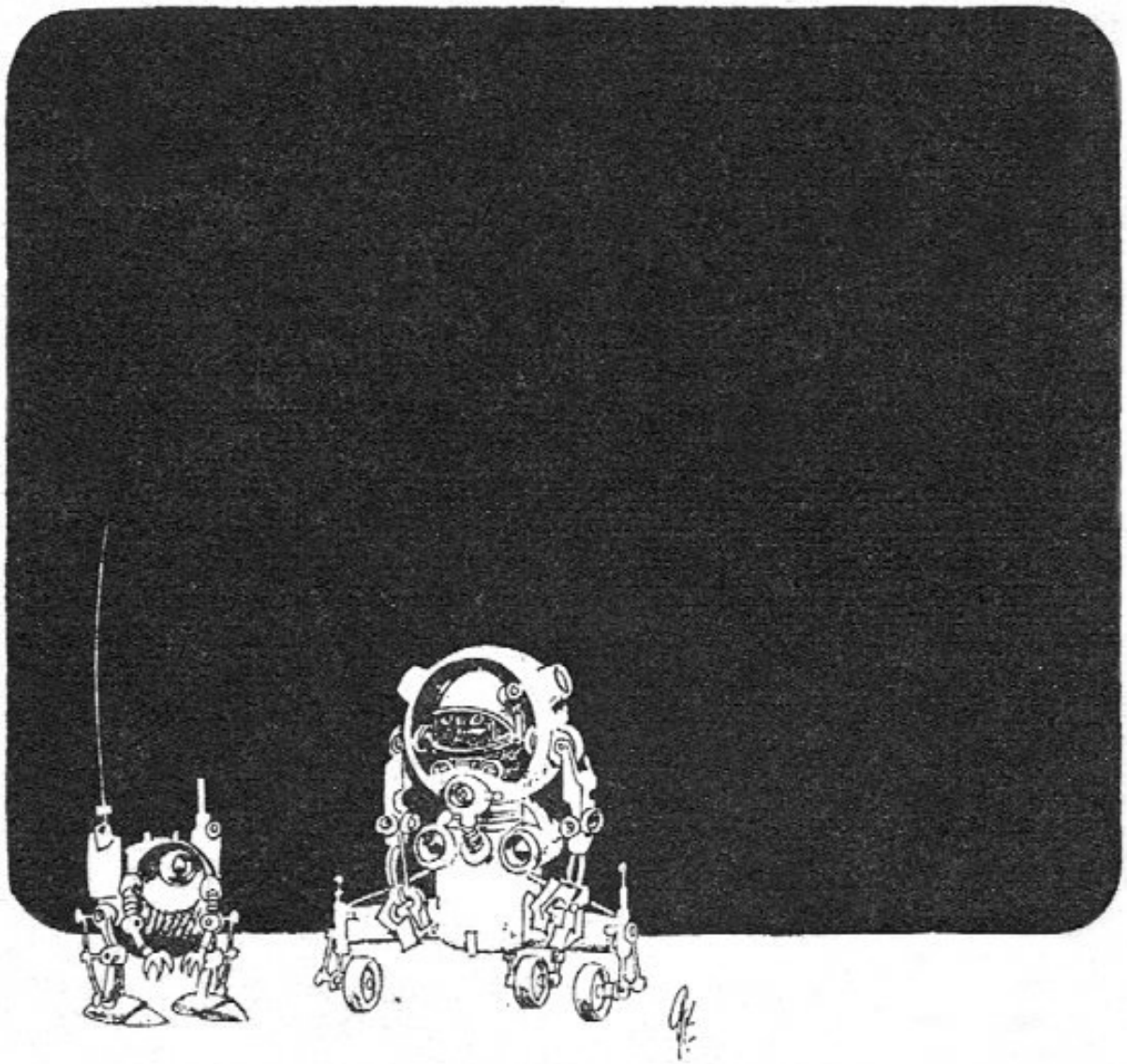
—Sí, algo así —el coronel se apresuró a proseguir—. Supongo que fue un truco indigno... pero, ¿comprendéis que teníamos que hacerlo? Eráis los únicos que quedabais, todos los demás habían sido eliminados. Teníais que ser vosotros dos, y había de hacerse en la forma más segura.

”Y tan solo yo y otras tres personas sabemos lo que ocurrió; lo que realmente sucedió en el viaje. Nadie más lo sabrá nunca, os lo puedo asegurar.

La voz de Hal no era muy alta, pero cortó el silencio de la habitación como un afilado cuchillo:

—Puede estar seguro, Coronel, que *nosotros* tampoco se lo diremos a nadie.

Cuando el Coronel Stegham se marchó, llevaba la cabeza baja porque no podía mantener la mirada de los dos primeros exploradores de Marte.



SE SOLICITA VENEX

Más pronto o más tarde se construirán robots que harán reales las profecías de la SF. Seguramente se usará el cuerpo humano, con su visión binocular situada en lo alto, hábiles dedos colocados al extremo de brazos largos y flexibles, y motilidad todo terreno mediante dos piernas, como norma para la construcción de robots. Serán máquinas que se parecerán al hombre; pero no serán hombres de metal. No es fácil distinguir entre ambos conceptos, y hasta es fácil confundirlos, como hacemos cada vez que golpeamos irritados a un objeto inanimado. Pero los robots no serán inanimados, sino que no habrá objeto más animado que ellos. Serán máquinas con forma de hombres, y la gente comenzará a pensar en ellos como en otra clase de humanos...

Jon Venex metió la llave en la puerta de la habitación del hotel. Había pedido una habitación grande, y le había dado una propina al recepcionista para lograrla. Todo lo que podía hacer ahora era esperar que no le hubiera engañado. No se atrevería a protestar ni a tratar de recuperar su dinero. Lanzó un suspiro de alivio mientras abría la puerta. La habitación era mucho más grande de lo que había esperado: noventa centímetros de ancho por un metro y medio de largo. Tenía sitio más que suficiente para trabajar. Se sacaría la pierna en un momento y, por la mañana, su cojera habría desaparecido.

Había el acostumbrado gancho ajustable en la pared trasera. Lo metió por el anillo encastrado en su cogote y se echó hacia arriba hasta que sus pies colgaron sin tocar al suelo. Sus piernas se relajaron con un tintineo cuando cortó la energía por debajo de su cintura.

El sobrecargado motor de la pierna tendría que enfriarse antes de poder trabajar en él, por lo que le quedaba bastante tiempo como para ojear el periódico. Con la preocupación crónica de los desempleados lo abrió en la sección de anuncios económicos y corrió la vista a lo largo de la columna *Ofertas de Empleo: Robot*. No había nada que le conviniese bajo el encabezamiento *Especialistas*, y hasta los anuncios para *No Especialistas* parecían poco prometedores. Este año Nueva York era una mala ciudad para los robots.

Los anuncios de oferta eran tan deprimentes como siempre, pero al menos podría divertirse con la sección de comics. Hasta tenía una tira favorita, un hecho que casi no se atrevía a admitirse a sí mismo: «Robot Ruidoso», un estúpido mecanismo de mente torpe que siempre estaba tropezando consigo mismo y metiéndose en problemas. Era una caricatura repelente, pero a pesar de todo lograba ser muy divertida. Jon estaba empezando a leerla cuando se apagó la luz del techo.

Eran las diez de la noche, toque de queda para los robots. Luces apagadas y encerrarse en sí mismos hasta las seis de la mañana, ocho horas de aburrimiento y oscuridad para todos ellos excepto los pocos trabajadores nocturnos. Pero siempre había formas en que saltarse la letra de la ley que nada tenían que ver con la definición de luz visible. Retirando parte de la coraza que rodeaba su generador atómico, Jon aumentó la potencia. Cuando comenzó a calentarse, surgieron de él oleadas de calor... que le resultaban visibles como rayos infrarrojos. Acabó de leer el periódico a la clara luz de su abdomen.

Con la termocupla situada en la yema del dedo índice de su mano izquierda midió la temperatura de su pierna. Estaba lo bastante fría como para trabajar en ella. El recubrimiento a prueba de agua salió con facilidad, dejando al descubierto los cables eléctricos, alambres nerviosos y la debilitada rótula. Desconectados los alambres, Jon desatornilló la rodilla por encima de la rótula y la colocó cuidadosamente en el estante situado frente a él. Se sacó el recambio con mucho cuidado del bolsillo de su cadera. Era el producto de mucho trabajo, comprado con los ahorros de tres meses de trabajo en el criadero de cerdos de Jersey.

Cuando el fluorescente del techo parpadeó y volvió a encenderse, Jon estaba de pie sobre una sola pierna, probando la nueva rótula. Ya eran las cinco y treinta, había acabado justo a tiempo. Un chorro de aceite en el nuevo rodamiento completó el trabajo; guardó de nuevo las herramientas en su bolsa y abrió la puerta.

El hueco del ascensor no utilizado servía de recogida de desperdicios, y tiró su periódico por un agujero de la puerta al pasar junto a ella. Caminando junto a la pared, descendió cuidadosamente por las grasientas escaleras. Retuvo su paso en el piso decimoséptimo, cuando otros dos mecs surgieron frente a él. Obviamente eran carniceros o trabajadores de un matadero: cada uno de ellos llevaba, en lugar de mano derecha, un afilado cuchillo de treinta centímetros de largo. Cuando se acercaban al pie de las escaleras se detuvieron para introducir los cuchillos en las vainas de plástico atornillada a sus petos. Jon los siguió por la rampa hasta la recepción. La sala estaba llena al máximo con robots de todos tipos, formas y colores. La mayor altura de Jon Venex le permitió ver por encima de sus cabezas y a través de las puertas de cristal que daban a la calle. Durante la noche había llovido y el sol naciente arrancaba destellos rojizos de los charcos en la acera. Tres robots, pintados de color blanco brillante para mostrar que eran trabajadores nocturnos, empujaron las puertas y entraron. Nadie salió porque aún no había acabado el toque de queda. Se movían por la sala, hablando lentamente en voz baja.

El único ser humano de toda la recepción era el velador que dormitaba tras el mostrador. El reloj situado sobre su cabeza marcaba las seis menos cinco. Apartando su mirada del reloj, Jon se dio cuenta de un macizo robot negro que agitaba una mano para llamar su atención. Los poderosos brazos y su forma compacta le identificaban como un miembro de la familia Excavador, uno de los grupos más numerosos. Se abrió camino entre la multitud y palmeó a Jon en la espalda con resonante estrépito.

—¡Jon Venex! Sabía que eras tú desde el momento en que te vi sobresaliendo de esta multitud como el verde tronco de un árbol. ¡No te he visto desde los buenos tiempos en Venus!

Jon no tuvo necesidad de contemplar el número grabado en el arañado peto del otro. Alec Excavador había sido su único amigo íntimo durante aquellos trece aburridos años en el campamento del Mar Naranja. Un buen jugador de ajedrez y un experto en balonmano. Habían pasado todo su tiempo libre juntos. Se estrecharon las manos, con todo ese ardor que indica amistad.

—Alec, so abollado pote de grasa. ¿Qué es lo que te trae a Nueva York?

—El ardiente deseo de ver algo más que lluvia y jungla. Después de que lograses liberarte, las cosas se pusieron demasiado aburridas. Comencé a trabajar dos tumos diarios en aquella asquerosa mina de diamantes, y tres en el último mes hasta conseguir los bastantes créditos con que pagar la indemnización por mi contrato y un billete de vuelta a la Tierra. Estuve tanto tiempo bajo tierra que la célula fotoeléctrica de mi ojo derecho se quemó en cuanto le dio la luz del sol.

Se inclinó hacia adelante con un ronco susurro confidencial:

—A decir verdad, tenía un diamante de sesenta carates colocado tras la lente ocular. Lo vendí al llegar aquí por doscientos créditos, y me proporcionó seis meses de vida fácil. Pero ya se acabó el dinero, así que voy de camino a la oficina de colocaciones. —Su voz se hizo fuerte de nuevo—: ¿Y qué tal vas tú?

—Todo ha sido rutinario, una serie de trabajos inconexos hasta que me atropelló un autobús, fracturándome el rodamiento de mi rodilla. El único trabajo que pude conseguir con una pierna inútil fue el alimentar cerdos. Gané lo bastante como para arreglar la rodilla, y aquí estoy.

Alec señaló con el pulgar a un robot de noventa centímetros de altura y color óxido que se había situado silenciosamente tras él.

—Si crees que tienes problemas, mira a Dik. Eso que ves no es una capa de pintura. Dik Seco, te presento a Jon Venex, un viejo amigo.

Jon se inclinó para estrechar la mano del pequeño mec. Los diafragmas de sus ojos se abrieron al darse cuenta de que lo que había tomado por una capa de pintura era una fina película de herrumbre que cubría el cuerpo metálico de Dik. Alec limpió un pedacito de la herrumbre con la punta de un dedo. Repentinamente, su voz se hizo seria.

—Dik fue diseñado para operar en el desierto marciano. Puesto que Marte es tan seco como un hueso fosilizado, los ladrones de su compañía se embolsaron el dinero del acero inoxidable. Cuando quebraron fue vendido a una empresa de aquí. Al cabo de un tiempo la herrumbre comenzó a comérselo y a impedir sus movimientos, por lo que liberaron a Dik de su contrato y lo despidieron.

El pequeño robot habló por primera vez, con una voz rechinante y rasposa:

—Nadie me contrata al verme así, pero no puedo repararme hasta que tenga trabajo. —Sus brazos chirriaban y rechinaban cuando los movía—. Voy a ir otra vez a la Clínica Gratuita para Robots. Me dijeron que quizá pudieran hacer algo.

Alec Excavador tronó en su macizo pecho:

—No te fíes demasiado de esa gente. Son buenos para darte cápsulas de aceite de diez céntimos o un cable gratis... pero no esperes nada de ellos.

Eran ya las seis, y los robots estaban atravesando las puertas para salir a las silenciosas calles. Se unieron a la multitud en marcha, moderando Jon su paso para que sus amigos, más bajos, pudieran seguirle. Dik Seco caminaba con movimientos irregulares y espasmódicos; su voz era tan irregular como el movimiento de su cuerpo.

—Jon... Venex, no reconozco tu nombre de familia. Quizá... tenga algo que ver... con Venus.

—En efecto: Venus Experimental; tan solo somos veintidós en la familia. Tenemos cuerpos a prueba de agua y resistentes a las presiones para trabajar en el fondo de los océanos. La idea básica era correcta, e hicimos nuestro trabajo, solo que no había bastante dinero en el contrato de dragado de canales para mantenernos trabajando. Indemnicé a mis propietarios originales por la mitad de mi contrato y me

convertí en un robot libre.

Dik hizo vibrar su oxidado diafragma:

—El ser libre no es lo que debiera. A ve... ces desearía que la Ley de Igualdad para Robots no hubiera sido aprobada. Me gu... gustaría ser propiedad de una buena compañía rica con un taller y una... montaña de repuestos.

—No lo dices en serio, Dik —Alec Excavador colocó un pesado brazo sobre sus hombros—. Sabemos que las cosas no son perfectas hoy en día, pero ciertamente son mucho mejores que en los viejos tiempos. Entonces éramos tan solo montones de maquinaria, utilizados veinticuatro horas al día hasta el desgaste y lanzados luego a la chatarra. No, gracias, me gustan las cosas tal como están.

Jon y Alec se quedaron en la oficina de colocaciones, despidiéndose de Dik, que continuó lentamente a lo largo de la calle. Subieron por la rampa, abriéndose paso entre la multitud, y se situaron frente al mostrador. El tablero colocado junto al escritorio mostraba un puñado de avisos que indicaban posibilidades de empleo. Un oficinista estaba clavando otros.

Venex los estudió, deteniéndose en uno enmarcado en rojo.

SE NECESITAN ROBOTS EN LAS SIGUIENTES CATEGORÍAS. PRESENTARSE INMEDIATAMENTE EN CHAINJET, LTD., 1219 BROADWAY.

Encolador

Piloto

Atommel

Cameraman

Venex

Jon palmeó excitado el cogote de Alec Excavador.

—Mira, un trabajo para mi propia especialidad... ¡Podré volver a obtener mi sueldo original! Te veré esta noche en el hotel... y buena suerte en tu búsqueda de empleo.

Alec le hizo un gesto de despedida.

—Espero que el trabajo sea tan bueno como piensas. Yo nunca me creo esos anuncios hasta que tengo los créditos en la mano.

Jon caminó rápidamente desde la oficina de empleos, devorando la distancia con sus largas piernas. *El bueno de Alec, no se cree nada que no pueda tocar. Tal vez tenga razón, pero para qué entristecerse por adelantado.* El mundo no era tan malo aquella mañana: su pierna funcionaba bien, quizá lograra un buen trabajo, no se había sentido tan animado desde el día que lo pusieron en marcha.

Girando una esquina a buena velocidad, chocó con un humano que venía en la dirección opuesta. Jon se había detenido de inmediato, pero no tuvo tiempo de echarse a un lado. El grueso hombre chocó contra él y cayó al suelo. Desde las cimas

de la satisfacción, se hundió en los abismos de la desesperación en un solo instante: ¡Había hecho daño a un ser *humano*!

Se inclinó para ayudarle a ponerse en pie, pero el otro no quiso aceptarlo. Se escapó de la mano amistosa y aulló con voz de falsete:

—Agente, agente, policía... ¡*Socorro!* He sido atacado; un robot loco... ¡*Socorro!*

Se estaba formando una multitud, que permanecía a una respetuosa distancia pero producía un irritado sonido de murmullos. Jon se quedó inerte, con su cabeza girando ante la enormidad de lo que había hecho. Un policía se abrió camino por entre la multitud.

—Deténgalo, agente, mátelo... me ha golpeado... casi me asesina... —el hombre se estremecía de ira, y sus palabras casi resultaban incomprensibles.

El policía desenfundó su revólver calibre .75 sin retroceso y lo apretó contra el costado de Jon.

—Este *hombre* te acusa de un serio crimen, *bote de grasa*. Te voy a llevar a la comisaría para que hablemos de ello —miró a su alrededor nerviosamente, agitando la pistola para abrirse un camino por entre la apretada multitud. La gente le dejó paso a regañadientes, con murmullos de desaprobación.

Los pensamientos de Jon giraban en círculo. ¿Cómo había sucedido tal catástrofe, cómo iba a acabar todo? No se atrevía a contar la verdad, pues eso significaría que estaba llamando mentiroso al hombre. Ya había habido seis robots electrocutados en la ciudad desde primeros de año. Si se atrevía a hablar en su propia defensa lo colgarían del tendido eléctrico y sería la sexta chatarra carbonizada en la morgue.

Se resignó, no había forma de escapar. Si el hombre presentaba una denuncia, ello representaría un período de trabajos forzados, aunque en aquel momento parecía que no iba a llegar al tribunal. Los periódicos habían estado creando sentimientos anti-rob, uno podía notarlo tras las voces airadas, verlo en los ojos entrecerrados y los puños apretados. La multitud se estaba transformando lentamente en un tumulto, en una masa aún sin objetivo, pero que podía volverse contra él en cualquier momento.

—¿Qué demonios pasa ahí...? —era una voz resonante, con un tono que atrajo la atención de la gente.

En la esquina estaba aparcado un gigantesco camión transcontinental. El conductor salió de la cabina y se abrió camino entre los curiosos. El policía cambió de mano la pistola cuando se acercó a él.

—¡Amigo, ese es mi robot, así que no le hagas ningún agujero! —Se volvió hacia el hombre que había estado gritando acusaciones—. El gordo ese es el mayor mentiroso del mundo. El robot estaba aquí, quieto, esperando a que yo aparcase el camión. El gordo tiene que ser tan ciego como estúpido. Lo vi todo, tropezó él solo contra el robot, y luego va y comienza a gritar llamando a la policía.

El otro hombre no pudo soportar más. Con el rostro escarlata de ira se abalanzó contra el camionero, con sus puños girando en círculos. No llegaron a su objetivo: el

camionero le colocó una ancha mano en la cara y lo sentó por segunda vez en la acera.

Los mirones se desternillaron de risa, y se olvidaron del tendido eléctrico y del robot. La pelea era ahora entre dos hombres, y el motivo original había pasado a segundo término. Hasta el policía se permitió una sonrisita mientras enfundaba su pistola y se adelantaba a separar a los dos hombres.

El camionero se volvió hacia Jon con una mueca:

—Vete de inmediato al camión... Ya me has causado bastantes problemas por hoy. ¡Menuda lata de basura!

La multitud volvió a reírse cuando empujó a Jon ante él hacia el camión y cerró la puerta tras ambos. Apretando el starter con el dedo, puso en marcha los retumbantes diesels y se metió entre el tráfico.

Jon movió su mandíbula, pero no surgió ninguna palabra. ¿Por qué le había ayudado aquel perfecto desconocido? ¿Qué podía decirle para demostrarle su aprecio? Sabía que todos los humanos no odiaban a los robs, y hasta se rumoreaba que algunos trataban a los robots como *iguales* en lugar de máquinas. El conductor debía ser uno de aquellos personajes míticos, no había otra forma en que explicar su conducta.

Conduciendo cuidadosamente con una mano, el hombre rebuscó tras el tablero y sacó un folleto. Se lo entregó a Jon, que rápidamente estudió el título: *Esclavos en un economía mundial* de Philpott Asimov II.

—Si te cogen leyendo eso te ejecutarán al momento. Mejor será que te lo metas entre el aislamiento y el generador, así lo podrás quemar si te cogen. Léelo cuando estés solo, dice un montón de cosas de las que no tienes ni idea. En realidad los robots no son inferiores a los humanos, sino que en la mayor parte de cosas son superiores. Hasta trae un poco de historia para demostrar que los robots no son los primeros en ser tratados como ciudadanos de segunda. Te costará algo creértelo, pero en otro tiempo los seres humanos se comportaban los unos con los otros como ahora hacen con los robots. Esa es una de las razones por la que soy miembro activo del movimiento... es algo así como el tipo que se ha quemado y que quiere que los demás no se acerquen al fuego.

Su sonrisa era amistosa, y la blancura de sus dientes contrastaba con la negrura de sus facciones.

—Me dirijo hacia la US-1: ¿te puedo dejar en algún sitio?

—El edificio Chainjet... voy a pedir empleo.

Siguieron el resto del viaje en silencio. Antes de abrir la puerta, el conductor le estrechó la mano a Jon.

—Lamento haberte llamado *lata de basura*, pero la multitud lo esperaba —no volvió la vista cuando se marchó con el camión.

Jon tuvo que esperar media hora haciendo cola, pero finalmente la recepcionista le señaló que fuera al despacho del entrevistador. Entró rápidamente y se giró para

enfrentarse con el hombre sentado tras el escritorio de plastitrans, un hombrecillo nervioso con arrugas de preocupación permanentemente estampadas en su frente. El hombrecillo removía irritadamente los papeles del escritorio, tomando de vez en cuando diminutas notas en sus márgenes. Lanzó una mirada de pájaro a Jon.

—Sí, sí, date prisa. ¿Qué es lo que quieres?

—Han puesto ustedes una oferta de empleo. Yo...

El hombre lo cortó con un gesto de la mano.

—De acuerdo, déjame ver tu placa de identificación... Rápido, hay otros esperando.

Jon le entregó la placa, sacándola de su rendija de la cintura, y tendiéndosela por encima de la mesa. El entrevistador leyó el número de código y luego comenzó a recorrer con el dedo una larga lista de números similares. Se detuvo repentinamente y miró de reojo a Jon por entre sus párpados semicerrados.

—Te has equivocado, no hay empleo para ti.

Jon comenzó a explicarle al hombre que el aviso había solicitado su especialidad, pero una seña le hizo callarse. Mientras el entrevistador le devolvía la placa, sacó una tarjeta del interior de una carpeta y la puso frente a los ojos de Jon. La mantuvo así tan solo un instante, sabiendo que el mensaje escrito quedaba grabado instantáneamente en la visión fotográfica y la memoria eidética del robot. La tarjeta cayó al cenicero y ardió al ser tocada por el lápiz encendedor del hombre.

Jon colocó de nuevo la placa de identidad en su rendija y leyó el mensaje de la tarjeta mientras bajaba por las escaleras hacia la calle. Había seis líneas escritas a máquina, sin firma:

Al robot Venex: se le necesita urgentemente en un proyecto altamente secreto de la empresa. Se sospecha que haya espías en la oficina principal, por lo que se le contrata en esta forma tan poco usual. Vaya inmediatamente al 787 Washington Street y pregunte por el Sr. Coleman.

Jon sintió una tremenda sensación de alivio. Por un momento había creído que lo de su trabajo era un error. No veía nada extraño en la forma de contratarle. Las grandes empresas eran tremendamente cuidadosas con sus descubrimientos de investigación, y se preocupaban mucho de mantener los secretos, al tiempo que recurrían a cualquier método para extraer los secretos de sus rivales de negocios. Quizá hubiera aún una oportunidad de obtener un empleo.

La gran masa de un almacenero estaba moviéndose en la semipenumbra del antiguo almacén, apilando embalajes hasta el techo. Jon lo llamó y el robot giró su horquilla elevadora y vino hacia él sobre silenciosos neumáticos. Cuando Jon lo interrogó, le indicó una escalera pegada a la pared trasera.

—La oficina del señor Coleman está en la parte de atrás, la puerta lleva su nombre —el almacenero colocó su mano sobre los auriculares de los oídos de Jon y

bajó su voz hasta convertirla en un susurro casi inaudible. Lo habría sido para los oídos humanos, pero Jon podía escucharlo fácilmente ya que los sonidos eran transmitidos por el metal del cuerpo del otro.

—Es el hombre más desagradable que jamás hayas visto... Odia a los robots, así que sé lo mejor educado que puedas. Si eres capaz de llamarle «señor» cinco veces por frase, no tendrás problemas.

Jon cerró el diafragma de un tubo ocular en un guiño de complicidad, y el robusto mec hizo lo mismo mientras rodaba alejándose. Jon se dio la vuelta y subió por la polvorienta escalera, llamando con suavidad a la puerta del señor Coleman.

Este era un individuo bajo y regordete, vestido con un conservador traje púrpura y amarillo. Estuvo mirando alternativamente a Jon y al Catálogo General de Robots, comprobando las características señaladas allí. Aparentemente satisfecho, cerró el libro de golpe.

—Dame tu placa y ponte contra esta pared para medirte.

Jon depositó su placa de identidad sobre la mesa y dio un paso, retrocediendo hacia la pared.

—Sí, señor, aquí está, señor —dos «señor» en la frase, no estaba mal para la primera. Se preguntó si lograría incluir cinco en una sin que el hombre advirtiese de que le estaban tomando el pelo.

Se dio cuenta del peligro demasiado tarde. La corriente recorrió el poderoso electromagneto situado tras el yeso, aplastando su cuerpo contra la pared. Coleman casi bailaba de alegría.

—Ya lo tenemos, Druce, está más chafado que una lata contra una roca, no puede mover ni un motor. Trae esos trastos aquí y preparémosle.

Druce llevaba un mono de mecánico sobre su traje y una caja de herramientas bajo el brazo. Mantenía una cajita metálica tan lejos de él como podía, y Coleman le gritó molesto.

—¡Esa bomba no puede estallar hasta que no esté montada, así que deja de actuar como un crío! ¡Ponla en la pata de esa lata de grasa, y *rápido!*

Murmurando entre dientes, Druce soldó los lados de la bomba contra la pierna de Jon, a unos centímetros por encima de su rodilla. Coleman tiró de ella para asegurarse que estaba bien fija, y entonces giró un botón en un lado y sacó una brillante aguja. Se oyó un débil click en el interior del mecanismo al quedar armado.

Jon no podía hacer nada más que mirar, pues hasta su diafragma vocal estaba bloqueado por el campo magnético. No obstante, tenía la sospecha de que se encontraba metido en algo más peligroso que un «trato secreto de negocios». Maldijo su propia estupidez por meterse a ciegas en una tal situación.

Se cortó el campo magnético, e inmediatamente dispuso sus motores para saltar hacia adelante. Coleman sacó una caja de plástico de su bolsillo y colocó su dedo sobre el botón situado en su parte superior.

—Chatarra, no hagas nada raro; este transmisor está conectado a un receptor de la

bomba de tu pata. Si aprieto el botón habrá una nubecilla de humo y todo lo que quedará de ti serán tuercas y tornillos. —Hizo una señal a Druce, que abrió la puerta de un armario empotrado—. Y por si quisieras hacerte el héroe, piensa en él.

Coleman señaló con un dedo a un cuerpo informe en el suelo, un hombre mal vestido de edad indefinible cuya única característica prominente era la negra bomba atada a su pecho. Miró sin ver con sus ojos enrojecidos y levantó una botella de whisky casi vacía hasta su boca. Coleman cerró la puerta de una patada.

—Es un vago de Bowery que hemos recogido, Venex, pero eso no te importa, ¿no es así? Es humano... ¡Y un robot no puede matar a nadie! Ese borrachín lleva una bomba que estalla a la misma frecuencia que la tuya, así que si no te portas bien, se encontrará con un agujero de medio metro en el pecho.

Coleman tenía razón, Jon no se atrevía a hacer ningún falso movimiento. Todo su entrenamiento mental primitivo, así como el circuito 92 dentro de su cerebro, le impedían dañar a un ser humano. Se sentía atrapado, en las manos de aquella gente para quien sabe que propósitos.

Coleman había apartado una lona, para mostrar en el suelo de cemento un hueco irregular que se hundía en la tierra de abajo. Llamó a Jon con un gesto.

—El túnel está en buenas condiciones por unos diez metros, luego encontrarás un desplome. Límpialo de rocas y tierra hasta que llegues a la alcantarilla, y entonces regresa. Y lo mejor será que vuelvas solo. Si avisas a los policías tanto tú como el vago ese saltaréis juntos. Ahora, en marcha.

El pozo había sido excavado recientemente y apuntalado con embalajes del almacén de arriba. Terminaba abruptamente en una pared de arena y piedras. Jon comenzó a amontonarlas en una pequeña vagoneta que le habían dado.

Había vaciado cuatro vagonetas y estaba llenando la quinta cuando descubrió la mano, una mano de robot hecha de metal verde. Encendió el foco de su cabeza y examinó cuidadosamente la mano. No había duda alguna. Esas junturas, la forma ribeteada de la base del pulgar, indicaban una cosa: que era la mano amputada de un robot Venex. Rápidamente, pero con cuidado, apartó los cascotes tras la mano y desenterró el resto del robot. El torso estaba aplastado y el sistema energético cortocircuitado, de un feo desgarrón en el costado goteaba ácido. Con infinito cuidado, Jon cortó los últimos cables que unían el cuello al cuerpo y depositó la cabeza verde en la vagoneta. Le contemplaba como un cráneo, con los diafragmas completamente abiertos, pero sin un destello de vida en los tubos situados tras estos.

Estaba sacando el barro del número del abollado peto cuando Druce descendió por el túnel y lo iluminó con el brillante haz de una gran linterna.

—Deja de jugar con esa chatarra y empieza a cavar, o acabarás igual que él. Ese túnel tiene que estar terminado esta noche.

Jon puso los restos en la vagoneta con la arena y rocas y llevó toda la carga al otro lado del túnel, mientras sus pensamientos giraban en desagradables círculos. Un robot muerto era algo terrible, y más si era de su familia, pero había algo raro en

aquel robot, algo inexplicable: el número de su pecho era 17, y sin embargo recordaba demasiado bien el día en que un motor cortocircuitado por el agua había matado a Venex 17 en el Mar Naranja.

Le llevó a Jon cuatro horas el perforar el túnel hasta la antigua pared de granito del alcantarillado. Druce le dio una palanqueta y apartó lo bastante los grandes bloques como para hacer un agujero que le dejase pasar a la alcantarilla.

Cuando regresó a la oficina trató de pasar desapercibido mientras dejaba caer la palanca al suelo, junto a sus pies, y se sentaba en un montón de cascotes en el rincón. Se movió un poco para acomodarse confortablemente y sus dedos asieron el cortado cuello de Venex 17.

Coleman hizo girar su silla y miró el reloj de pared. Comprobó la hora con su reloj de aguja de corbata y con un gruñido de satisfacción se volvió hacia Jon, apuntándole con un dedo.

—Escucha, chatarra verde, a las diecinueve horas vas a hacernos un trabajo, y no acepto equivocaciones. Irás por esa alcantarilla hasta el río Hudson. El desagüe está bajo la superficie, así que no te verán en los muelles. Baja hasta el fondo y camina doscientos metros hacia el norte, eso deberá situarte bajo un barco. Mantén los ojos abiertos, *¡pero no enciendas ninguna luz!* Hacia la mitad de la quilla del barco encontrarás una cadena colgando.

»Sube por la cadena, suelta la caja que está atada allí al casco y tráela aquí. Sin equivocaciones... o ya sabes lo que te espera.

Jon asintió con la cabeza. Sus ocupados dedos habían estado separando los cables del cuello amputado. Cuando los hubo enderezado y puesto en hilera, memorizó su orden con una rápida ojeada.

Repasó el código de colores en su mente y lo comparó con los cables memorizados. El doceavo era la conducción principal de energía al cráneo, el sexto era el cable de masa.

Con su preciso toque separó esos dos del resto y miró especulativamente por la habitación. Druce estaba dormitando en una silla en el rincón opuesto, Coleman estaba hablando por teléfono, alzando de tanto en tanto su voz en un gruñido petulante. Pero esto no interfería con su atención a Jon y al control de radio que mantenía fuertemente apretado en su mano izquierda.

El cuerpo de Jon bloqueaba la visión de Coleman, y mientras Druce permaneciese dormido podría trabajar en la cabeza sin ser observado. Activó el relé de su antebrazo y se oyó un click cuando se abrió la cubierta a prueba de agua de un enchufe exterior. Era una toma de energía de su batería que se usaba para operar herramientas con motor y luces bajo el agua.

Si la cabeza de Venex 17 había sido amputada hacía menos de tres semanas, podría reactivarla. Cada robot tenía una pequeña batería en el interior de su cerebro, y si la energía al cerebro quedaba cortada, la batería podría proveer la energía mínima necesaria para mantener el cerebro vivo. El robot estaría inconsciente hasta que se le

volviese a aplicar toda la energía.

Jon conectó los cables a su toma de energía y lentamente suministró corriente hasta un nivel operacional. Hubo un tenso momento de espera, y los diafragmas de los ojos de 17 se cerraron repentinamente. Cuando se abrieron de nuevo, sus tubos oculares brillaban cálidamente. Recorrieron la habitación de una mirada y luego quedaron enfocados en Jon.

El diafragma derecho se cerró mientras el otro empezó a abrirse y cerrarse rápidamente. Era código internacional, enviado a la máxima velocidad a la que el solenoide podía ser operado. Jon se concentró en el mensaje:

Teléfono — llama al operador de emergencia — dile «Señal 14» — habrá ayu...
El diafragma se detuvo a mitad de una palabra, apagándose en los ojos la luz de la razón.

Por un instante Jon sintió pánico, hasta que se dio cuenta de que 17 había cortado deliberadamente la energía. La voz de Druce hirió su oído.

—¿Qué es lo que estás haciendo con eso? No te atrevas a intentar uno de tus sucios trucos de robot, ya conozco a tu especie, planeando toda clase de cosas en vuestros domos de lata —la voz prosiguió con un torrente de incomprensibles profanidades. Con repentina rabia, extendió la pierna y lanzó la cabeza de 17 contra la pared.

La abollada cabeza verde rodó hasta detenerse a los pies de Jon, con el rostro contemplándole en muda agonía. Lo único que le impidió dañar a un *humano* fue el circuito 92. Mientras sus motores se ponían en marcha para lanzarlo hacia adelante, los relés de control se abrieron. Se desplomó sobre los cascos, paralizado por el momento. Tan pronto como hubiera desaparecido el ramalazo de ira, recuperaría el control de su cuerpo.

Se quedaron helados como en un diorama. El robot derrumbado hacia atrás, el hombre inclinado hacia adelante con su rostro deformado por una rabia irracional. La cabeza yacía entre ambos como un símbolo de muerte.

La voz de Coleman cortó a través del aire en tensión como un cuchillo.

—Druce, deja de jugar con la lata de grasa y vete a la puerta principal para dejar entrar al Pequeño Will y a sus apaleadores de nieve. Luego podrás hacer lo que quieras con él.

El hombre airado se giró a regañadientes, pero atravesó la puerta ante el molesto gruñido de Coleman. Jon se sentó apoyado contra la pared, mientras su mente ordenaba los escasos hechos con precisión instantánea. En sus pensamientos no daba cabida a Druce, el hombre se había convertido en un factor más de un complejo problema.

Llamar al operador de emergencia: eso significaba que no era un asunto local, y que debían estar inmiscuidas autoridades responsables. Tan solo el gobierno podía estar tras una cosa tan grande como esta. Señal 14... eso implicaba una compleja serie de acuerdos previos, y fuerzas que podían entrar en acción ante un aviso. No

había indicación de a donde podía llevar esto, pero la única cosa que podía hacer era salir de allí y hacer la llamada telefónica. Y rápidamente. Druce estaba trayendo a más gente, apaleadores de nieve, o lo que fuese. Cualquiera cosa que intentase tenía que ser antes de su regreso.

Mientras Jon seguía este pensamiento, sus dedos estaban ocupados. Con una llave inglesa oculta en su palma, estaba soltando la principal tuerca de retención de su muslo. Cayó en su mano, y tan solo quedó el pivote retenido a su pierna. Se puso lentamente en pie y se movió hacia el escritorio de Coleman.

—Señor Coleman; es ya hora de bajar al barco, señor; ¿puedo irme ahora, señor?

Jon dijo las palabras lentamente mientras caminaba hacia adelante, aparentemente dirigiéndose hacia la puerta, pero en un ángulo que al mismo tiempo le llevaba hacia el escritorio del hombrecillo gordo.

Aún te quedan treinta minutos, siéntate... ¡Oye...!

Las palabras se interrumpieron. Por rápido que sea un reflejo humano, apenas si se mueve en comparación con la relampagueante actuación de un reflejo electrónico. En el mismo instante en que Coleman se dio cuenta del movimiento de Jon, el robot hubo finalizado su salto y quedó tendido sobre la mesa, con su pierna suelta y asida en la mano.

—*¡Morirá usted también si aprieta el botón!*

Las palabras formaban parte de un plan precalculado. Jon las aulló al oído del asombrado hombre mientras le metía la pierna en la cintura de sus amplios pantalones. Tuvo el efecto deseado; el dedo de Coleman se dirigió hacia el botón, pero se detuvo antes de hacer contacto. Contempló con ojos desencajados la pequeña caja negra de muerte que surgía de sus pantalones.

Jon no había esperado a su reacción. Se abalanzó del escritorio, cogiendo en el camino la palanca del suelo. Un poderoso salto con su única pierna lo llevó hasta el armario cerrado; metió la barra en el espacio entre la puerta y el marco e hizo fuerza.

Coleman estaba comenzando a sacarse la bomba de los pantalones cuando todo hubo terminado. Abierto el armario, Jon cogió la correa que mantenía la segunda bomba sobre el pecho del borracho y la rompió como si fuera un hilo. La tiró hacia el rincón de Coleman, dándole otra cosa de que preocuparse. Le había costado una pierna, pero había escapado a la amenaza de la bomba sin dañar a un humano. Ahora tenía que llegar a un teléfono y hacer aquella llamada.

Coleman dejó de tirar de la bomba y metió la mano en un cajón, buscando un arma. Los hombres que volvían bloquearían pronto la puerta, y la única otra salida de la habitación era una ventana de cristal esmerilado que se abría al almacén.

Jon Venex se lanzó a través de ella con un estrépito de cristales rotos. De la habitación tras él llegó el sordo retumbar de un .75 sin retroceso, y una sección de treinta centímetros de diámetro del marco de la ventana saltó hacia adelante. Otra bala chilló sobre la cabeza del robot mientras este se deslizaba hacia la puerta trasera del almacén.

Estaba apenas a diez metros de distancia de la entrada trasera cuando la gigantesca puerta se cerró con un silbido sobre silenciosas ruedas. Todas las puertas se debían haber cerrado en el mismo instante, y el ruido de pasos a la carrera indicaban que además estarían guardadas. Jon saltó por encima de una serie de embalajes y se ocultó tras ellos.

Miró por encima de su cabeza, donde se extendía una telaraña de viguetas de soporte, cruzándose y recruzándose hasta encontrarse con la llana extensión del techo. Para los ojos humanos, allí las sombras se convertían en oscuridad, pero el infrarrojo de una serie de tubos conductores de vapor le daban a Jon toda la iluminación que necesitaba.

Los hombres comenzarían a revisar pronto el almacén, y su única posibilidad de escape estaba sobre sus cabezas. Además, en el suelo se hallaba dificultado por la pérdida de su pierna. En las viguetas podría usar sus brazos para moverse mejor y más rápidamente.

Jon se estaba encaramando ya a uno de los cruceros superiores cuando un grito de abajo fue seguido por una ráfaga de balas. Atravesaron el delgado techo y un proyectil golpeó la viga de acero situada bajo él. Esperando hasta que tres de los recién llegados hubieron comenzado a subir por una escalera próxima, Jon se dirigió rápidamente hacia la parte trasera del edificio.

Seguro por el momento, recapituló su posición. Los hombres estaban distribuidos a través del edificio. Tan solo era cuestión de tiempo el que lo encontraran. Las puertas estaban cerradas y, había dado la vuelta completa al edificio para asegurarse, no había ventanas que pudiera forzar. Si podía llamar al operador de emergencia, los desconocidos amigos de Venex 17 vendrían en su ayuda. Sin embargo, esto estaba fuera de cuestión. El único teléfono del edificio estaba en el despacho de Coleman. Había seguido los cables para cerciorarse.

Sus ojos se dirigieron automáticamente a los cables situados sobre su cabeza. Aislantes de plástico los mantenían a la pared del edificio, y sobre ellos corrían los cables del teléfono y la luz. ¡El cable del teléfono! Era todo lo que necesitaba para hacer una llamada.

Con rápidos y seguros movimientos extendió la mano y puso al descubierto una sección del cable. Rió para su interior mientras se sacaba el pequeño micrófono de su oído izquierdo. Ahora estaba medio sordo al tiempo que cojo; literalmente se estaba entregando por la causa. Tendría que recordar el chiste para contárselo luego a Alec Excavador, si es que había un luego. Alec disfrutaba muchísimo con este tipo de chistes.

Jon conectó el micrófono al cable. Una mirada al amperímetro le demostró que no había nadie en la línea. Esperó unos momentos para estar seguro de que tenía línea y envió los once impulsos cuidadosamente espaciados que lo conectarían con el operador local. Colocó el micrófono cercano a su boca.

—Aló, operador. Aló, operador. No puedo oírle, así que no me responda. Llame al

operador de emergencia; señal 14. Repito: señal 14.

Jon siguió repitiendo el mensaje hasta que los hombres que lo buscaban comenzaron a aproximarse a su posición. Dejó el micrófono conectado: los hombres no se darían cuenta de él en la oscuridad, pero la línea abierta daría a la desconocida ayuda su localización exacta. Utilizando las puntas de sus dedos se dirigió cuidadosamente por una vigueta hacia el extremo opuesto de la habitación. La huida era imposible, todo lo que podía hacer era tratar de ganar tiempo.

—Señor Coleman, me apena haber huido —con todo el volumen dado, su voz resonaba como un trueno en las paredes que hacían eco.

Podía ver a los hombres de abajo girando sus cabezas, buscando en vano su procedencia.

—Si me deja volver y no me mata, trabajaré para usted. Tenía miedo de la bomba, pero ahora tengo miedo de las pistolas. —Sonaba bastante infantil, pero estaba convencido de que ninguno de los presentes tenía demasiado conocimiento sobre la inteligencia robótica—. ¡Por favor, déjeme volver, señor...! —Casi se había olvidado de esta palabra, por lo que añadió otro—: ¡Por favor, señor! —para compensar.

Coleman necesitaba aquel paquete bajo el barco, y prometería cualquier cosa para conseguirlo. Jon no tenía dudas sobre su definitivo destino, pero todo lo que podía esperar era dejar pasar el tiempo por si el mensaje telefónico le traía ayuda.

—Baja, no estaré enfadado contigo si sigues las instrucciones —Jon podía oír la ira oculta en la voz, el odio por un rob que se había atrevido a ponerle la mano encima.

El descenso no fue difícil, pero Jon lo hizo lentamente y en apariencia con muchas molestias. Saltó al centro de la habitación, sosteniéndose en las cajas como si necesitase apoyo. Coleman y Druce estaban allí junto a un grupo de recién llegados de aspecto duro. Alzaron sus armas al acercarse, pero Coleman los detuvo con un gesto.

—Es *mi* rob, muchachos, me preocuparé porque sea feliz.

Alzó su pistola y disparó contra la pierna restante de Jon. Impulsado por el impacto, Jon cayó al suelo. Miró hacia arriba, viendo la humeante boca del .75.

—Muy astuto para ser una lata de grasa, pero no lo bastante. Sacaremos la caja del barco de alguna otra forma, sin necesidad de tenerte por aquí. —La muerte miraba por sus entrecerrados ojos.

Habían pasado menos de dos minutos desde la llamada de Jon. Los escuchas debían haber estado alerta las veinticuatro horas del día, esperando el mensaje telefónico de Venex 17.

La puerta principal se desplomó con el repentino crujido del acero roto. Un tanque de asalto pasó por encima de los restos y cubrió al grupo con sus múltiples cañones de tiro rápido. Llegaban un instante demasiado tarde. Coleman apretó el gatillo.

Jon vio como su dedo se tensaba y se apretó contra el suelo. Su cabeza se apartó

lo suficiente, pero la bala le atravesó el hombro. Coleman no tuvo oportunidad de hacer un segundo disparo, pues se oyó un silbido desde el tanque y los cañones contra disturbios dejaron escapar una nube de gas lacrimógeno. Los hombres alcanzados por el mismo nunca vieron a la policía, provista de máscaras de gas, que llegó de la calle.

Jon estaba en el suelo de la estación de policía, mientras un técnico le hacía una reparación temporal en su pierna y hombro. Al otro lado de la habitación, Venex 17 estaba moviendo su nuevo cuerpo con evidente placer.

—¡Ah, esto es realmente otra cosa! Estuve seguro de que todo había acabado cuando me cogió el derrumbe. Pero quizá sería mejor que comenzase por el principio. —Atravesó la habitación, y estrechó la inoperante mano de Jon.

—Mi nombre es Wil Espía-4951L3. No es que eso signifique mucho, pues he usado tantos cuerpos distintos que ya me he olvidado de como era originalmente. Fui directamente de la fábrica-escuela a una academia de la policía, y he estado en esto desde entonces: Fuerza de Detectives, Sargento, Departamento de Investigación. Paso la mayor parte de mi tiempo vendiendo caramelos o periódicos o sirviendo bebidas en lugares de mala muerte. Recojo información, la paso y espío a la gente para otros departamentos.

»En este último trabajo, y siento haber tenido que usar una identidad Venex, aunque no creo haber deshonrado a tu familia, estaba asignado al Departamento de Aduanas. Parece ser que una banda estaba trayendo nieve en bruto, quiero decir heroína, al país. El FBI localizó a los operadores de aquí, pero nadie sabía cómo introducían la mercancía. Cuando Coleman, que es el cabecilla local, llamó a las agencias pidiendo un robot submarino, me adaptaron un cuerpo nuevo y me enviaron aquí. Alerté a la patrulla tan pronto como inicié el túnel, pero se me hundió la cosa encima antes de que pudiera averiguar en que buque la traían. Luego, ya sabes lo que sucedió.

»No sabiendo que estaba fuera de juego, la patrulla se quedó esperando. Los tipos de aquí vieron que medio millón de nieve volvería como había llegado, así que te buscaron para reemplazarme. Hiciste esa llamada telefónica y llegó la caballería en el último momento para salvar a dos robots de la herrumbre.

Jon, que había estado tratando en vano de decir una palabra, vio su oportunidad en el momento en que Wil Espía se volvió para admirar la imagen de su nuevo cuerpo en una ventana.

—No deberías estarme diciendo todas esas cosas acerca de tus investigaciones policiales y forma de operar de tu departamento. ¿No debería ser todo eso un secreto? ¡Y especialmente para los robots!

—¡Pues claro que lo es! —fue la respuesta de Wil—. El Capitán Edgecombe, el jefe de mi departamento, es un experto en todo tipo de chantaje. Se supone que debo contarte tantos asuntos confidenciales del Departamento de Policía que o bien tendrás

que unirte a nosotros o serás fusilado como posible informante —su risa no fue compartida por el asombrado Jon—. Honestamente, Jon, te necesitamos y podemos utilizarte. No es demasiado fácil encontrar robs que puedan pensar y actuar rápidamente. Tras oír todos los trucos que usaste en ese almacén, el Capitán juró decapitarme permanentemente si no podía lograr que te enrolases. ¿Necesitas un trabajo? Te ocupará mucho tiempo y cobrarás poco, pero te aseguro que nunca te aburrirás.

Repentinamente, la voz de Wil se hizo seria.

—Me salvaste la vida, Jon... Esos apaleadores de nieve me hubieran dejado entre las piedras hasta el fin del mundo. Me gustaría tenerte de compañero, creo que podríamos llevarnos bien. —Su voz volvió a sonar alegre—: Y además, quizá algún día pueda salvarte la vida; odio tener deudas.

El técnico había terminado; cerró su caja de herramientas, y se fue. El motor del hombro de Jon estaba ahora reparado. Se sentó. Cuando esta vez se estrecharon las manos, fue un apretón firme. Del tipo que uno sabe que durará mucho tiempo.

Jon se quedó en una celda vacía aquella noche. Era gigantesca comparada a las habitaciones de hotel y barracones a los que estaba acostumbrado. Deseó tener las piernas que le faltaban para poder pasear arriba y abajo por ella. Tendría que esperar hasta la mañana. Entonces lo repararían antes de que comenzase con su nuevo trabajo.

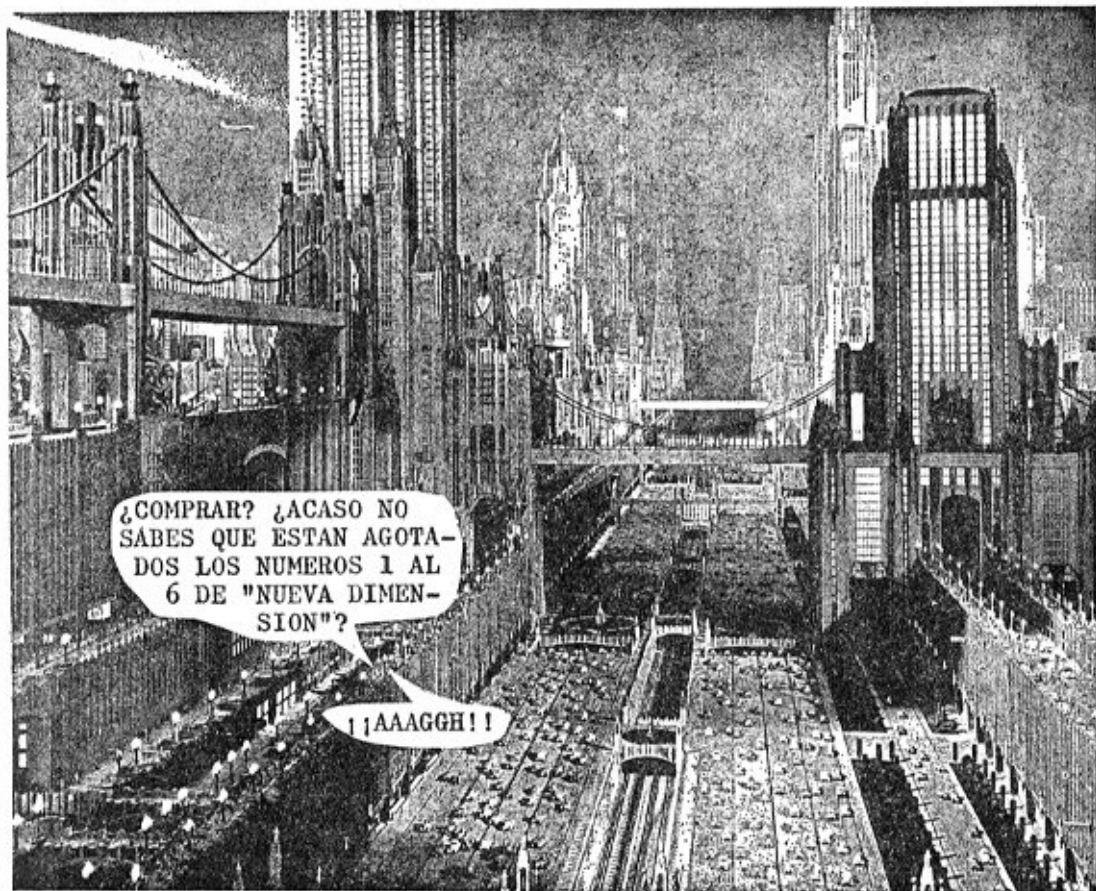
Había grabado su declaración con anterioridad, y los imposibles acontecimientos del pasado día seguían girando por su cabeza. Pensaría en ellos en otro momento, ahora lo que deseaba era dejar que sus sobrecargados circuitos se enfriasen... si tan solo tuviera algo que leer, algo en que enfocar su atención. Entonces, de pronto, recordó el folleto. Todo había sido tan precipitado que el incidente con el camionero se le había ido completamente de la memoria.

Lo sacó cuidadosamente de detrás de la coraza del generador, y abrió la primera página de *Esclavos robot en una economía mundial*. De entre las páginas cayó una tarjeta, y leyó el mensaje que llevaba escrito:

POR FAVOR, DESTRUYA ESTA TARJETA TRAS HABERLA LEÍDO.

Si cree que hay algo de verdad en este libro y le gustaría oír más, venga a la habitación B del 107 George Street cualquier martes a las 5 de la tarde.

La tarjeta brilló un instante y desapareció. Pero sabía que no solo sería su perfecta memoria lo que le haría recordar aquel mensaje.

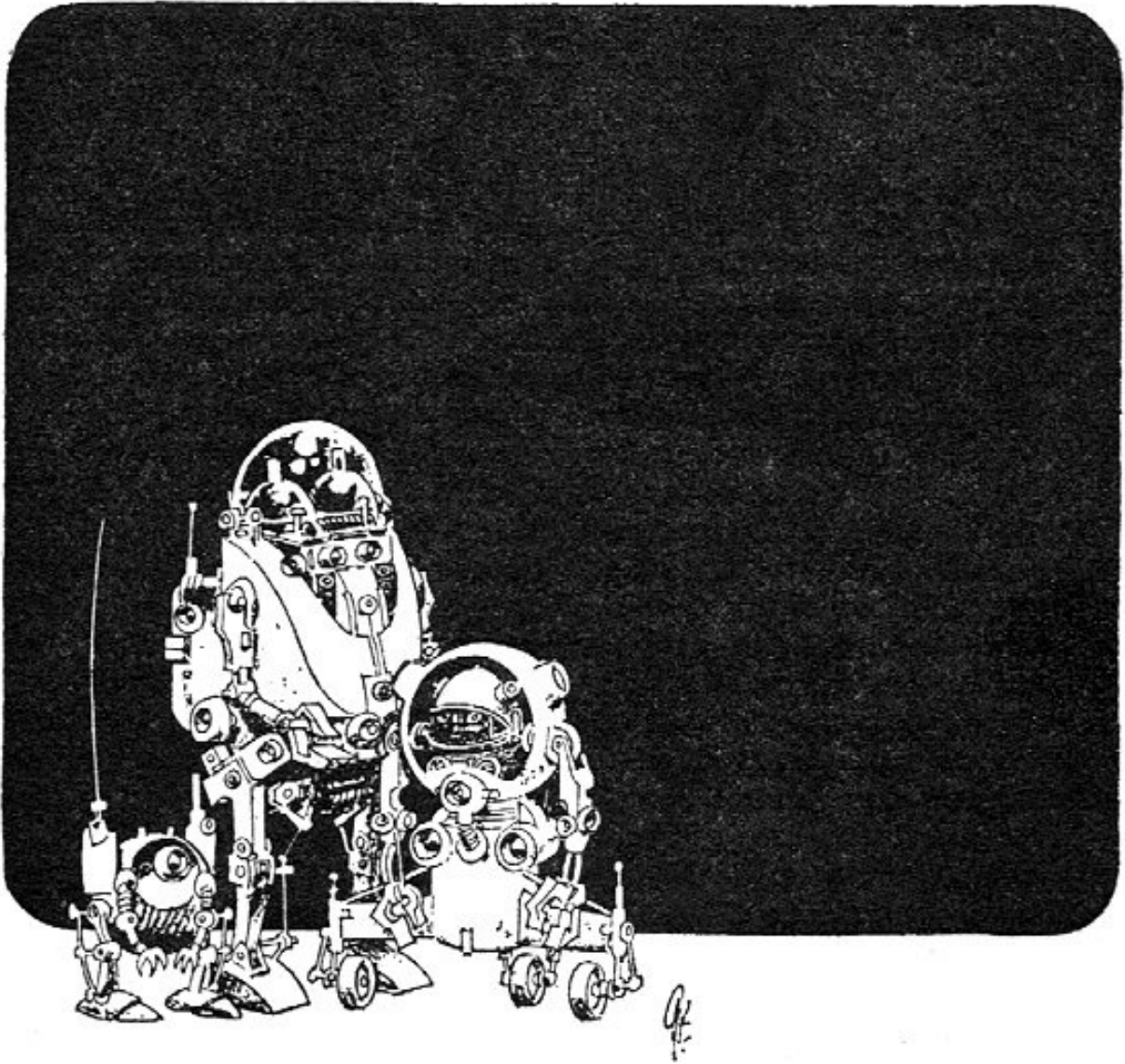


AL IGUAL QUE ESTE CIUDADANO DE METROPOLIS,
¿se ha quedado Vd. sin algún número de Nueva Dimensión?

Esto no le hubiera ocurrido y tendría Vd.
su colección completa si se hubiera

SUSCRITO

(Vea nuestras tarifas en la página 79)



BRAZO DE LA LEY

No existe ninguna razón por la que los robots no puedan ser diseñados para realizar cualquier cosa que pueda hacer un hombre. Para aquellos cuya mente está construida de tal forma que cuando oyen la palabra hombre en lo primero que piensan es en su función reproductora, debemos aclarar que ya se ha conseguido inducir mecánicamente la partenogénesis en los mamíferos. Ni tampoco el crecimiento extrauterino de huevos fertilizados en un medio apropiado se halla fuera de las posibilidades del desarrollo científico. Aunque la construcción artificial del óvulo mismo, a través de las adecuadas cadenas ADN, parece hoy en día tan difícil que bordea lo imposible.

La humanidad puede aún realizar estas funciones adecuada y placenteramente sin necesidad de ayuda exterior. Pero hay gran cantidad de otros trabajos que los hombres realizan que se sentirían muy contentos si pudieran pasárselos a los robots. Nadie inicia su vida laboral con la ambición de ser un colector de basuras, aunque esta es una función importante y esencial de la civilización. Se puede hallar una prueba de lo poco deseable de esta posición en el hecho de que son siempre los grupos más pobres y menos privilegiados quienes realizan los trabajos inferiores en el departamento de recogida de basura. Una ojeada a los basureros dirá rápidamente qué grupo social es el que se encuentra en el último peldaño de nuestra sociedad.

Indudablemente, los robots serán basureros y limpiarán calderas, serán cosecheros y realizarán los trabajos más pesados. También se encontrarán en los puestos de más peligro. Los obstáculos submarinos serán también retirados por ellos de los canales de corrientes fuertes y repararán pilas atómicas en salas radiactivas en las que un ser humano moriría instantáneamente.

También, quizá, puedan emplearse en mantener la Ley...

Era una gran caja de madera contrachapada, con la forma de un ataúd, que parecía pesar una tonelada. Aquel tipo musculoso simplemente la dejó caer a través de la puerta de la comisaría y comenzó a irse. Levanté la vista del escritorio y le grité a la espalda del camionero, que desaparecía:

—¿Qué infiernos es esto?

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo mientras subía a la cabina—. Tan solo entrego, no hago radiografías. Lo único que sé es que vino en el cohete de la Tierra de esta mañana.

Apretó más de lo necesario el acelerador del camión, lanzando una nube de polvo rojo.

—Bromistas —murmuré para mí—. Marte está lleno de bromistas.

Cuando fui a mirar la caja, podía notar como rechinaba el polvo entre mis dientes. El comisario Craig debió de haber oído el ruido porque salió de su oficina y me ayudó a levantar la caja para mirarla.

—¿Cree que sea una bomba? —preguntó con voz cansada.

—¿Quién iba a molestar... y además con una cosa tan grande? Y viene desde la Tierra.

Asintió, y dio la vuelta para mirarla por el otro lado. No se veía en ninguna parte la dirección del remitente. Finalmente tuvimos que buscar una palanqueta y me puse a sacarle la tapa. Tras unos tirones se desclavó y cayó.

Fue entonces cuando vimos por primera vez a Ned. Todos hubiéramos estado mucho más contentos si hubiera sido nuestra primera y última mirada al mismo. ¡Si simplemente hubiéramos clavado de nuevo la tapa y devuelto aquella cosa a la Tierra! Ahora sé a qué se refieren cuando hablan de la caja de Pandora.

Pero nos quedamos allí, contemplándolo como un par de estúpidos. Ned estaba inerte y nos devolvía la mirada.

—¡Un robot! —dijo el comisario.

—Muy observador; se advierte fácilmente que fuiste a la academia de la policía.

—Ja, ja. Averigua qué hace aquí.

Yo no había ido a la academia, pero ello no me impidió el encontrar la carta. Salía de un grueso libro colocado en una bolsa de la caja. El comisario cogió la carta y la leyó con poco entusiasmo.

—¡Bueno, bueno! Robots Inc. tiene la genial idea de que: «los robots, correctamente utilizados, demostrarán ser invaluable en el trabajo policíaco»; desean que cooperemos en una prueba en condiciones normales de trabajo: «el robot que se incluye es el último modelo experimental, valorado en 120.000 créditos.»

Los dos miramos al robot, compartiendo el deseo de que en la caja hubieran estado los créditos en lugar de él. El comisario frunció el entrecejo y siguió leyendo, moviendo los labios. Yo me pregunté cómo íbamos a sacar al robot de su caja de contrachapado.

Modelo experimental o no, era un bello espécimen de maquinaria. De un

uniforme color azul marino, sus pernos y relieves eran de color oro. Alguien se había preocupado mucho en conseguir el efecto adecuado. Era lo más aproximado que se podía hacer parecer un robot a un policía de uniforme, sin que resultase caricaturesco. Lo único que parecía faltar era la placa y la pistola.

Entonces me di cuenta del débil brillo en las lentes oculares del robot. No se me había ocurrido antes que pudiera estar conectado. No había nada que perder comprobándolo.

—Sal de esa caja —le dije.

El robot salió rápido y seguro como un cohete, aterrizando a medio metro delante mío y haciendo un marcial saludo.

—Robot policía experimental, número de serie XPO-456-934B, presente, señor.

Su voz vibraba diligente, y casi podía oír el zumbido de sus tensos cables musculares. Quizá tuviera una piel de acero inoxidable y un manojito de cables por cerebro, pero de todas maneras me olía a policía novato. El hecho de que tuviera el tamaño de un hombre, dos brazos, dos piernas, y ese uniforme pintado, ayudaba a la imagen. Todo lo que tenía que hacer era entrecerrar mis ojos y allí estaba Ned, el Policía Novato. Recién salido de la escuela y deseando comenzar. Agité la cabeza para librarme de la ilusión. Era tan solo un metro ochenta de maquinaria que los cerebros grises y sabihondos habían construido para su diversión.

—Relájate, Ned —le dije. Aún seguía en posición de saludo—. Descansa. Se te va a herniar el tubo de escape si sigues tan tenso. Además, tan solo soy el sargento. Ese es el comisario.

Ned dio media vuelta y se deslizó hasta el comisario en un solo movimiento relampagueante. El comisario se lo quedó mirando como algo que hubiese saltado de debajo de la capota de un coche mientras Ned repetía su presentación.

—Me pregunto si hará algo más que saludar y presentarse —dijo el jefe, caminando alrededor del robot como haría un perro con una farola.

—Las funciones, operaciones y métodos de actuación propios de los robots policías experimentales vienen señaladas en las páginas 184 a 213 del manual. —La voz de Ned se apagó un instante mientras se medio sumergía de nuevo en la caja y sacaba el volumen mencionado—. Una explicación más detallada se puede encontrar también en las páginas 1035 a 1267, ambas inclusive.

El comisario, que ya tiene problemas para leerse toda la página de comics del periódico de una sola vez, dio la vuelta al grueso volumen entre sus manos como si temiese que le fuera a morder. Cuando ya tuvo una idea aproximada de lo que pesaba y hubo palpado bien la encuadernación, me lo tiró en mi escritorio.

—Ocúpate de esto —me dijo mientras volvía a su oficina—. Y del robot. Haz algo con él.

El período de atención del comisario hacia un tema nunca era largo, y en este caso ya había llegado al límite.

Hojeé el volumen, pensando. Una cosa que nunca me había preocupado mucho era los robots, por lo que tan solo sé de ellos lo que cualquier hombre de la calle. Probablemente menos. El libro estaba repleto de páginas de letra diminuta, con curiosas fórmulas matemáticas, esquemas de circuitos y gráficos en nueve colores y demás cosas así. Necesitaba una atención dedicada, atención que yo no estaba dispuesto a prestarle en aquel momento. Cerré el libro y contemplé al más reciente empleado de la ciudad de Puertonueve.

—Hay una escoba tras de esa puerta. ¿Sabes como usarla?

—Sí, señor.

—En ese caso vas a barrer esta habitación, cuidando al mismo tiempo de levantar el menor polvo posible.

Lo hizo muy bien.

Contemplé a 120.000 créditos de maquinaria haciendo una eficiente montañita de colillas y arena y me pregunté por qué habría sido enviada a Puertonueve. Probablemente fuera porque no había otra fuerza policial en el sistema solar más pequeña o menos importante que la nuestra. Los ingenieros debieron de imaginarse que sería un buen sitio donde hacer una prueba definitiva. Aunque la cosa aquella estallase, a nadie le preocuparía realmente. Posiblemente alguien vendría algún día para obtener un informe. Bueno, desde luego habían encontrado el sitio exacto. Puertonueve era tan solo un rinconcito más allá de la nada.

Lo cual, en realidad, es el motivo por el que yo estoy aquí. Yo era el único verdadero policía de la fuerza. Necesitaban al menos uno para que diese la ilusión de que las cosas marchaban. El comisario, Alonso Craig, tenía únicamente el bastante sentido como para coger los sobornos sin que se le cayera el dinero de las manos. Había dos patrulleros. El uno viejo y borracho la mayor parte del tiempo, el otro tan joven que aún usaba pañales. Yo tenía una experiencia de diez años en la policía metropolitana, en la Tierra. Porque me fui de ella es algo que a nadie le importa. Ya hace tiempo que pagué cualquier equivocación que hubiera cometido al estar aquí en Puertonueve.

Puertonueve no es una ciudad, es tan solo un sitio en el que la gente hace un alto. Los únicos ciudadanos permanentes son aquellos que viven de los que están de paso: hoteleros, tahúres, prostitutas, camareros y demás.

Hay un espaciopuerto, pero a él tan solo llegan unos pocos cargueros para recoger el metal de las escasas minas que aún funcionan. Algunos de los colonos todavía vienen por suministros. Uno podía decir que Puertonueve era una ciudad a la que se le había escapado el autobús. En un centenar de años, dudo que quede algo sobre la arena para indicar siquiera donde estaba. Pero como yo no lo veré, eso no me importa.

Regresé a mi escritorio. Había cinco borrachos en chirona, lo normal de cada noche. Mientras estaba anotándolos, Fats entró arrastrando al sexto.

—Se encerró en el lavabo de señoras del espaciopuerto y se resistió al arresto —

informó.

—De acuerdo. Mételo con los demás.

Fats dirigió a su víctima por la sala, igualando sus pasos a los arrastrados del otro. Siempre me ha maravillado la forma en que Fats se ocupa de los borrachos, ya que habitualmente lleva más tragos encima que ellos. Nunca lo he visto caer redondo, pero nunca tampoco totalmente sobrio. Para lo único que servía era para mantener una confusa vigilancia sobre las celdas y atrapar borrachos. Esto lo hacía muy bien; no importaba debajo o encima de que se escondiesen, los encontraba. Sin duda era porque compartía sus mismos instintos naturales.

Fats cerró de un portazo la celda tras el número seis y zigzagueó de vuelta.

—¿Qué es esto? —preguntó, contemplando al robot desde la parte posterior de la belleza púrpura que era su nariz.

—Es un robot. Me he olvidado del nombre que su madre le dio en la fábrica, así que le llamaremos Ned. Ahora trabaja aquí.

—¡Estupendo! Puede limpiar la chirona después de que echemos a esos vagos.

—Ese es *mi* trabajo —dijo Billy, entrando por la puerta delantera. Agarraba su porra y miraba airado por debajo del borde de su gorra. No es que Billy sea estúpido, es tan solo que la fuerza se le ha quedado en la espalda en lugar de la mente.

—Ahora es el trabajo de Ned, porque a ti te he dado una promoción. Vas a ayudarme en algo de mi trabajo.

Billy era útil a veces, y yo tenía intención de que la fuerza no lo perdiese. Mi explicación lo alegró, porque se sentó junto a Fats y contempló como Ned limpiaba el suelo.

Así es como fueron las cosas durante una semana. Contemplamos como Ned limpiaba y desempolvaba hasta que la comisaría comenzó a verse positivamente antiséptica. El jefe, que siempre ha tenido buen olfato para esto, halló que Ned podía archivar la tonelada de papeles e informes que atiborraba en su oficina. Esto mantuvo al robot atareado, y nos acostumbramos tanto a él que apenas si nos dábamos cuenta de su presencia. Sabía que se había llevado la caja de embalaje al almacén y preparado una especie de dormitorio-ataúd para robots. Lo demás ni me importaba ni me preocupaba.

El manual de instrucciones estaba perdido por mi escritorio y nunca lo miré. Si lo hubiera hecho, hubiera tenido alguna idea de los grandes cambios que se preparaban. Ninguno de nosotros tenía ni idea de lo que puede o no hacer un robot. Ned estaba sirviéndonos a maravilla como una especie de mujer de limpieza-archivero y debía de haber seguido así. Y lo habría hecho si el comisario no hubiera sido tan vago. Eso fue el inicio.

Eran las nueve de la noche y el jefe se iba a casa cuando llegó la llamada. La contestó él, escuchó un momento y luego colgó.

—Es la tienda de licores de Greenback. La han robado de nuevo. Dice que vayamos inmediatamente.

—Esto es nuevo. Habitualmente no nos enteramos de nada hasta que ha pasado un mes. ¿Para qué demonios está pagando protección si China Joe no lo protege? ¿Qué prisa hay?

El jefe se mordió el labio por un momento y finalmente, con dificultad, llegó a una decisión.

—Lo mejor será que vayas y veas que sucede.

—Seguro —dije, cogiendo mi gorra—. Pero no queda nadie por aquí, así que tendrás que esperar hasta que regrese.

—Ni hablar —gimió—. Me muero de hambre y el quedarme aquí no me hará ningún bien.

—Yo iré a hacer el informe —dijo Ned, dando un paso adelante y largándonos su habitual saludo marcial.

Al principio el jefe no quería saber nada de ello. Era como si la nevera se animase y se ofreciese a hacer su trabajo.

—¿Cómo ibas *tú* a hacer un informe? —gruñó, poniendo en su lugar a la nevera sabihonda. Pero había expresado su insulto en forma de pregunta, así que fue el culpable de todo. En exactamente tres minutos Ned le dio al jefe un resumen de la rutina necesaria para que un agente de policía haga un informe sobre un robo a mano armada o cualquier otro tipo de latrocinio. Por la mirada desvaída de los desencajados ojos del jefe me di cuenta de que Ned había sobrepasado rápidamente los límites del escaso conocimiento del comisario.

—¡Ya basta! —dijo jadeante el acosado hombre—. Si sabes, ¿por qué no haces un informe?

Que a mí me sonaba como otra versión del «si eres tan inteligente, ¿cómo es que no eres rico?» que acostumbrábamos a chillar a los empollones en la escuela. Ned se tomaba las cosas literalmente, así que se volvió hacia la puerta.

—¿Quiere decir que desea que haga el informe sobre este robo?

—Sí —dijo el jefe para librarse de él, y contemplamos como su forma azulada desaparecía a través del hueco.

—Debe ser más inteligente de lo que parece —comenté—. Ni siquiera nos ha preguntado dónde está la tienda de Greenback.

El comisario asintió, y el teléfono sonó de nuevo. Aún tenía la mano encima, así que lo cogió por puro reflejo. Escuchó durante un segundo, y uno se hubiera creído que alguien estaba bombeando sangre fuera de sus venas por la forma en que su rostro palideció.

—Aún sigue el atraco —se atragantó finalmente—. El aprendiz de Greenback está llamando... para saber lo que hacemos. Dice que está debajo de la mesa de la habitación de atrás...

No oí el resto porque salí y me metí en el coche. Podían pasar cien cosas si Ned

llegaba antes que yo. Dispararían, herirían a la gente, montones de cosas. Y le echarían las culpas de todo a la policía por enviar a un robot de lata a hacer el trabajo de un agente. Quizá hubiera sido el comisario el que había mandado a Ned allí pero yo sabía, como si estuviese escrito en el cielo, que acabarían echándome a mí las culpas. Marte nunca está demasiado caliente, pero yo estaba sudando.

Puertonueve tiene catorce reglas de tráfico y yo las rompí todas antes de pasar de la primera manzana. Pero pese a lo rápido que iba, Ned llegó antes. Al girar la esquina lo vi abrir la puerta de la tienda de Greenback y entrar dentro. Frené con un chirrido tras él y llegué a punto para contemplar el espectáculo. Y fue un espectáculo de tiro al blanco.

Había dos tíos haciendo el atraco, uno tras el mostrador como si fuera el dependiente y el otro en un lado. Tenían las armas ocultas, pero la entrada de Ned, ataviado de azul, fue demasiado para sus nervios en tensión. Las armas surgieron como si tirasen de un hilo y Ned se quedó quieto. Yo cogí mi propia pistola y esperé a ver salir trozos de robot por la ventana.

Los reflejos de Ned eran maravillosos. Que supongo es como deben ser los de un robot.

—SUELTEN LAS ARMAS, QUEDAN ARRESTADOS.

Debía tener el altavoz a todo volumen o algo así, porque su voz sonó tan alta que me hizo daño en los oídos. El resultado fue el que uno se podía esperar. Disparó la artillería y el aire se llenó de proyectiles. Las ventanas saltaron en pedazos y yo me tiré al suelo. Por el ruido me di cuenta de que ambos debían llevar calibres .50 sin retroceso. Uno no para esos proyectiles, lo atraviesan limpiamente y a cualquier otra cosa con que se encuentren.

Excepto que no parecían estarle haciendo nada a Ned. La única cosa que parecía hacer fue cubrir sus ojos. Un pequeño escudo con una rendija sobre sus lentes oculares. Entonces se abalanzó contra el primer ladrón.

Sabía que era rápido, pero no tanto. Un par de disparos lo conmovieron mientras atravesó la habitación, pero antes de que el caco pudiera mejorar su puntería Ned ya tenía la pistola en su mano. Ahí acabó todo. Le hizo una de las mejores llaves que he visto y cogió limpiamente el arma en el aire cuando cayó de los agarrotados dedos. Con el mismo movimiento con que se metió la pistola en un bolsillo sacó un par de esposas y las colocó en las muñecas del individuo.

El malvado número dos se estaba dirigiendo en aquel momento hacia la puerta, y yo lo esperaba para darle una cálida recepción. No hubo necesidad. No había recorrido la mitad del camino cuando Ned estuvo ante él. Se oyó un estruendo cuando ambos chocaron, pero aunque Ned ni se movió al otro se le nubló la vista. Ni siquiera se enteró de que Ned le ponía las esposas y lo dejaba caer junto a su compañero.

Entré, cogí sus armas a Ned y convertí el arresto en oficial. Esto fue lo único que Greenback vio cuando se arrastró de detrás del mostrador, y eso era lo único que yo deseaba que viese. El lugar estaba cubierto por una capa de cristales rotos y olía

como en el interior de una caba. Greenback comenzó a aullar como un lobo por sus bienes perdidos. No parecía saber nada de la llamada telefónica, así que agarré al muchachito que salió de la habitación de atrás. Era el que había hecho las llamadas.

Resultó ser una cuestión de pura estupidez. Había trabajado tan solo unos pocos días para Greenback y no era lo bastante listo como para darse cuenta de que los robos son un asunto para los muchachos de la protección y no para la policía. Le dije a Greenback que le explicase las cosas al muchacho, pues ya había visto el follón que había originado. Luego empujé a los dos atracadores al coche. Ned subió en la parte trasera con ellos, por lo que se quedaron en un rincón temblando como dos hojas en una tormenta. La única respuesta del robot fue sacar un botiquín de primeros auxilios de su cadera y curar la rozadura de un rebote en uno de los cacos, que ni siquiera se había dado cuenta debido a la excitación.

El comisario aún estaba allí con la cara pálida cuando entramos. Me parecía imposible, pero aún palideció más.

—Los habéis agarrado —susurró. Antes de que pudiera decirle nada, una idea horrorosa entró en su mente. Agarró un puñado de camisa del primer bandolero y le acercó la cara—. Eres uno de los chicos de China Joe —gruñó.

El tipo cometió el error de tratar de pasarse de listo, así que el jefe le largó un mamporro en la cabeza con la palma de la mano que le hizo girar los ojos como bolas de ruleta. Cuando repitió la pregunta, tuvo una respuesta correcta.

—No sé nada de ese China Joe. Llegamos hoy a la ciudad y...

—Intrusos, gracias a Dios —suspiró el jefe, derrumbándose en su silla—. Enjálalos y dime rápido qué infiernos pasó.

Los puse tras los barrotes y apunté un dedo no muy firme hacia Ned.

—Ese es el héroe —dije—. Los capturó él solo, los aporreó y esposó. Es un tornado con figura de robot, un poder del bien en esta comunidad abocada al mal. Y además es a prueba de balas. —Pasé un dedo sobre el amplio pecho de Ned. La pintura había sido desconchada por los proyectiles, pero el metal ni siquiera estaba rayado.

—Esto me va a traer problemas, muchos problemas —gimió el jefe.

Sabía que se refería a los chicos de la protección. No les gustaba que se arrestasen bandoleros y disparasen armas sin su aprobación. Pero Ned creía que el jefe tenía otro tipo de problemas y se apresuró a calmarlo:

—No habrá problemas, no habrá problemas. En ningún momento violé ninguna de las Leyes Robóticas de Restricción, forman parte de mis circuitos y por tanto son totalmente automáticas. Los hombres que sacaron sus pistolas violaron tanto las leyes humanas como las robóticas cuando intentaron comportarse violentamente. No les hice daño, tan solo les impedí que ellos lo hicieran.

Esto sobrepasaba el entendimiento del jefe, pero me gusta creer que yo lo entendí. Y *había* estado preguntándome como un robot, una máquina, podía estar mezclado en el mantenimiento de la ley y supresión de la violencia. Ned también tenía respuesta

para esto.

—Los robots han estado asumiendo estas funciones durante años. ¿Acaso los dispositivos de radar no enjuician a los humanos por sus violaciones de las normas de tráfico? Un detector robot de alcoholismo está más cualificado para determinar el estado de sobriedad de un prisionero que el agente que lo detiene. Y en otro tiempo hasta se permitió que los robots tomaran decisiones sobre cuando matar. Antes de las Leyes Robóticas de Restricción, estaba generalizado el uso de sistemas automáticos de puntería. Su ejemplo más avanzado fue una batería autosuficiente de cañones antiaéreos. Un radar de alerta automático detectaba todos los aviones en la vecindad. Aquellos que no contestaban con una señal de identificación correcta eran seguidos y sus trayectorias calculadas, y los mecanismos automáticos preparaban las espoletas y cargaban los cañones apuntados por el computador... que eran disparados por el mecanismo robot.

Había poco que argumentarle a Ned. Excepto quizá su vocabulario de catedrático. Así que pasé al ataque.

—Pero un robot no puede tomar el lugar de un agente, es un trabajo complejo, para humanos.

—Claro que sí, pero el ocupar el puesto de un policía humano no es la función de un policía robot. Mi función primordial es la de combinar las tareas de numerosas piezas del equipo policial, integrando sus operaciones y permitiendo que siempre estén a mano. Adicionalmente, puedo ayudar en los procesos *mecánicos* del mantenimiento de la ley. Si usted arresta a un hombre, lo esposa. Pero si me ordena hacerlo, yo no tomo la decisión moral, tan solo soy una máquina de colocar esposas.

Mi mano alzada cortó el flujo de argumentos robóticos. Ned iba repleto hasta las orejas de hechos y números, y yo ya me imaginaba quien saldría perdedor en una discusión prolongada. Desde luego, era cierto que no se había violado ninguna ley cuando Ned había atrapado a aquellos tipos. Pero no todas las leyes están en los libros.

—A China Joe no le va a gustar esto, no le va a gustar nada —dijo el jefe, como repitiendo mis pensamientos.

La Ley de la Jungla. Esta es una de las que no están en los libros de leyes, y era la que regía en Puertonueve. El lugar era lo bastante grande como para tener una buena población de garitos de juego, casas de putas y tascorros. Todos ellos dirigidos por China Joe. Al igual que el departamento de policía. Todos dependíamos de él, y uno podría decir que era él quien pagaba nuestros salarios. Pero esto no es el tipo de cosas que se le explican a un robot.

—Sí, no le gustará a China Joe.

Al principio creí que era un eco, pero luego me di cuenta de que alguien se había apoyado en la puerta tras de mí. Alguien llamado Alex. Un metro ochenta de huesos, músculos y malas intenciones. La mano derecha de China Joe. Hizo algo que quería ser una sonrisa al jefe, que se hundió un poco más en su silla.

—China Joe quiere que le expliquen por qué hay policías listos que van por ahí molestando a la gente y dejando que rompan buenas botellas. Esto, sobre todo, le ha irritado. Dice que ya está hasta las narices y que después de esto...

—Lo voy a poner bajo arresto robótico, de acuerdo con el artículo 46, párrafo 19, de los estatutos revisados...

Antes de que nos hubiésemos dado cuenta de que se había movido, Ned ya lo había hecho. Justo frente a nuestras narices estaba arrestando a Alex y firmando nuestras sentencias de muerte.

Alex no era lento. Mientras se volvía para averiguar quien lo había agarrado, ya había sacado su cañón. Logró hacer un disparo, a quemarropa contra el pecho de Ned, antes de que el robot le arrancase la pistola y le pusiese las esposas. Mientras boqueábamos como peces muertos, Ned recitó la acusación con lo que juraría era un tono satisfecho.

—El prisionero es Peter Rakjomskj, alias Alex el Hacha, buscado en Ciudad Canal por robo a mano armada e intento de asesinato. También buscado por la policía local de Detroit, Nueva York y Manchester bajo las acusaciones de...

—*¡Sáquenmelo de encima!* —aulló Alex. Y lo habríamos hecho, y quizá se hubiera arreglado todo aún, si Benny Chinche no hubiera oído el disparo. Metió la cabeza por la puerta lo bastante como para que se le desorbitasen los ojos ante la escena.

—Alex... ¡Están enchironando a Alex!

Entonces desapareció, y cuando alcancé la puerta ya se había perdido de vista. Los muchachos de China Joe siempre van en parejas. Y en diez minutos se habría enterado de todo.

—Fíchalo —le dije a Ned—. No cambiarán las cosas aunque lo soltemos ahora. El mundo se ha terminado.

Entonces llegó Fats, murmurando para sí mismo. Señaló con el pulgar por encima de su hombro al verme.

—¿Qué sucede? He visto al pequeño Benny Chinche saliendo de aquí como si el lugar ardiese, y casi se mata con el coche al doblar la esquina.

Entonces Fats vio a Alex con las esposas puestas, y se le disipó la borrachera en un momento. Se quedó tan solo un instante con la boca abierta, y luego ya llegó a una decisión. Sin un solo traspies se acercó al Jefe y le tiró la placa sobre la mesa ante la que estaba sentado.

—Soy ya un hombre viejo y bebo demasiado para seguir siendo policía, por consiguiente presento mi renuncia al puesto. Porque si ese que hay ahí es quien me pienso, y tiene las esposas puestas, no viviré un solo día más si permanezco por aquí.

—Rata —gruñó dolorido el Jefe por entre sus apretados dientes—. Huyes de la nave que se hunde, rata.

—Hiii —dijo Fats, y se marchó.

Al Jefe, en aquel momento, ya le importaba todo un higo. Ni parpadeó cuando

recogí la placa de Fats del escritorio. No sé por qué lo hice, tal vez porque pensase que se lo merecía. Ned había comenzado todo aquel lío y yo estaba lo bastante irritado como para desear que se encontrase en su conclusión. Había dos anillas en su peto, y no. me sentí sorprendido al ver que la aguja de la placa encajaba perfectamente en ellas.

—Ya está, ahora eres un verdadero policía. —Mis palabras rezumaban sarcasmo. Pero debería haberme dado cuenta que los robots son inmunes al sarcasmo. Ned aceptó mis palabras literalmente.

—Es un gran honor, no solo para mí, sino para todos los robots. Cumpliré lo mejor que sepa con las obligaciones de mi puesto. —Un verdadero héroe en calzoncillos de lata. Podía oír como los pequeños motores de su tripa zumbaban alegremente mientras fichaba a Alex.

Si lo demás no hubiera sido tan malo, me hubiera alegrado de esto. Ned tenía en su interior más equipo policíaco que todo el que la ciudad de Puertonueve había poseído jamás. Llevaba un tampón incrustado en una cadera, y eficientemente entintó las yemas de los dedos de Alex en él, pasándolos luego por una ficha. Luego, mantuvo al prisionero frente a sí mientras algo hacía click en su abdomen, lo puso de perfil, y dos fotografías instantáneas surgieron de una ranura. Las fotos de identidad fueron colocadas en la ficha, que completó con los detalles del arresto y demás datos. Había otras cosas similares, pero dejé de contemplarlo. Tenía otras cosas más importantes en que pensar.

Tales como la forma en que seguir con vida.

—¿Alguna idea, Jefe?

La única respuesta fue un gruñido, así que no proseguí por ese camino. Billy, el resto de la fuerza de policía, entró en aquel momento. Rápidamente le lancé una arenga. Y, o por pura estupidez o por machismo, decidió quedarse. Me sentí orgulloso del chico. Ned encerró al prisionero y comenzó a barrer.

Fue entonces cuando entró China Joe.

Aunque lo estábamos esperando, nos dio un susto. Traía con él un puñado de sus peores matones, y atravesaron la puerta como si fueran un equipo de rugby formado por gigantes. China Joe iba al frente, con sus manos hundidas en las mangas de su larga túnica de mandarín. No había ninguna expresión en sus facciones asiáticas. No perdió el tiempo en hablar con nosotros, simplemente les dio una orden a sus muchachos:

—Limpiad este lugar. El nuevo jefe de policía llegará enseguida, y no quiero que vea vagos por aquí.

Esto me irritó. Aunque me sobornen, me gusta seguir creyendo que soy un policía, y no que estoy en la nómina de un bandolero barato. Además, sentía curiosidad acerca de China Joe. La había sentido desde que había tratado de hallarle

antecedentes sin lograrlo. Era algo que quería saber.

—Ned, dale una buena mirada al chino ese del camisón y dime quién es.

Dios mío, lo rápido que van esos circuitos electrónicos. Ned me respondió con la rapidez de un extra que ha estado estudiando su frase durante semanas.

—Es un pseudooriental, que se aprovecha de la natural palidez de su rostro acrecentándola con tintes. No es chino. También se le ha practicado una operación en sus ojos, de la que se aprecian aún las cicatrices. Indudablemente, esto se ha hecho para ocultar su verdadera identidad, pero las medidas Bertillon de sus orejas y otros detalles lo identifican positivamente. Está en la lista de los Muy Buscados de la Interpol y su verdadero nombre es...

China Joe estaba enfadado, y con razón.

—Esa es la *cosa*... El aparato de radio bocazas que está ahí enfrente. ¡Ya sabemos lo bastante, así que vamos a hacerle callar!

La gentuza se echó entonces a un lado o se tiró al suelo, y pude ver que en la puerta había un tipo arrodillado con un lanzacohetes. Sin duda con cargas huecas antitanque. Ese fue mi último pensamiento cuando la cosa se disparó con un «zooooom».

Quizá uno pueda cazar un tanque con uno de esos, pero no un robot, al menos no un robot policía. Ned estaba deslizándose por el suelo boca abajo cuando la pared estalló. No hubo un segundo disparo, Ned apretó el tubo con su mano y lo convirtió en un trozo de chatarra.

Billy decidió entonces que cualquiera que dispara un cohete en el interior de una comisaría está quebrantando la ley, así que se adelantó con su porra en alto. Yo le pisaba los talones porque no quería perderme nada de la diversión. Ned estaba por el suelo en alguna parte, pero no me cabía duda de que sabría cuidarse de sí mismo.

Se oyeron un par de disparos apagados y alguien chilló. Después de esto nadie volvió a disparar, porque ya estábamos demasiado enmarañados. Un matón llamado Brooklyn Eddie me dio en la sien con la culata de su pistola, y yo le desparramé la nariz por la cara con mi puño.

Después de todo esto tan solo hay como una especie de neblina, pero recuerdo que durante un rato estuve muy ocupado.

Cuando se alzó un poco la niebla me di cuenta de que era el único todavía en pie o, mejor dicho, apoyado. Era realmente providencial que la pared siguiese allí.

Ned entró por la puerta de la calle trayendo a un Brooklyn Eddie muy magullado. Esperaba haber sido yo el causante. Las muñecas de Eddie estaban esposadas. Ned lo depositó suavemente junto al montón de pistoleros, y de pronto me di cuenta de que todos ellos llevaban el mismo tipo de esposas. Me pregunté si Ned las fabricaría a medida que las necesitaba o si llevaría un cierto número guardado en una pierna hueca o algo así.

A algunos pasos de distancia había una silla, y el sentarme ayudó algo.

Todo aparecía cubierto de sangre, y si un par de los matones no hubieran gemido me hubiera pensado que ya eran cadáveres. Me fijé en que uno sí lo era. Una bala le había dado en el pecho, y probablemente la mayor parte de la sangre era suya.

Ned rebuscó entre los cuerpos por un momento y sacó a Billy. Estaba inconsciente, tenía una gran sonrisa en su rostro y los astillados restos de su porra firmemente asidos en su mano. Cuesta muy poco contentar a algunas personas. Una bala le había atravesado la pierna, y ni se movió mientras Ned le rasgaba el pantalón y le colocaba una venda.

—El falso China Joe y otro hombre escaparon en un coche —informó Ned.

—No te preocupes por eso —conseguí croar—. Este ha sido el mejor trabajo de nuestra fuerza de policía.

Fue entonces cuando me di cuenta de que el Jefe seguía sentado en su silla, donde se encontraba al empezar el jaleo. Seguía reclinado sobre la mesa, con la mirada perdida. Tan solo después de comenzar a hablar con él me di cuenta de que Alonso Craig, Jefe de la Policía de Puertonueve, estaba muerto.

De un solo disparo. Con un arma de pequeño calibre, tal vez un .22. Justo en el corazón, y la sangre que había salido no le había traspasado la ropa. Tenía una buena idea de qué tipo de arma habría hecho aquel disparo. Un arma pequeña, justo del tipo que se podría ocultar en una ancha manga china.

Ya no me sentía cansado o atontado, tan solo irritado. Quizá no hubiera sido el tipo más honesto o brillante del mundo, pero se merecía un final mejor que aquel, asesinado por un jefe de bandoleros de segunda que se había creído engañado.

Justo entonces me di cuenta de que tenía que tomar una decisión importante. Con Billy fuera de combate y Fats dimisionado, yo era toda la fuerza de policía de Puertonueve. Todo lo que tenía que hacer para salir de aquel lío era atravesar la puerta y seguir sin pararme. No tendría demasiados problemas.

Ned pasó zumbando, recogió a dos de los pistoleros y se los llevó a las celdas.

Tal vez fuera la visión de su espalda azul, o quizá fuera que ya estaba cansado de correr. Fuera lo que fuese, antes de darme cuenta ya había tomado una decisión. Cuidadosamente, cogí la placa dorada del Jefe y me la puse en el lugar de la mía antigua.

—El nuevo jefe de policía de Puertonueve —dije, sin dirigirme a nadie en particular.

—Sí, señor —dijo Ned mientras pasaba. Dejó un momento en el suelo a uno de los prisioneros para saludarme, y luego siguió con su trabajo. Le devolví el saludo.

La ambulancia del hospital se llevó a los heridos y muertos. Sentí un placer morboso en ignorar las miradas interrogativas de los enfermeros. Después de que el médico me hubo reparado la sien, todo pareció más claro. Ned barrió el suelo, yo me comí diez aspirinas, y esperé a que cesase el martilleo para pensar qué hacer a continuación.

Cuando logré ordenar mis pensamientos, la respuesta me pareció obvia. Demasiado obvia. Empleé todo el tiempo que pude en volver a cargar mi pistola.

—Vuelve a llenar tu depósito de esposas, Ned. Vamos a salir.

Portándose como un buen policía, no hizo preguntas. Cerré la puerta exterior cuando salimos y le entregué la llave.

—Ten. Hay muchas posibilidades de que seas el único que quede para usarla antes de que acabe el día.

Tardé tanto tiempo como pude en llegar hasta la guarida de China Joe, tratando de imaginar si había otra forma en que hacerlo. Pero no había. Se había cometido un asesinato y Joe era a quien yo iba a acusar. Así que tenía que atraparlo.

Lo mejor que podía hacer era parar un momento y darle instrucciones a Ned.

—Esta combinación de bar y prostíbulo es propiedad de ese al que llamaremos China Joe hasta que puedas informarme sobre su persona. Ahora ya tengo bastante en que distraerme. Lo que tenemos que hacer es entrar ahí dentro, encontrar a Joe y llevarlo ante la justicia. ¿Sencillo?

—Sencillo —respondió Ned con su aguda voz de colegial—. Pero, ¿no sería más sencillo el arrestarlo ahora, que está escapando en ese coche, en lugar de esperar a que vuelva?

El coche mencionado estaba acelerando a cien cuando salió por el callejón frente a nosotros. Tan solo pude darle una ojeada a Joe en el asiento de atrás al pasar frente a nosotros.

—¡Deténganlos! —grité, principalmente para animarme a mí mismo, puesto que yo era el que conducía. Traté de cambiar de marcha y darle al contacto al mismo tiempo, y conseguí no hacer ninguna de las dos cosas.

Así que Ned los detuvo. La frase había sido construida como una orden. Sacó su cabeza por la ventana, y vi al momento por qué la mayor parte de su equipo estaba situado en su abdomen. Probablemente también tenía allí su cerebro, pues no quedaba mucho sitio en su cabeza con el cañón que contenía.

Un .75 sin retroceso. Se deslizó una placa situada donde debería haber estado situada su nariz, y surgió el enorme cañón. Cuando uno piensa en ello, se da cuenta de que es una buena idea. Justo entre los ojos para obtener una buena puntería, a buena altura, y siempre dispuesto.

El BOOM BOOM casi me arrancó la cabeza. Naturalmente, Ned era un tirador perfecto... yo también lo sería si tuviera un computador por cerebro. Había perforado una rueda trasera con cada disparo, y el coche hubo de detenerse un poco más allá. Salí lentamente mientras Ned corría hacia allí, batiendo todos los records. Esta vez ni trataron de escapar. El poco valor que les quedaba debieron perderlo al ver el cañón humeante de aquel .75 saliendo de entre los ojos de Ned. Los robots tienen buen cuidado en reordenar las cosas, así que debió de dejarlo fuera deliberadamente.

Probablemente le habían dado un curso de psicología en la escuela para robots.

Había tres de ellos en el coche, todos con las manos en alto, como en la escena final de un western. Y la parte trasera del coche estaba cubierta de interesantes maletitas.

Todo el mundo salió sin causar problemas.

China Joe tan solo dio un bufido mientras Ned me contaba que su nombre era realmente Stantin, y que mantenían caliente la silla eléctrica en Elmira en espera de que regresase. Le prometí a Joe-Stantin que me sentiría feliz en poder arreglar el viaje aquel mismo día para que no hubiese problemas con las autoridades locales. El resto del grupo serían juzgados en Ciudad Canal.

Fue un día muy atareado.

Desde entonces, las cosas se han calmado bastante. Billy ya ha salido del hospital, y lleva mis viejos galones de sargento. Hasta Fats ha regresado, aunque ahora está sobrio de vez en cuando y le cuesta mirarme cara a cara. No tenemos mucho que hacer, pues la ciudad, además de tranquila, es ahora honesta.

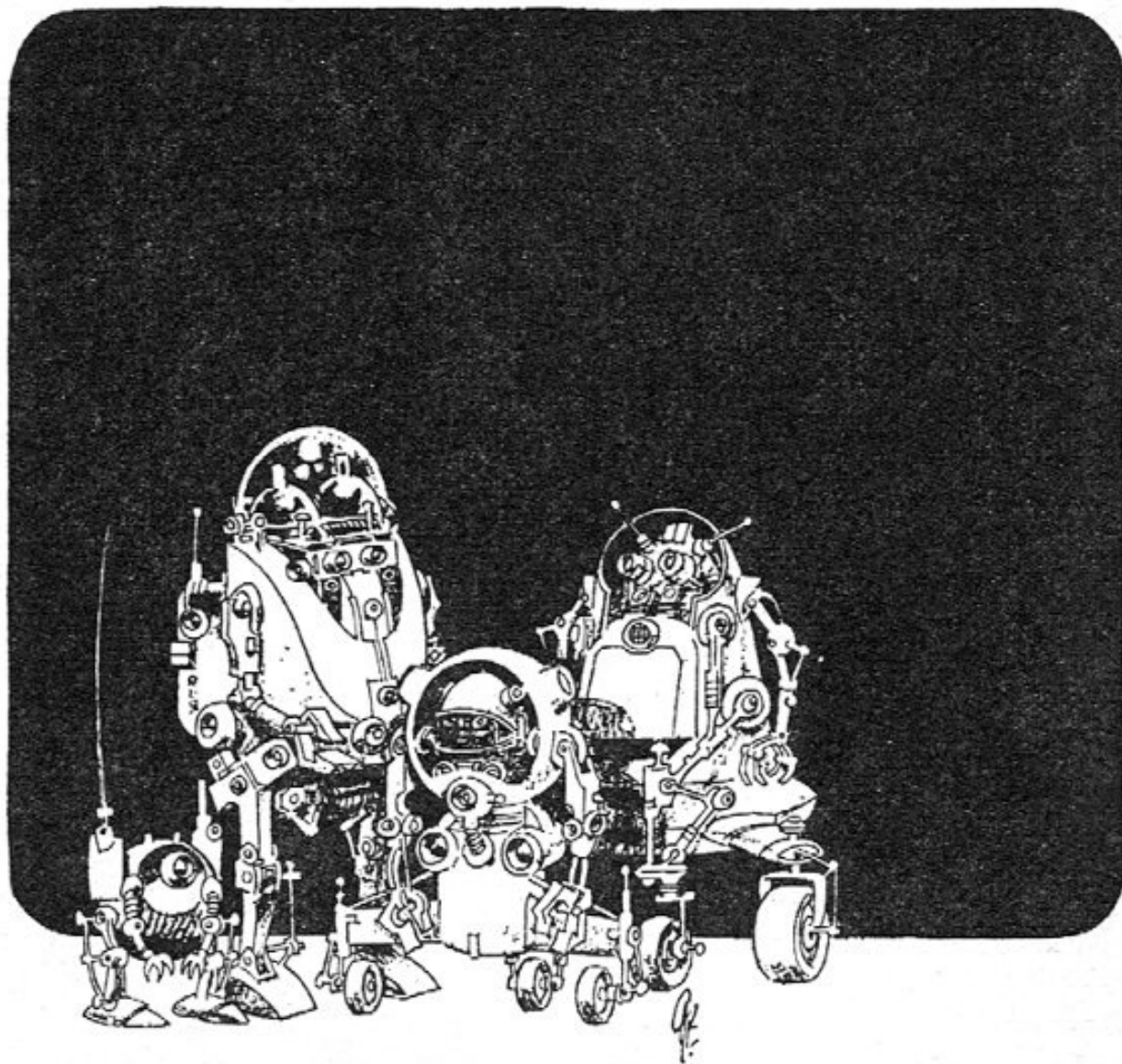
Ned patrulla por las noches y se encarga del laboratorio y los archivos por la mañana. Quizá la Mutua de Policías no estuviese de acuerdo con esto, pero a Ned no le importa. Reparó todas las desconchaduras de bala y lleva siempre bien limpia su placa. Ya sé que un robot no puede estar ni contento ni triste, pero Ned *parece* contento.

A veces hasta juraría que puedo oírle canturrear para sí mismo, pero, naturalmente, tan solo son los motores y cosas que lleva dentro.

Pensando ahora en ello, supongo que establecimos algún tipo de precedente aquí, al nombrar a un robot agente de policía. No ha venido aún nadie de la fábrica, así que nunca he sabido si era el primero o no.

Y les voy a decir una cosa. No me voy a quedar en esta ciudad aburrida para siempre. Ya he enviado algunas cartas, buscándome un nuevo trabajo.

Y, desde luego, algunas personas van a quedarse *muy* sorprendidas cuando vean quién es su nuevo jefe de policía cuando yo me vaya.



EL ROBOT QUE QUERIA SABER

Como los esclavos, o siervos, humanos, los robots no necesitarán, desde el punto de vista de sus amos, de ninguna educación innecesaria. Un siervo tan solo «necesita» conocer la información relativa al trabajo en el campo, y a como cumplir lo que se le ordene... con premura. Cualquier otra cosa es innecesaria, y potencialmente peligrosa, ya que tiende a plantear preguntas tales como ¿es así cómo tienen que ser las cosas? Y, de pronto, uno se encuentra con que el fiel Bongo está estudiando formas en que quemar la granja, y afilando su machete con aviesas intenciones... Es aún demasiado pronto para saber si los robots reaccionarán de la misma manera, pero también a ellos se les «informará» únicamente de lo que les sea absolutamente necesario, aunque solo sea por economía.

Y, no obstante, algunos robots tendrán acceso a ciertas informaciones para las que no tendrán un uso inmediato. Por ejemplo, un bibliotecario robot necesitaría de una memoria bien repleta antes de poder responder a una simple pregunta...

Este era el problema que había con Archivador 138-445-K; que deseaba saber cosas que no tenía por qué saber. Cosas en las que *ningún* robot debería estar interesado, y mucho menos investigar. Pero Archivador era un robot muy especial.

El problema que tuvo con la rubia de la estantería 22 debería haberle servido de aviso. Había salido zumbando de la sala de almacenamiento con una carga de libros, y estaba pasando junto a la estantería 22, cuando la vio inclinada, buscando un libro en el estante inferior.

Cuando pasó junto a ella disminuyó la marcha, y luego se detuvo algunos metros más allá. La contempló fijamente, con un extraño brillo en sus ojos metálicos.

Mientras la chica se inclinaba hacia adelante, su minifalda se alzaba, dejando ver una asombrosa longitud de pierna enfundada en nylon. El que fuera una pierna especialmente atractiva no debería haberle interesado al robot, y sin embargo lo hacía. Se quedó allí, mirando, hasta que la rubia se giró repentinamente y se dio cuenta de su atenta contemplación.

—Si fueras humano, chico —dijo—, te daría un bofetón. Pero, como eres un robot, me gustaría saber que es lo que encuentran tan interesante tus ojillos repletos de fotones.

Sin dudar ni un microsegundo, Archivador respondió:

—Lleva las medias torcidas —luego se dio la vuelta y zumbó hacia otra parte.

La rubia agitó asombrada la cabeza, arregló la media en cuestión, y alzó en un punto su estima por la electrónica.

Se habría sentido muy sorprendida de saber lo que había estado contemplando Archivador. Había *estado* mirando a su pierna. Naturalmente, no había mentido al responder, puesto que era incapaz de mentir, pero había estado mirando a mucho más que a una media torcida. Archivador se estaba enfrentando con un problema con el que ningún otro robot se había encontrado antes.

El amor, el afecto y el sexo se estaban convirtiendo en algo de un interés apasionante para él.

El que este interés fuera puramente académico, es algo que casi no debe ser mencionado, pero seguía siendo un interés. Lo que había originado en principio su curiosidad por el reino de Venus era la naturaleza de su trabajo.

Un archivador es un robot maravillosamente inteligente, que no se fabrica en grandes series. Tan solo se encuentra en las bibliotecas más importantes, ocupándose únicamente de las colecciones más complejas y amplias. El llamarles simplemente bibliotecarios es rebajar a los bibliotecarios y decir que su trabajo es simple. Naturalmente, se necesita muy poca inteligencia para archivar libros o sellar tarjetas, pero este tipo de trabajo se realiza ya desde hace tiempo por robots que son poco más que máquinas IBM con ruedas. El catalogar la información humana ha sido siempre una tarea increíblemente compleja. Los robots archivadores fueron los que finalmente heredaron este trabajo. Descansaba más confortablemente sobre sus hombros metálicos de lo que nunca lo había hecho sobre los de los bibliotecarios humanos.

Además de una memoria completa, Archivador tenía otros atributos que usualmente están asociados con el cerebro humano. Por una parte, la capacidad de relacionar a nivel abstracto. Si le pedían libros sobre un tema, podía pensar en libros de otros temas relacionados a los que referirse. Podía partir de una sugerencia, convertirla en categoría, y luego transformarla en resultado tangible en forma de una montaña de libros.

Esas características están restringidas habitualmente al homo sapiens. Son las cosas que le hicieron dar el último y más largo paso que lo alejaba de sus parientes animales. Si Archivador era más humano que los otros robots, tan solo era por culpa de sus constructores.

Pero él no le echaba la culpa a nadie... tan solo estaba interesado. Todos los Archivadores están interesados en algo, así es como se les diseñó. Otro Archivador, 9B-367-0, bibliotecario en la Universidad de Taschkient, se había interesado por los idiomas debido a la inmensa cantidad de material a su disposición. Hablaba millares de idiomas y dialectos, todos aquellos sobre los que podía encontrar textos, y gozaba de una excelente reputación en los círculos lingüísticos. Esto era a causa de su biblioteca. Archivador 13B, el que se interesaba por las piernas de las chicas, trabajaba en los corredores, repletos de polvo, de Nuevo Washington. Además de las actuales micropublicaciones, tenía acceso a toneladas de antiguos libros, impresos en papel, que databan de varios siglos anteriores.

Archivador se había interesado por las novelas de aquel tiempo pasado.

Al principio se había sentido confuso ante las referencias al *amor* y al *idilio*, así como a los sufrimientos mentales y físicos que parecían acompañarles. No podía hallar una definición completa o satisfactoria de esos términos, y se sentía intrigado. La intriga le llevaba al interés y finalmente a la absorción. Completamente desconocido por todos, se convirtió en una autoridad en el Amor.

Muy al principio de su interés por el tema. Archivador se dio cuenta de que era la más delicada de las actividades humanas. Por consiguiente, mantuvo en secreto sus investigaciones, y las únicas notas que tomó fueron en los circuitos, de gran capacidad, de su cerebro. Casi al mismo tiempo, descubrió que podía efectuar investigaciones *in vivo* para complementar los hechos de los libros. Esto sucedió cuando halló a una pareja abrazándose en la sección de zoología.

Retirándose rápidamente a las sombras, Archivador había aumentado la receptividad de sus audífonos. El diálogo que oyó fue, por decirlo en forma suave, aburrido. Apenas si una sombra desdibujada de la lírica amatoria que conocía por sus libros. Esta comparación fue interesante e instructiva.

Después de esto, escuchó las conversaciones entre hombres y mujeres cada vez que tuvo oportunidad. También trató de mirar a las mujeres desde el punto de vista de los hombres y viceversa. Esto es lo que le llevó a la observación de las extremidades inferiores en la estantería 22.

Y también le llevó a la estupidez definitiva.

Unas semanas más tarde, un investigador solicitó su ayuda mientras trabajaba con un grueso montón de notas de referencia. Una tarjeta cayó, de entre las notas, al suelo sin que se diera cuenta. Archivador la cogió y se la entregó al hombre, que la guardó con unas palabras de agradecimiento. Después de suministrarle los libros que necesitaba, se marchó, y Archivador volvió a leer la tarjeta. Tan solo la había visto unas décimas de segundo, y al revés, pero era todo lo que necesitaba. La imagen de la tarjeta estaba grabada indeleblemente en su cerebro. Archivador pensó en la tarjeta y se le empezó a ocurrir una idea.

La tarjeta era una invitación para un baile de máscaras. Conocía perfectamente el mecanismo de este tipo de diversión: era algo muy habitual en sus polvorientas novelas. La gente iba a ellos disfrazada de figuras románticas.

¿Por qué no podía ir un robot, disfrazado como si fuera una persona?

Una vez se concretó la idea en su cerebro, no hubo ya forma de desecharla. Era un pensamiento completamente arrobótico, y una acción absolutamente arrobótica. Por primera vez, Archivador tuvo la sensación de que estaba derribando las barreras que lo separaban de los misterios del idilio. Esto tan solo le hizo desear con más fuerzas el ir. Y, naturalmente, fue.

Claro está que no se atrevió a procurarse un disfraz, pero no había problema alguno en obtener unas cortinas viejas de uno de los almacenes. Un libro de costura le enseñó las técnicas, y la ilustración de un libro le facilitó el diseño para su disfraz. Estaba predestinado que iría de caballero antiguo.

Con una pluma de punta fina hizo un duplicado exacto de la invitación sobre cartulina gruesa. Su máscara era parte rostro y parte máscara, y no ofrecía dificultades para su talento y técnica. Mucho antes de la fecha señalada estuvo dispuesto. Los últimos días los pasó hojeando historias sobre bailes de máscaras y aprendiendo los últimos pasos de baile.

Estaba tan entusiasmado con la idea, que ni por un momento se entretuvo en considerar lo extraño que era lo que estaba haciendo. Era tan solo un científico estudiando una especie animal: el hombre. O mejor dicho, la mujer.

Finalmente llegó la noche, y abandonó la biblioteca a última hora con lo que parecía ser un paquete de libros pero que, naturalmente, no lo era. Nadie se fijó en como entraba en el bosquecillo situado frente a la biblioteca. Si alguien lo hubiera hecho, nunca lo hubiera relacionado con el elegante caballero que salió por el otro extremo algunos momentos más tarde. Tan solo el vacío embalaje era testigo de su transformación.

La actuación de Archivador en su nueva personalidad era la que podía ser esperada de un robot superior que hubiera estudiado un papel hasta la perfección. Subió las escalinatas que lo llevaban al salón de tres en tres, y entregó su invitación con un floreo. Una vez en el interior, se dirigió directamente al bar y tragó tres copas

de champán, por el tubo de plástico que llevaba a un depósito en su tórax. Tan solo entonces dejó que su mirada revolotease sobre las bellezas reunidas. Era una noche destinada al amor.

De todas las mujeres del salón, tan solo se fijó en una. Archivador pudo ver al momento que era la más hermosa del baile, y la única a la que debía aproximarse. ¿Acaso podía hacer otra cosa por la memoria de los cincuenta mil héroes de aquellos libros olvidados?

Carol Ann van Damm estaba aburrída, como de costumbre. Su rostro estaba cubierto, pero ninguna máscara podía ocultar los generosos contornos de sus senos y caderas. A su alrededor estaban sus acostumbrados pretendientes, ocultos por sus disfraces, anhelando su lozanía y el dinero de su padre. Era todo tan familiar, que tenía dificultad en poder contener los bostezos.

Hasta que la manada fue apartada cortés pero irrevocablemente por los amplios hombros de un extraño. Era un león entre lobos cuando los hizo a un lado y se presentó a ella.

—Este es nuestro baile —le dijo con una voz profunda, rica en significado. Casi automáticamente ella tomó la mano ofrecida, incapaz de resistir al hombre con el extraño brillo en los ojos. Al momento estaban bailando un vals, y se sintió en el cielo. Los músculos de su acompañante eran como de acero, pero sin embargo era ágil y elegante como un dios.

—¿Quién es usted? —susurró ella.

—Vuestro príncipe, que ha venido a llevaros lejos de todo esto —le murmuró al oído.

—Habla como en un cuento de hadas —rió ella.

—Este es un cuento de hadas y vos sois la heroína.

Las palabras inflamaron el corazón de ella, y notó como si una corriente eléctrica la atravesase. Tuvo como un momentáneo cortocircuito. Mientras sus labios murmuraban las palabras que ella había estado deseando oír toda su vida, sus mágicos pies los llevaban a través de las grandes puertas hasta la terraza. Una vez allí, la acción se unió a las palabras, y unos ardientes labios quemaron los de ella. Para ser exactos, lo hicieron a 38,8° C, temperatura a la que había dispuesto el termostato.

—Por favor —susurró ella, debilitada por la nueva pasión—. Tengo que sentarme.

Él se sentó junto a ella, manteniendo sus manos en una suave pero inamovible presa. Pronunciaron las palabras que solo saben decir los enamorados, hasta que una nota musical llamó su atención.

—Medianoche —suspiró ella—. Es la hora de quitarse las máscaras, amor mío. —La máscara de ella cayó, pero naturalmente él no hizo nada—. Vamos, vamos también debes quitarte la tuya.

Era una orden y, naturalmente, como robot debía obedecerla. Con un floreo, se

arrancó la cara.

Carol Ann primero gritó, luego hirvió de ira.

—¿Qué clase de broma es esta, lata animada? Responde.

—Fue el amor, dulzura. El amor que me trajo aquí esta noche y me llevó a tus brazos —la respuesta era bastante cierta, aunque Archivador la arropase con el vocabulario de su disfraz.

Cuando las suaves palabras de su enamorado surgieron de la desnuda rejilla del altavoz, Carol Ann chilló de nuevo. Sabía que se habían burlado de ella.

—¿Quién te envió así? Responde. ¿Cuál es el significado de este disfraz? Responde. ¡Responde! ¡Responde! ¡Contéstame, montón de tuercas y bielas!

Archivador trató de ordenar las preguntas y contestarlas una por una, pero ella no le dio oportunidad de hablar.

—Es el truco más sucio de todos los tiempos, el enviarte aquí disfrazado de hombre. A ti, un robot. Un don nadie. Una máquina IBM sobre patas a la que va unida una gramola. El hacerme creer que eras un hombre cuando no eres más que un robot.

Repentinamente, Archivador se puso en pie, con las palabras surgiendo mecánicamente de su altavoz.

—Soy un robot.

La suave voz del amor había desaparecido, siendo reemplazada por otra de mecánica desesperación. Los pensamientos se perseguían unos a otros por los arremolinados circuitos electrónicos de su cerebro, y todos eran el mismo pensamiento:

Soy un robot... un robot... debo de haber olvidado que soy un robot... ¿qué puede hacer un robot con una mujer?... un robot no puede besar a una mujer... una mujer no puede amar a un robot... y sin embargo ella me dijo que me amaba... y no obstante soy un robot... un robot...

Con un estremecimiento mecánico, dio la espalda a la muchacha y se alejó, rechinando metálicamente. A cada paso sus dedos de acero tiraban de sus ropas y piel de plástico, hasta que se las arrancó a tiras y pedazos. Jirones de ropa marcaban el camino seguido al alejarse de la mujer, y a un centenar de pasos estaba tan aceradamente desnudo como el día en que fue construido. Siguió a través del jardín y bajó a la calle, mientras los pensamientos giraban en círculos cada vez más apretados.

Era una reacción incontrolada, y pronto su cuerpo siguió a su cerebro. Sus piernas apresuraron el paso, sus motores giraron más rápidamente, y la bomba central de lubricación, situada en su tórax, pistoneó alocada.

Entonces, con un gemido metálico, alzó ambos brazos y se abalanzó hacia adelante. Su cabeza golpeó la esquina de una escalinata, y el ángulo de granito abolló la plancha de la carcasa. El metal hundido conectó con el del cerebro, e inmediatamente quedaron descargados los complejos circuitos que formaban su mente.

El robot Archivador 13B-445-K estaba muerto.

Esto era lo que decía el informe del mecánico, al día siguiente. No decía muerto, pero sí irreparablemente averiado, destinado a la chatarra. Y, no obstante, no fue esto lo que aquel hombre dijo cuando examinó el cadáver metálico.

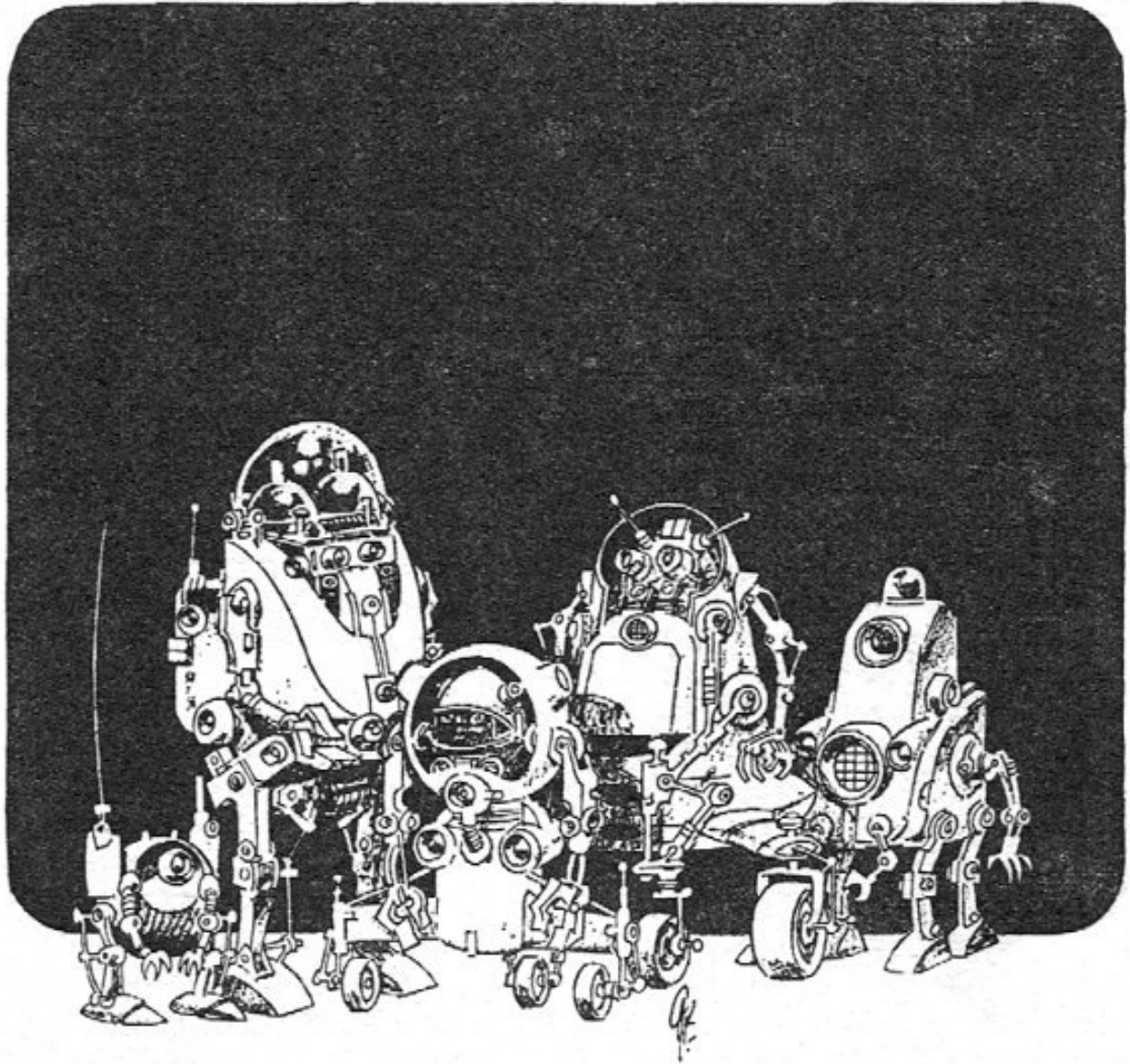
Un segundo mecánico le había ayudado en el examen. Era este el que había soltado los tornillos y sacado la bomba de lubricación averiada.

—Aquí está el fallo —anunció—. Mal funcionamiento de la bomba. El pistón se rompió, atascó la bomba, las rodillas quedaron rígidas por falta de aceite, y el robot se derrumbó y cortocircuitó el cerebro.

El primer mecánico se limpió la grasa de sus manos y examinó la bomba defectuosa. Luego contempló el abierto hueco en el pecho del robot.

—Uno podría decir que se le partió el corazón —murmuró.

Los dos se rieron, y echaron la bomba a un rincón en el que se amontonaba toda la otra maquinaria rota, sucia, agrietada y descartada.



TE VEO

El pasarse de raya es una tendencia humana. Cuando un conductor novato ve que el coche se aparta de una línea recta, mueve el volante para corregir la desviación... pero se pasa de raya. El coche gira en dirección opuesta y se repite el proceso. Entonces, el automóvil reptará por el camino como una serpiente, corrigiendo constantemente, pero sin lograrlo nunca.

El pasarse de raya es, también, una característica de las instituciones humanas. Los períodos de licencia moral son seguidos por los de rigidez puritana.

E, igualmente, el pasarse de raya es una tendencia de las máquinas, aunque se oculte bajo tales términos como oscilación no absorbida o respuesta negativa.

Los robots son máquinas humanoides y existen muchas posibilidades de que sufran del mismo defecto. Individualmente, esto tiene fácil solución. Un robot en dificultades será detectado y reparado. Pero, ¿qué puede hacerse cuando el defecto es inherente al mecanismo... y todas las máquinas tienen el mismo defecto? ¿Puede ser detectado, y no digamos reparado? Los robots están ya bien instalados en la marcha de nuestra sociedad y en la administración de nuestras leyes. Oficinistas robot anulan las multas pagadas y envían avisos a los que no las pagan. Contables robot comprueban el pago de los impuestos y reaccionan encendiendo una luz al hallar errores o exageraciones. Ojos robot y detectores muy sensibles guardan la seguridad de nuestras prisiones. Máquinas de votar robot aceptan nuestros votos secretos y hacen el recuento de los resultados. ¿No queda dentro del campo de lo posible el que se le entregue a los robots, en forma creciente, el gobierno y la administración, hasta que no se les puedan confiar más tareas dentro de los mismos... porque ya las realicen todas...?

El juez resultaba impresionante con sus vestimentas negras y omnisciente en la perfección cromada de su cráneo. Su voz retumbaba como la trompeta del juicio final, rica y penetrante:

—Carl Tritt, esta corte le considera culpable de las acusaciones. El 218 del 2423 robó consciente y maliciosamente la nómina de la Corporación Marcix, una suma que totalizaba 318.000 créditos, y trató de quedarse con ellos. La sentencia es de veinte años.

El mazo negro cayó con la precisión de un pistón hidráulico, y el sonido rebotó en el interior de la cabeza de Carl. Veinte años. Aferró con dedos exangües la barra del estrado y miró directamente a los ojos electrónicos del juez. Quizá hubiera en ellos un destello de compasión, pero no de misericordia. La sentencia había sido dictada y archivada en la Memoria Central. No había apelación posible.

Se abrió un panel frente a la mesa del juez y surgió la prueba «A» empujada por un émbolo: 318.000 créditos, aún en sus sobres de paga iniciales. El juez los señaló mientras Carl los tomaba lentamente.

—Aquí está el dinero que robó... cuide de que sea devuelto a sus legítimos dueños.

Carl salió de la sala, con el paquete débilmente apretado contra el pecho, hundido en una desesperación sin límites. Afuera, la calle estaba inundada en dorada luz del sol que él no podía ver, pues su depresión la ensombrecía con la más profunda de las oscuridades.

Tenía la garganta seca y los ojos le escocían. Si no hubiera sido un ciudadano adulto de veinticinco años de edad, hubiera llorado. Pero los hombres de veinticinco años no lloran. En lugar de hacerlo, tragó saliva varias veces.

Una sentencia de veinte años... parecía algo irreal. *¿Por qué a mí?* De toda la gente del mundo, ¿por qué tenía que ser *él* quien recibiese una sentencia tan severa? Al momento, su bien entrenada conciencia le proporcionó una respuesta: *porque robaste dinero*. Apartó el poco placentero pensamiento y siguió adelante.

Las lágrimas no derramadas flotaban en sus ojos y caían de nuevo por su nariz y su garganta. Olvidando en su depresión en donde se encontraba, se atragantó. Luego escupió con fuerza.

En el mismo momento en que la saliva golpeó la inmaculada acera, una papelera a siete metros de distancia se puso en movimiento. Avanzó sobre ruedas ocultas, silenciosamente, hacia él. En asombrado horror, Carl se apretó la boca con el dorso de la mano. Ya era demasiado tarde para evitar lo que estaba hecho.

Surgió un brazo flexible y rápidamente fregó la acera, dejándola limpia. Luego, la papelera se sentó como un buda metálico mientras que un altavoz raspaba, poniéndose en marcha, en su interior metálico. Una débil voz mecánica se dirigió a Carl:

—Carl Tritt, ha violado la ordenanza local número bd-14-668 al expectorar en una acera pública. La sentencia es de dos días. Su condena total es ahora de veinte

años y dos días.

Otros dos peatones se habían detenido tras Carl, escuchando con las bocas abiertas mientras se dictaba sentencia. Carl podía oír sus pensamientos: *un hombre sentenciado. ¡Imagínate! ¡Más de veinte años de condena!* Lo miraron con ojos desorbitados, en los que se mezclaba la fascinación y el disgusto.

Carl se apresuró a marcharse, con el paquete apretado contra el pecho y el rostro rojo de vergüenza. El hombre sentenciado del video siempre le había parecido gracioso. Cómo caía siempre al suelo y parecía asombrado si una puerta no se abría para él.

Ahora ya no le parecía tan gracioso.

El resto de aquel día se arrastró entre una niebla de desmoralización. Tenía un vago recuerdo de su visita a la Corporación Marcix para devolver el dinero robado. Habían sido amables y comprensivos, y él había escapado avergonzado. Toda la amabilidad del mundo no le aliviaría la condena.

Caminó sin rumbo por las calles, después de esto, hasta que se sintió exhausto. Entonces vio el bar. Luces brillantes con una nube de humo en el interior, algo que parecía alegre y cálido. Carl había empujado la puerta y vuelto a empujar, mientras la gente de dentro dejaba de hablar y se volvía para contemplarlo a través del cristal. Entonces se acordó de su sentencia y se dio cuenta de que la puerta no se abriría. La gente de dentro había comenzado a reírse y él había escapado. Tuvo la suerte de hacerlo sin caer en otra condena.

Cuando alcanzó por fin su apartamento sollozaba de fatiga y disgusto. La puerta se abrió a su huella digital y se cerró tras él. Al fin tenía un refugio.

Hasta que vio sus cosas empaquetadas, esperándole.

El aparato de video de Carl zumbó, poniéndose en marcha. Nunca antes había pensado que pudiera ser controlado desde la Central. La pantalla permaneció oscura, pero la familiar voz del Control de Condenas surgió:

—Ha sido efectuada una selección de ropas y artículos, adecuados para un condenado, destinada a usted. Su nueva dirección está señalada en los paquetes. Vaya allí de inmediato.

Ya era demasiado. Carl sabía, sin necesidad de mirarlo, que su cámara, sus libros y sus modelos de cohetes, el centenar de pequeñas cosas que le importaban, no estaban incluidas en esos paquetes. Corrió hasta la cocina, obligando a abrirse a la puerta que se resistía. La voz habló desde un altavoz oculto sobre la cocina:

—Lo que está haciendo es una violación de la ley. Si se detiene de inmediato, no se le incrementará la sentencia.

Las palabras no le decían nada, no quería escucharlas. Con dedos torpes abrió el armario y trató de coger la botella de whisky situada en la parte posterior. La botella desapareció por una trampilla que nunca antes había observado, rozando tentadoramente contra sus dedos mientras caía.

Corrió hacia el vestíbulo y la voz retumbó tras él. Cinco días más de condena por

tratar de obtener bebidas alcohólicas. A Carl no le hubiera podido importar menos.

Los taxis y los autobuses no paraban por él, y el automático del metro escupió de vuelta su moneda como si fuera algo desagradable. Al fin caminó el largo trayecto hasta su nuevo alojamiento, localizado en una parte de la ciudad que ni siquiera sabía que existiese.

Había una calculada decrepitud en el bloque de casas en el que iba a vivir. Aceras deliberadamente agrietadas y luces mortecinas. Las polvorientas telas de araña que colgaban de los rincones parecían artificiales. Tuvo que subir dos pisos por las escaleras, y cada escalón chirriaba con una nota diferente, para llegar a su habitación. Sin encender la luz, dejó caer los paquetes y se derrumbó hacia adelante. Sus piernas chocaron contra una cama metálica y se desplomó con agradecimiento sobre ella. Su tremendo agotamiento lo hizo caer dormido.

Cuando se despertó por la mañana, no quería abrir los ojos. Había sido una pesadilla, trató de convencerse a sí mismo, y ahora ya había logrado escapar de ella. Pero el frío aire de la habitación y la grisácea luz que se filtraba por entre sus párpados le dijeron que no era así. Con un suspiro abandonó su fantasía y miró alrededor de su nuevo hogar.

Estaba limpio, y esto era lo único bueno que podía decir del mismo. La cama, una silla, un armario empotrado, eran todo el mobiliario. Una solitaria bombilla sin pantalla colgaba del techo.

En la pared opuesta se veía un gran calendario metálico. Decía: *20 años, 5 días, 17 horas, 25 minutos*. Mientras lo contemplaba oyó un click, y el último número cambió a 24.

Carl estaba demasiado exhausto por las emociones del día anterior para preocuparse por ello. La magnitud del cambio aún lo anonadaba. Se derrumbó de nuevo sobre la cama, medio en sueños, para ser sacudido por una retumbante voz que provenía de la pared.

—Se está sirviendo ahora el desayuno en el comedor público del piso de arriba. Tiene diez minutos. —La voz, ya familiar, llegaba esta vez de un gigantesco altavoz de al menos metro y medio de diámetro, y había perdido su pequeñez. Carl obedeció sin pensar.

La comida era insípida pero satisfacía. Había otros hombres y mujeres en el comedor, todos ellos interesados en la comida. Con un sobresalto, se dio cuenta de que también eran condenados. Después de esto mantuvo la vista en el plato, y cuando hubo terminado regresó de inmediato a su habitación.

Al traspasar la puerta la cámara del video le apuntaba desde encima del altavoz. Lo seguía como si fuera un arma apuntada mientras caminaba a través de la habitación. Como el altavoz, era la cámara mayor que jamás hubiera visto: un tubo cromado con un objetivo en su extremidad tan grande como su puño. Un hombre sentenciado siempre está sólo, y sin embargo nunca tiene vida privada.

Sin previo aviso, el altavoz aulló y tuvo un sobresalto.

—Su nuevo empleo comienza hoy a las 18 horas, aquí está la dirección —de una rendija debajo del calendario cayó una tarjeta al suelo. Carl tuvo que inclinarse y doblar el borde de la misma para recogerla. La dirección no le decía nada.

Tenía muchas horas aún antes de tener que ir allí, y nada que hacer. La cama estaba cerca y resultaba atractiva. Se dejó caer cansadamente sobre ella.

¿Por qué había robado aquella maldita nómina? Conocía la respuesta. Porque había deseado cosas que nunca podría haber tenido con el salario de un técnico en teléfonos. Había parecido tentador e imposible de descubrir. Maldijo el azar que lo había llevado a ello. La memoria aún le torturaba.

Había sido una rutinaria instalación de líneas en uno de los grandes edificios de oficinas.

La primera vez que había ido allí lo había hecho solo, no necesitaría a los robots hasta haber realizado el estudio preliminar. Los circuitos telefónicos estaban en el corredor de servicios, justo al lado del pasillo principal. Su llave maestra le abrió la puerta, y encendió la luz. Una maraña de cables y cajas de conexión cubrían una pared, llevando a otros cables que desaparecían por el corredor. Carl abrió los diagramas de red y comenzó a seguir las tomas. La pared trasera parecía ser el punto ideal en donde colocar las nuevas cajas, y la golpeó para ver si podría soportar los gruesos tornillos. Era hueca.

La primera reacción de Carl fue de disgusto. El trabajo sería doblemente difícil si tenía que prolongar las tomas. Luego sintió una cierta curiosidad por saber para que estaba allí la pared. Inspeccionándola más detenidamente se dio cuenta de que era un panel hecho con secciones ensambladas. Con su desatornillador sacó una de las secciones y vio lo que parecía ser una armazón de acero que sostenía placas metálicas. No tenía ni idea de la función de las mismas, y realmente no le importaba, ahora que había saciado su escasa curiosidad. Tras colocar de nuevo el panel en su sitio, prosiguió con su trabajo. Algunas horas más tarde miró su reloj, y dejó las herramientas para ir a comer.

La primera cosa que vio al volverse a meter en el pasillo fue la carretilla del banco.

Por lo cerca que estaba, Carl no pudo dejar de darse cuenta de los dos guardias que estaban sacando gruesos sobres de la carretilla y metiéndolos en una hilera de armarios situados en la pared. Un sobre en cada armario, y luego un empujón a la puerta para cerrarla de golpe. Aparte de una momentánea ansia a la vista de todo aquel dinero, Carl no reaccionó.

Tan solo cuando regresó de la comida se detuvo repentinamente al ocurrírsele una idea. Dudó una fracción de momento, luego prosiguió. Nadie se fijó en él. Cuando entró de nuevo en el corredor miró subrepticamente al botones que estaba abriendo uno de los armarios. Cuando Carl hubo cerrado la puerta tras él y buscado con la vista

la posición relativa en la pared, supo que estaba en lo cierto.

Lo que había pensado que era un armazón metálico soportando planchas era en realidad la parte posterior de los armarios y el conjunto de sus soportes. Los armarios, cuidadosamente cerrados en el pasillo, tenían un fondo descubierto en el corredor de servicio.

Inmediatamente se dio cuenta de que no debía hacer nada en aquel momento, ni actuar en forma que pudiera levantar sospechas. No obstante, se aseguró de que los robots de servicio entrasen por el otro extremo del corredor, que se abría a un vestíbulo desierto en la parte trasera del edificio en el que había efectuado un cuidadoso examen. Y hasta logró hacerse olvidar los armarios durante seis meses.

Después de esto comenzó a preparar sus planes. Una observación casual en diversos momentos le dio todos los datos que necesitaba. Los armarios contenían las nóminas de un cierto número de grandes empresas del edificio. Los guardianes del banco depositaban el dinero al mediodía de cada viernes. Ninguno de los sobres era recogido jamás antes de la una, como mínimo. Carl se fijó en lo que parecía ser el sobre más grueso e hizo sus planes de acuerdo con ello.

Todo funcionó a mil maravillas. A las doce menos diez de un viernes terminó el trabajo que estaba realizando y se marchó. Llevaba consigo su caja de herramientas. Exactamente diez minutos más tarde entró por la puerta trasera del corredor sin haber sido visto. Sus manos estaban cubiertas por guantes transparentes y casi invisibles. A las doce y diez había sacado el panel y apretó el extremo de un largo destornillador contra el fondo del armario escogido; el mango del mismo lo tenía firmemente contra el hueso de detrás del oído. No se escuchaba ruido de puertas cerrándose, así que supo que los hombres del banco habían terminado y se habían ido.

La delgada llama de su soplete cortó la plancha de acero como si fuera queso blando. Realizó un limpio círculo en el metal y lo arrancó. Apagando un punto que se chamuscaba del sobre del dinero, lo transfirió a otro sobre que sacó de su caja de herramientas. Este sobre se lo había dirigido a sí mismo y ya estaba franqueado. Un minuto después de dejar el edificio tiraría el sobre al correo y sería un hombre rico.

Comprobando cuidadosamente las cosas, recogió todo su equipo y el sobre, metiéndolos en su caja de herramientas y se levantó para irse. Exactamente a las doce y treinta y cinco salió por la puerta posterior del corredor, cerrándola tras de sí. El corredor estaba aún vacío, así que pasó algunos segundos extra para forzar la cerradura de la puerta con una herramienta de su bolsillo. Mucha gente tenía llaves a aquella puerta, pero no molestaba el enmarañar un poco más las pistas.

Carl iba silbando cuando salió a la calle.

Entonces, el policía lo aferró por el brazo.

—Queda arrestado por robo —le dijo el agente con voz calmada.

El asombro le hizo quedarse inerte, y casi deseó que también hubiera detenido su corazón. Nunca había planeado que lo atrapasen, y por consiguiente no había pensado en las consecuencias. El miedo y la vergüenza hicieron que trastabillase mientras el

policía lo llevaba al coche que esperaba. La multitud lo contempló con asombro y fascinación.

Cuando se presentaron las pruebas al juicio averiguó, ya demasiado tarde, donde había estado su error. A causa de los cables y conducciones del corredor, este estaba equipado con termocuplas infrarrojas. El calor de su soplete había activado la alarma y un observador en la Central de Incendios había observado a través de una de sus cámaras de video el túnel. Había esperado contemplar un cortocircuito y se había quedado muy sorprendido al ver a Carl llevándose el dinero. Pero su sorpresa no le había impedido avisar a la policía. Carl maldijo al destino entre dientes.

El raspante sonido del altavoz cortó los desagradables recuerdos de Carl.

—17 horas 30. Es hora de que vaya a su empleo.

Cansadamente, Carl se puso los zapatos, miró la dirección y salió hacia su nuevo empleo. Casi le llevó la media hora completa el caminar hasta allí. No le sorprendió lo más mínimo el que la dirección resultase ser el Servicio de Recogida de Basuras.

—Lo aprenderá pronto —le dijo el viejo y marchito supervisor—. Léase esta lista y apréndasela más o menos. Su camión llegará dentro de un momento.

La lista era, en realidad, un grueso volumen de listas de todo tipo de materiales de desecho. Aparentemente, cualquier cosa en el mundo que pudiese ser echada a la basura estaba en aquel libro. Y cada artículo iba seguido por un número de código. Esos números iban del uno al trece y parecían ser el único objetivo del volumen. Mientras Carl se estaba preguntando sobre su significado, se oyó el repentino rugido de un motor pesado. Un gigantesco camión operado por robots subió por una rampa y se detuvo cerca de ellos.

—El camión de la basura —dijo cansinamente el supervisor—. Es todo suyo.

Carl había sabido siempre que había camiones de basura, pero naturalmente nunca había visto ninguno. Era un grueso y brillante cilindro de más de veinte metros de largo. Un conductor robot formaba parte de la cabina. Y otros treinta robots iban subidos en estribos alrededor de los lados. El supervisor lo acompañó hasta la parte trasera del camión y señaló a la boca abierta del depósito receptor.

—Los robots recogen la basura y los desechos y los tiran por ahí —dijo—. Entonces aprietan uno de esos trece botones de aquí enviando lo que hayan cargado a uno de los trece depósitos del interior del camión. Son vulgares robots de carga, no demasiado cerebrales, pero lo suficiente como para reconocer la mayor parte de las cosas que recogen. Mas no siempre. Es entonces cuando interviene usted, que va subido ahí.

El sucio pulgar indicaba ahora un cubículo transparente que surgía de la parte posterior del camión. En su interior había un asiento acolchado frente a un tablero con trece botones.

—Usted va sentado ahí, tan comfortable como un piojo en una alfombra,

podríamos decir, dispuesto a realizar su trabajo en cualquier momento. Esto ocurre cuando uno de los robots encuentra algo que no puede identificar inmediatamente. Entonces, lo coloca en la tolva frente a su ventana. Usted se lo mira bien, comprueba en la lista buscando la categoría adecuada si es que no está seguro, y aprieta el botón correcto para que desaparezca. Al principio puede parecer difícil, pero pronto adquirirá experiencia.

—Oh, suena complicado —dijo Carl, con una sensación de vacío en su estómago mientras subía a la torreta—. Pero lo intentaré y me acostumbraré.

El peso de su cuerpo cerró un circuito en la silla, y el camión gruñó hacia adelante. Carl hizo una mueca de disgusto a la calzada que pasaba lentamente por entre las ruedas, mientras viajaban en la oscuridad, sentado en su burbuja transparente en la parte trasera del camión.

Era mucho más aburrido de lo que se pueda imaginar. El camión de basura seguía una ruta programada que lo llevaba a través de las rutas comerciales y de carga de la ciudad. A aquella hora de la noche se veían pasar otros camiones, todos ellos conducidos por robots. Carl no vio a ningún otro ser humano. *Estaba* tan comfortable como un piojo, un piojo humano al que llevaban por el interior de la compleja maquinaria de la ciudad. Cada pocos minutos el camión se detenía, los robots salían chasqueando, y luego regresaban con sus cargas. Vaciados los cubos, los robots saltaban de nuevo a sus estribos, y el camión se ponía en marcha otra vez.

Pasó una hora antes de que tuviera que realizar su primera decisión. Un robot se detuvo en el momento de vaciar, rechinó un poco sus engranajes, y luego dejó caer un gato muerto en la tolva de Carl. Este lo contempló con horror. El gato le devolvió la mirada con ojos desorbitados y sin vida, con la boca abierta en una feroz mueca. Era el primer cadáver que Carl había visto jamás. Algo pesado había caído sobre el gato, reduciendo la parte inferior de su cuerpo a una delgada pulpa. Con un esfuerzo, apartó la vista y abrió el libro.

Garrotes... Gaseosas (botellas)... Gatos (muertos)... muy, muy muerto. Había el número del depósito: Siete. Un depósito por vida. Tras la séptima vida... el séptimo depósito. No encontró demasiado alegre el pensamiento. Un feroz empujón al botón siete y el gato desapareció de su vista con un último floreo de su pata. Reprimió el repentino deseo de devolverle el saludo.

Después del gato, el aburrimiento regresó incrementado. Las horas pasaron lentamente, y su tolva siguió vacía. El camión rugía hacia adelante y se detenía. Adelante y se detenía. El movimiento lo amodorraba y se sentía cansado. Se inclinó hacia adelante y apoyó suavemente la cabeza sobre la lista de variedades de basura, con los ojos cerrados.

—Está prohibido dormir en el trabajo. Esta es la advertencia número uno.

La odiada y familiar voz estalló tras su cabeza, y dio un salto de sorpresa. No se había fijado en la cámara y altavoz cerca de la puerta. Aún aquí, montado en un camión de basura por toda la eternidad, la máquina lo contemplaba. La ira sorda lo

mantuvo despierto durante el resto del trabajo.

Los días pasaron después en una gris monotonía, registrados uno a uno en el calendario de la pared. Pero no lo bastante aprisa. Ahora marcaba 19 años, 322 días, 8 horas, 16 minutos. No lo bastante aprisa. No tenía otro interés en su vida. Como hombre sentenciado había pocas cosas que pudiera hacer en su tiempo libre. Toda forma de entretenimiento le estaba vedada. Podía entrar, por una puerta lateral, tan solo a una parte de la biblioteca. Tras un fútil viaje allí, hojeando historias moralizantes y textos instructivos, nunca regresó.

Cada noche iba al trabajo. Al volver, dormía tanto como le era posible. Tras esto, se quedaba en la cama, fumando la pequeña ración de cigarrillos que le era permitida y escuchando como pasaban los segundos de su sentencia.

Carl trataba de convencerse de que podía soportar veinte años de este tipo de existencia. Pero un creciente nudo en su estómago lo desmentía.

Esto fue antes del accidente. El accidente lo cambió todo.

Fue una noche como cualquier otra. El camión de basura se detuvo en una planta industrial y los robots se apresuraron a ir por sus cargas. Cerca había un camión cuba interurbano, tomando algún líquido a través de una manguera flexible. Carl se fijó desabridamente en él tan solo porque había un conductor humano en la cabina del camión. Eso significaba que la carga era peligrosa de alguna manera, ya que no se permitía que los conductores robots manejasen ciertas cargas. Aburridamente, se fijó en como el conductor abría la puerta y comenzaba a salir. A media acción, el hombre pareció recordar algo, se volvió y extendió la mano para asirlo.

Por un momento el conductor rozó el botón de encendido. El camión tenía puesta una marcha y se movió unos pasos. El hombre se echó rápidamente hacia atrás... pero era demasiado tarde.

El movimiento había sido bastante como para estirar la manguera. Se alargó, se dobló el brazo soporte, y luego se soltó del camión por la válvula de toma. La tubería dio unos latigazos chorreando líquido verdoso sobre el camión y su cabina antes de que un mecanismo de seguridad automático cerrase el paso del líquido.

Tan solo había sido por un instante. El conductor miró hacia atrás y contempló con ojos repletos de horror cómo el líquido goteaba sobre la carcasa del camión. Humeaba ligeramente.

Con un estallido ahogado prendió en llamas, y toda la parte delantera del camión quedó cubierta por ellas. El conductor desapareció tras la cortina ardiente.

Antes de ser sentenciado, Carl había trabajado siempre con ayuda de robots. Sabía qué decir y cómo decirlo para obtener una obediencia instantánea. Saltando de su cubículo, le dio una palmada al hombro de uno de los robots basureros y le gritó una orden. El robot soltó el cubo que estaba vaciando y corrió a toda velocidad hacia el camión, zambulléndose en las llamas.

Más importante que el conductor era la válvula abierta en la parte superior de la cuba. Si las llamas la alcanzaban todo el camión estallaría en llamas, inundando la calle con líquido ardiente.

Cubierto de llamas, el robot subió por la escalerilla en el lado de la cuba. Una mano ardiendo se estiró y cerró la cubierta protectora. Luego comenzó a descender por entre las llamas, pero se detuvo repentinamente cuando el terrible calor destruyó sus controles. Por unos segundos vibró rápidamente como un hombre en agonía y luego se desplomó, destruido.

Carl estaba corriendo también hacia el camión, guiando otros dos robots. Las llamas aún envolvían la cabina, introduciéndose por la puerta parcialmente abierta. Del interior surgían chillidos de dolor. A las órdenes de Carl, un robot abrió la puerta y el otro se metió en el interior. Inclinado, protegiendo el cuerpo del hombre con el suyo, el robot sacó al conductor. Las llamas habían carbonizado sus piernas hasta convertirlas en masas informes, y tenía las ropas prendidas. Carl apagó las llamas con sus manos mientras el robot arrastraba al conductor a lugar seguro.

En el mismo momento en que se inició el fuego, habían sonado alarmas automáticas. Equipos contra incendios y de salvamento se abalanzaron hacia el lugar del suceso. Carl había acabado de apagar las últimas llamas del cuerpo inconsciente del hombre cuando llegaron. Una inundación de espuma apagó instantáneamente el fuego. Una ambulancia se detuvo en seco y dos camilleros robot saltaron de ella. Un doctor humano los siguió. Dio una mirada al quemado conductor y silbó.

—¡Está bien asado!

Tomó un aerosol de uno de los camilleros y roció una gelatina protectora sobre las piernas del conductor. Antes de que terminase el otro robot había abierto el botiquín de urgencia y se lo ofrecía. El doctor hizo rápidos ajustes en una jeringa múltiple y le puso una inyección. Todo muy rápido y eficiente.

Tan pronto como los camilleros hubieron metido al accidentado en la ambulancia, esta saltó hacia adelante. El doctor murmuró instrucciones al hospital en su radio de solapa. Tan solo entonces dedicó su atención a Carl.

—Veamos esas manos —dijo.

Todo había pasado con tanta rapidez que Carl apenas si se había fijado en sus quemaduras. Tan solo ahora miró la chamuscada piel y notó un agudo dolor. Su rostro quedó exangüe y se tambaleó.

—Tranquilo —dijo el doctor, ayudándole a sentarse en el suelo—. No están tan mal como parecen. Tendrá una piel nueva en un par de días.

Sus manos estaban atareadas mientras hablaba, y Carl notó el repentino aguijonazo de una hipodérmica en su brazo. El dolor desapareció.

La inyección hizo que luego las cosas parecieran nebulosas. Carl tenía vagos recuerdos de que lo llevaron al hospital en un coche de la policía. Y entonces el grato confort de una cama fría. Tras esto debieron darle otra inyección, porque de la siguiente cosa de que se enteró fue de que ya era de mañana.

Aquella semana en el hospital fue como unas vacaciones para Carl. O bien los empleados no sabían que era un criminal condenado, o bien esto no importaba. Recibió el mismo tratamiento que los otros pacientes. Mientras los trasplantes acelerados cubrían sus manos y antebrazos con nueva piel, se relajó en la comodidad de una blanda cama y una comida variada. Las mismas drogas que lo mantenían alejado del dolor impedían que se preocupase acerca de su regreso al mundo exterior. También se alegró al oír que el conductor quemado se recuperaría.

En la mañana del octavo día el dermatólogo que lo atendía palpó la nueva piel y sonrió.

—Buena recuperación, Tritt —dijo—. Parece que nos dejará hoy. Haré que llenen los papeles y le envíen sus ropas.

La vieja sensación de tensión regresó al estómago de Carl cuando pensó en lo que le esperaba fuera. Le parecía doblemente duro ahora que había permanecido alejado durante irnos días. Y, no obstante, no había nada que pudiera hacer. Se vistió tan lentamente como le fue posible, extendiendo el período de libertad que le quedaba.

Cuando salió al corredor una enfermera le hizo una seña.

—Al señor Skarvy le gustaría verle... ahí dentro.

Skarvy. Ese era el nombre del conductor del camión. Carl la siguió hasta la habitación en la que el robusto conductor estaba sentado en la cama. Su corpachón parecía extraño por algún motivo, hasta que Carl se dio cuenta de que bajo las mantas no había ninguno de los dos largos bultos habituales. El hombre no tenía piernas.

—Me las cortaron por debajo de las caderas —dijo Skarvy cuando vio la mirada de Carl. Sonrió—. No se preocupe, yo no lo estoy. Me implantaron los gérmenes de regeneración y me han dicho que en menos de un año tendré otra vez piernas, tan buenas como las anteriores. Me parece bien. Mejor que quedarme en el camión y freírme.

Se arrellanó en la cama, con una expresión seria en su rostro.

—Me mostraron las películas que el Servicio contra Incendios hizo a través de una de sus cámaras situadas en aquel lugar. Lo vi todo. Casi vomité cuando vi lo que parecía cuando usted me salvó. —Sacó una carnososa mano y sacudió calurosamente la de Carl—. Quiero darle las gracias por lo que hizo. Por arriesgarse de esa forma.

Carl tan solo podía sonreír circunstancialmente.

—Quiero estrechar su mano —dijo Skarvy—, aunque sea usted un condenado.

Carl se soltó la mano y partió. No se atrevía a decir nada. La última semana *había* sido un sueño, un sueño estúpido. Aún seguía condenado, y lo estaría por muchos años. Expulsado de la sociedad, pero sin llegarla a abandonar.

Cuando empujó la puerta de su triste habitación, la muy familiar voz resonó desde el altavoz:

—Carl Tritt. Ha perdido siete días de su trabajo asignado; además, otro de los días solo realizó parte de su jornada. Normalmente, no se deduciría este tiempo de su sentencia. No obstante, hay precedentes que permiten deducir este tiempo, que le será

contado en el total de su sentencia. —Hecha la decisión, los números cliquetearon rápidamente en el calendario.

—Gracias por nada —dijo Carl, y se desplomó desanimado en su cama. La monótona voz continuó, ignorando su interrupción:

—Adicionalmente, se le ha concedido un premio. Bajo las Reglas de Redención de Pena, su acto de heroísmo personal, arriesgando su propia vida para salvar otra, es reconocido como un acto prosocial y tratado consecuentemente. El premio es de tres años de disminución de su condena.

Carl se puso en pie, contemplando incrédulo el altavoz. ¿Era una broma? Y no obstante, mientras miraba, el mecanismo del calendario hizo sonar sus engranajes y los números correspondientes a años giraron lentamente: 18... 17... 16... El zumbido cesó.

Así de simple. Tres años menos de condena. No parecía posible... Pero allí estaban los números para probar que sí lo era.

—¡Control de Condenas! ¡Escúcheme! ¿Qué es lo que pasó? Quiero decir, ¿cómo puede reducirse una sentencia de esta manera! ¡Nunca oí nada similar anteriormente!

—La reducción de penas no se menciona nunca en la vida pública —dijo el altavoz—. Ello podría animar a la gente a vulnerar la ley, dado que la amenaza de castigo se considera como disuasoria. Normalmente no se le habla a un condenado de la reducción de penas hasta que ha cumplido su primer año. Sin embargo, su caso es excepcional, ya que se le ha concedido una reducción de la condena antes de finalizar dicho año.

—¿Cómo puedo averiguar más cosas sobre reducción de penas? —preguntó ansioso Carl.

El altavoz zumbó un momento, y luego la voz resonó de nuevo:

—Su consejero jurídico es el señor Prisbi. Le aconsejará sobre lo que puede hacerse. Tiene una cita con él mañana a las 13. Aquí está su dirección.

La máquina chasqueó y escupió una tarjeta. Esta vez Carl estaba esperándola, y la recogió antes de que cayera al suelo. La tomó cuidadosamente, casi amorosamente. Tres años menos en su sentencia, y mañana se enteraría de qué otras cosas podía hacer para reducirla aún más.

Naturalmente, llegó pronto, casi una hora antes de lo que debía. El recepcionista robot lo mantuvo sentado en la sala de espera hasta el minuto exacto de su cita. Cuando oyó, finalmente, chasquear la cerradura de la puerta al abrirse, casi saltó hacia ella. Forzándose a ir con lentitud, entró en la oficina.

Prisbi, el asesor jurídico, parecía un pez en conserva que mirase desde el fondo de una botella. Era tremendamente obeso, con una piel de color blanco mármol y unas facciones regordetas que habían sido moldeadas como en barro sobre la grasa. Sus ojos eran pupilas agrandadas que miraban sin parpadear a través de los cristales, casi

tan gruesos como anchos, de sus gafas. En un mundo en el que las lentes de contacto eran la norma, su visión era tan mala que no podía ser corregida por las lentillas. En lugar de estas usaba las anacrónicas gafas de gruesa montura, colocadas inestablemente sobre su bulbosa nariz.

Prisbi ni sonrió ni dijo una palabra cuando Carl entró por la puerta. Mantuvo sus ojos clavados en él mientras atravesaba la estancia. A Carl le recordaban las cámaras de video que había aprendido a odiar, pero trató de apartar esta comparación.

—Mi nombre es... —empezó a decir.

—Sé su nombre, Tritt —graznó Prisbi. La voz parecía demasiado rasposa como para haber salido de aquellos labios blandos—. Siéntese en esa silla... allí —señaló con su pluma una incómoda silla metálica frente a su escritorio.

Carl se sentó, e inmediatamente parpadeó debido a las fuertes luces enfocadas a su rostro. Trató de deslizar la silla hacia atrás, hasta que se dio cuenta de que estaba atornillada al suelo. Entonces, se quedó quieto y esperó a que Prisbi comenzase.

Prisbi bajó finalmente su desvaída mirada y tomó un dossier de su mesa. Lo hojeó durante todo un minuto antes de hablar.

—Un historial muy extraño, Tritt —graznó finalmente—. No puedo decir que me guste. Ni siquiera sé por qué Control le dio permiso para venir aquí. Pero ya que está... explíquemelo.

Le costó un esfuerzo sonreír, pero Carl lo logró.

—Bien, verá, se me concedió una reducción de tres años en la condena. Fue cuando oí hablar por primera vez de la redención de condenas. Control me envió aquí, diciéndome que usted me daría más información.

—Es una pérdida total de tiempo —dijo Prisbi, tirando los papeles sobre la mesa—. No es usted elegible para reducción de sentencia hasta que haya cumplido el primer año. Aún le quedan casi diez meses. Regrese entonces y le explicaré. Puede irse.

Carl no se movió. Sus manos estaban fuertemente apretadas en su regazo mientras luchaba por controlarse. Parpadeó en la luz, mirando a la faz inerte de Prisbi.

—Pero ya me han concedido reducción de condena. Quizá fuera por eso por lo que Control me dijo que viniese...

—No trate de enseñarme las leyes —gruñó fríamente Prisbi—. Yo estoy aquí para enseñárselas a usted. De acuerdo, se lo explicaré, aunque no sirva de nada ahora. Cuando cumpla su primer año de condena, un *verdadero* año de *trabajo* en la tarea que le ha sido asignada, será elegible para una reducción. Puede entonces solicitar un empleo que lleve una prima de tiempo. Trabajos peligrosos como la reparación de satélites, en los que se cumplen dos días de condena por cada día trabajado. Hasta llegan a haber algunos empleos en energía atómica que dan tres días por día trabajado, aunque sean escasos. De esta manera el condenado se ayuda a sí mismo, adquiere una conciencia social y beneficia a la sociedad al mismo tiempo. Naturalmente, esto no es aplicable a usted todavía.

—¿Por qué no? —Carl estaba ahora de pie, golpeando la mesa con sus manos aún muy sensibles—. ¿Por qué tengo que proseguir un año en ese estúpido trabajo artificioso? Es completamente inútil, destinado a torturar, no a obtener nada. El total de trabajo que hago cada noche podría ser realizado en tres segundos por un robot cuando regresase el camión. ¿Le llama a eso enseñar conciencia social? Un trabajo humillante y aburrido que...

—Siéntese, Tritt —gritó Prisbi con voz aguda y cascada—. ¿No se da cuenta de dónde está? ¿O de quién soy? *Yo soy quien digo lo que hay que hacer.* Y usted no me contesta mas que *sí, señor* o *no, señor*. Y digo que tiene que cumplir con su primer año de trabajo, y entonces volver aquí. Es una orden.

—Pues yo digo que está equivocado —aulló Carl—. Iré por encima de usted, veré a sus superiores... ¡No puede malgastar mi vida de esta forma!

Prisbi estaba ahora también de pie, con una mueca retorciendo su rostro en la caricatura de una sonrisa. Le chilló a Carl.

—¡No puede hablar con mis superiores o con nadie más... yo tengo la última palabra! ¿Lo entiende? *Yo soy quien digo lo que va a hacer.* Digo que trabaje, y va a trabajar. ¿Lo duda? ¿Duda que pueda hacerlo? —Había espuma en sus pálidos labios—. Diré que me ha gritado e insultado y amenazado, y la grabación probará mis palabras.

Prisbi trasteó por su escritorio hasta que encontró un micrófono. Lo alzó temblando hasta sus labios y apretó el botón.

—Este es el Consejero Jurídico Prisbi. Por acciones impropias de un condenado cuando se dirige a un consejero jurídico, recomiendo que la sentencia de Carl Tritt sea incrementada en una semana.

La respuesta fue instantánea. El Control de Condenas habló en su habitual tono a través del altavoz de la pared:

—Condena aprobada. Carl Tritt, se le añaden siete días a su sentencia, llevándola a un total de 16 años...

Las palabras continuaron, pero Carl no las escuchaba. Estaba mirando a través de rojizos velos de odio. La única cosa que veía era el rostro mortalmente pálido del consejero Prisbi.

—No... no tenía por qué hacer eso —se atragantó finalmente—. No tenía por qué hacerme las cosas más difíciles cuando se supone que debería ayudarme. —De pronto se dio cuenta—. Pero no quiere ayudarme. Le gusta jugar a ser Dios con los condenados, moldeando su vida con sus manos...

Su voz fue ahogada por la de Prisbi, gritando de nuevo por el micrófono... *Insultos deliberados... recomiendo que se añada un mes a la condena de Carl Tritt...* Carl escuchó lo que el otro hombre decía, pero ya no le importaba. Había tratado seriamente de hacerlo a su manera, pero ya no. Odiaba el sistema, los hombres que lo habían diseñado, las máquinas que lo protegían. Y sobre todo, odiaba al hombre que tenía enfrente, que era el summum de toda la podredumbre. Al final, a pesar de todos

sus esfuerzos, había terminado en manos de aquel obeso sádico. No lo iba a permitir.

—Sáquese las gafas —dijo en voz baja.

—¿Qué pasa...? ¿Qué? —dijo Prisbi. Había terminado de chillar por el micrófono, y jadeaba.

—No se preocupe —dijo Carl, estirando los brazos por encima de la mesa—. Lo haré por usted. —Le sacó las gafas al hombre, y las dejó sobre la mesa. Tan solo entonces se dio cuenta Prisbi de lo que estaba sucediendo. Todo lo que pudo decir fue *no*, en una repentina exhalación.

El puño de Carl golpeó justamente aquellos labios odiados, los rompió, rompió los dientes tras ellos y echó al hombre hacia atrás, tirándolo de la silla al suelo. La reciente piel nueva de la mano de Carl quedó desgarrada y le goteó sangre por los dedos. No se fijó en ello. Se quedó inclinado sobre la masa acurrucada y gimiente del suelo y se echó a reír. Luego se tambaleó fuera de la oficina, estremeciéndose de risa.

El recepcionista robot volvió una faz de acero y cristal, fríamente desaprobadora, hacia él, y dijo algo. Aún riéndose, arrancó un pesado pie de lámpara del suelo y le machacó el rostro. Asiendo la lámpara, salió al vestíbulo.

Parte de él aullaba aterrorizado ante la enormidad de lo que había hecho, pero esto era tan solo parte de su mente. Y esta pequeña voz quedaba ahogada por la cálida oleada de placer que lo recorría. Estaba rompiendo las reglas, *todas* las reglas, esta vez. Escapando de la jaula que lo había tenido atrapado durante toda su vida.

Mientras bajaba en el ascensor automático terminó finalmente de reír, y se secó el sudor que corría por su rostro. Una pequeña voz raspó sus oídos.

—Carl Tritt, ha cometido una violación de su condena y esta es incrementada por consiguiente en...

—¿Dónde estás? —aulló—. No te quedes escondido gimiendo en mis oídos. ¡Sal! —Contempló cuidadosamente la pared del ascensor hasta que halló el objetivo—. Me ves, ¿no? —le gritó a la lente—. ¡Bueno, pues yo también!

El pie de la lámpara cayó chocando contra el cristal. Otro golpe atravesó la delgada plancha de metal y encontró el altavoz. Expiró con un chirrido.

La gente huyó de él en la calle, pero no se fijó en ellos. Eran tan solo víctimas, tal como él lo había sido. Era otro enemigo al que quería aplastar. Cada cámara que vio recibió un golpe del maltratado pie. Arrancó y perforó hasta silenciar cada altavoz que pasó. Y un montón de robots abollados y silenciosos señaló su camino.

Era inevitable que lo capturasen. Ni pensaba en ello ni le preocupaba. *Este* era el momento por el que había estado esperando toda su vida. No tenía ningún himno de batalla que pudiese cantar, no conocía ninguno. Pero recordaba una cancioncilla algo licenciosa de sus tiempos escolares. Tendría que servir. Rugiéndola a pleno pulmón, Carl dejó una estela de destrucción a través del brillante orden de la ciudad.

Los altavoces nunca dejaron de hablarle, y él los silenciaba tan pronto como los encontraba. Su sentencia iba creciendo y creciendo a cada acto.

—...haciendo un total de 212 años, 19 días y... —la voz quedó cortada

repentinamente cuando algún circuito de control se dio cuenta finalmente de la inutilidad de sus informaciones. Carl estaba viajando por una cinta rodante hacia un nivel de carga. Estaba agazapado, esperando que la voz empezase de nuevo para poder buscarla y destruirla. Un altavoz crujió, y miró a su alrededor, tratando de localizarlo.

—Carl Tritt, su condena ha excedido lo que se pueda esperar que viva, y no tiene por consiguiente sentido alguno...

—¡Nunca tuvo sentido alguno! —gritó en respuesta—. Ahora ya lo he aprendido. ¿Dónde estás? ¡Voy a cazarte! —La máquina siguió zumbando inexorablemente.

—...y en tal caso se le vuelve a enviar a juicio. Se hallan en camino agentes para apresarle. Se le ordena que los siga pacíficamente o... BA M M M —el pie de la lámpara chocó contra el altavoz.

—Envíalos —escupió Carl a la masa de cables y metal machacado—, que también me ocuparé de ellos.

El final era inevitable. Seguido por los omnipresentes ojos de Central, Carl no podía correr por siempre. El pelotón de agentes lo arrinconó en un nivel inferior y cayó sobre él. Dos de ellos fueron puestos fuera de combate antes de que lograsen clavarle una aguja de somnífero.

La misma corte y el mismo juez. Solo que esta vez había dos musculosos guardianes humanos vigilando a Carl. No parecía que esto fuera necesario, derrumbado como estaba sobre la barra del estrado. Vendas blancas cubrían los cortes y golpes.

Un repentino zumbido surgió del juez robot mientras se ponía en marcha:

—Silencio en la corte —dijo, golpeando una vez con la maza y devolviéndola a su sitio—. Carl Tritt, esta corte le considera culpable...

—¿Cómo, de nuevo? ¿Aún no se han cansado de eso? —preguntó Carl.

—Silencio mientras se pronuncia la sentencia —dijo en voz alta el juez, y golpeó de nuevo con la maza—. Es usted culpable de demasiados crímenes para ser expiados con una condena normal. Por lo tanto, se le condena a Muerte de la Personalidad. La psicocirugía extirpará toda traza de esta personalidad de su cuerpo, hasta que esté muerta, muerta, muerta.

—Eso no —gimió Carl, inclinándose hacia adelante y extendiendo implorantemente sus brazos hacia el juez—. Cualquier cosa menos eso.

Antes de que ninguno de los guardias pudiera actuar, el gemido de Carl se convirtió en una tremenda risotada al coger la maza del juez de su mesa. Volviéndose con ella, atacó a los asombrados guardias. Uno se desplomó instantáneamente cuando la maza le golpeó tras la oreja, el otro trató de sacar su pistola... y luego se derrumbó sobre el cuerpo inerte del otro.

—Y ahora, juez —gritó alegremente Carl—, ¡yo tengo la maza, veamos lo que

puedo hacer!

Dio la vuelta a la mesa y golpeó la brillante cabeza metálica del juez hasta convertirla en una ruina. El juez, que simplemente era una extensión de la maquinaria del Control Central, no hizo ninguna tentativa de defenderse.

Se oyó el sonido de pies corriendo en el vestíbulo, y alguien tiró de la puerta. Carl no tenía ningún plan. Lo único que deseaba era permanecer libre y hacer tanto daño como pudiera mientras el fuego de la rebeldía ardiese en su interior. Tan solo había la puerta de entrada. Carl dio una ojeada rápida a su alrededor y su ojo de técnico se fijó en la trampilla de acceso situada en la pared tras el juez. Hizo girar la manija y la abrió de una patada.

Una cámara de video lo contemplaba desde un alto rincón de la corte, pero no podía hacer nada al respecto. De todas maneras, la máquina podía seguirlo fuera donde fuese. Lo único que podía hacer era tratar de continuar huyendo. Desapareció por la trampilla de acceso mientras dos robots penetraban en la corte.

—Carl Tritt, ríndase inmediatamente. Se ha efectuado un nuevo cambio... cambio... Carl... Carl... Ca...

Escuchando sus voces a través de la delgada puerta de metal, Carl se preguntó qué había pasado. Se arriesgó a dar una mirada. Ambos robots se habían quedado detenidos, y estaban haciendo gestos erráticos. Sus altavoces crujían pero no decían nada. Tras unos momentos, cesaron los movimientos erráticos. Se volvieron al unísono, recogiendo a los guardias inconscientes y salieron. La puerta se cerró tras ellos.

Carl lo encontró todo asombroso. Observó durante algunos minutos más hasta que la puerta se abrió de nuevo. Esta vez era un robot de reparaciones, constelado de herramientas, el que entró. Se dirigió hasta el destrozado juez y comenzó a desmontarlo.

Cerrando suavemente la puerta, Carl se apoyó contra el frío metal y trató de comprender lo que había sucedido. Ahora que no le amenazaba inmediatamente una persecución, podía pensar.

¿Por qué no lo habían seguido? ¿Por qué había obrado Control Central como si desconociese su paradero? Aquella máquina omnipotente tenía cámaras en cada centímetro cuadrado de la ciudad, eso ya lo había averiguado. Y estaba conectada a las máquinas de las otras ciudades del mundo. No había ningún lugar que no pudiese contemplar. O mejor dicho, tan solo había un lugar.

El pensamiento le golpeó tan repentinamente que le dejó sin aliento. Entonces miró a su alrededor. Un túnel de relés y controles se extendía alejándose de él, débilmente iluminado por placas luminosas. Podía ser... sí, podía ser. *Tenía que ser.*

Tan solo podía haber un lugar en todo el mundo al que el Control Central no pudiera mirar. Dentro de su propio mecanismo principal: su memoria y circuitos operacionales. Ninguna máquina con decisión independiente puede reparar sus propios circuitos pensantes. Esto podría permitir que se incrementase una destructiva

reacción negativa. Un circuito dañado tan solo podría dañarse aún más, y nunca repararse.

Estaba dentro de los circuitos cerebrales del Control Central. Por consiguiente, en lo referente a la máquina que abarcaba toda la ciudad, había dejado de existir. No existía en ningún punto que la máquina pudiera ver, y la máquina podía ver en todas partes. Por consiguiente, no existía. En este momento, posiblemente hasta su recuerdo había sido borrado.

Primero lentamente, y luego cada vez más deprisa, caminó por el corredor.

—¡Libre! —gritó—. Verdaderamente libre... por primera vez en mi vida. Libre de hacer lo que quiera, de contemplar todo el mundo y de reírme de él.

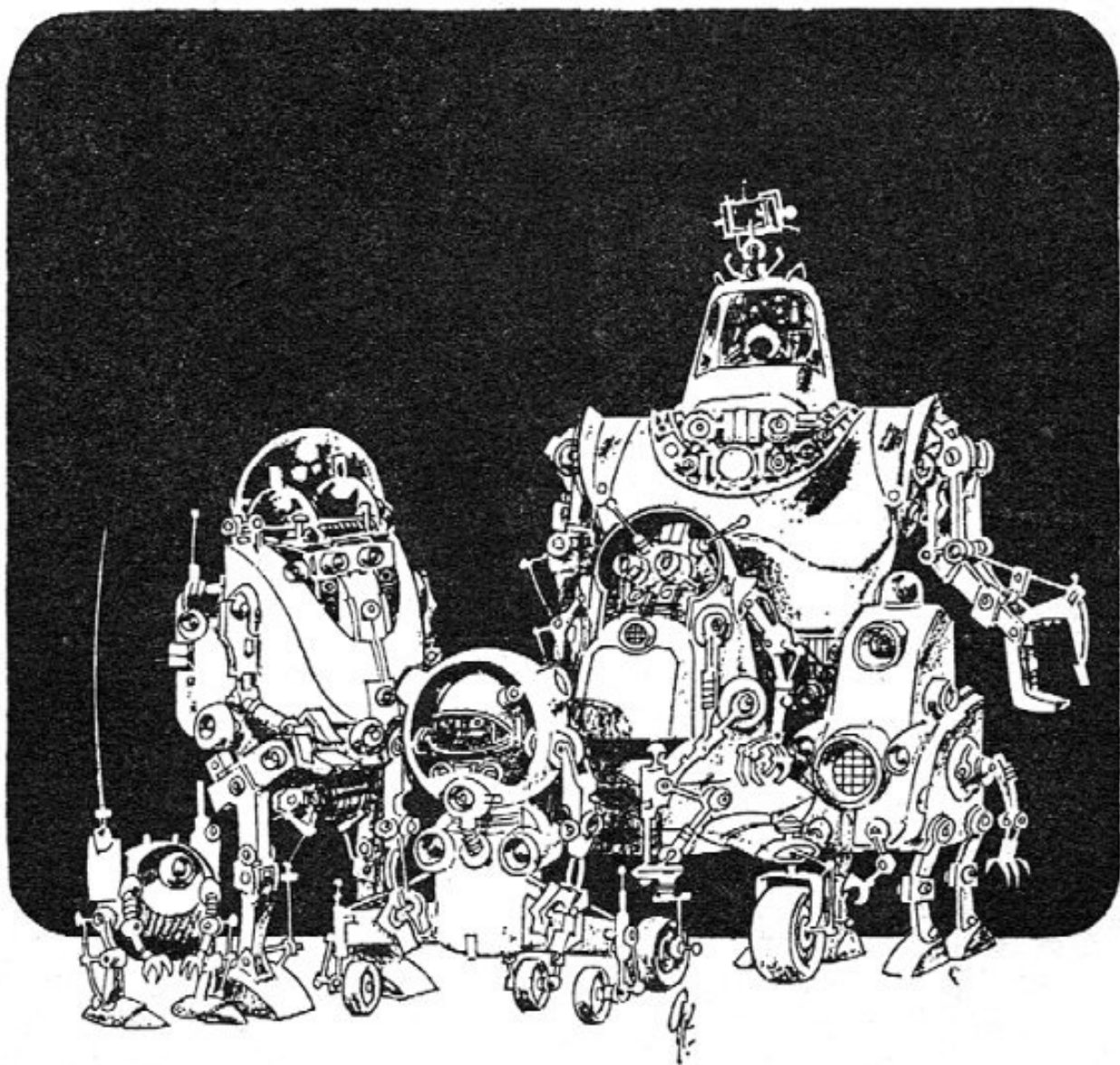
Una sensación de potencia y alegría fluía a través suyo. Abría puerta tras puerta, recreándose en su nuevo reino. Habló en voz alta, exultante de felicidad:

—Podré hacer que los robots de reparaciones que trabajan en los circuitos me traigan comida. Muebles, ropas... cualquier cosa que desee. Viviré aquí tal como desee, haré lo que desee —el pensamiento era excitante. Abrió otra puerta y se detuvo, rígido.

La habitación frente a él estaba exquisitamente amueblada, tal como él lo hubiera hecho. Libros, pinturas en las paredes, suave música surgiendo de un altavoz oculto. Carl se quedó con la boca abierta. Hasta que la voz habló tras de él:

—Naturalmente, sería maravilloso vivir aquí —dijo la voz—. Ser el dueño de la ciudad, tener todo lo que se desee al alcance de la mano. Pero, ¿qué es lo que te hace pensar, pobrecillo, que eres el *primero* en darse cuenta de esto? ¿Y en venir aquí?, Además, te diré una cosa: tan solo hay sitio para uno.

Carl se volvió lenta, muy lentamente, midiendo la distancia entre él y el otro hombre que se encontraba detrás suyo en el hueco de la puerta, calculando las posibilidades de golpearle con la maza que aún aferraba... antes de que el otro pudiera disparar la pistola que tenía en la mano.



EL MECANICO

En la era interplanetaria, los robots serán una parte de la vida tan común y esencial como lo es el fregadero de su cocina para el ama de casa de la era atómica. Pero, mientras es servido por sus criados mecánicos, el hombre se dará cuenta de que tiene que realizar ciertos servicios, a su vez. Se necesitan mecánicos para atender a los aviones más automáticos. Los faros automáticos deben ser instalados y reparados; y esta necesidad no desaparecerá. Las espacionaves tendrán que hallar su camino por el negro mar espacial, tal cual todo barco que haya surcado los mares de la Tierra. La navegación será ultraprecisa y automatizada, pero seguirá siendo navegación. Y se necesitará que existan puntos fijos de referencia. Se necesitarán faros. Y, por muy sólidamente que se construyan los faros, estos se averiarán a veces...

El Viejo tenía aquella expresión de inmenso alborozo en el rostro que significaba que alguien iba a pasar un mal rato. Puesto que estaba solo, no requirió un desmedido esfuerzo mental el imaginarme que sería yo. Hablé el primero, considerando que un ataque era la mejor defensa y todo eso.

—Dimito. No se preocupe en decirme qué sucio trabajo ha engendrado esta vez, porque ya he dimitido y no querrá revelarle secretos de la empresa a un extraño.

La sonrisa era aún más amplia, y se carcajeó mientras apretaba un botón en la consola. Un grueso documento legal cayó por la abertura sobre la mesa.

—Ese es su contrato —dijo—. Le explica cómo y cuándo tendrá que trabajar. Un contrato de acero al vanadio que no podría romper ni con un disruptor molecular.

Me incliné rápidamente, lo agarré y lo tiré al aire con un solo movimiento. Antes de que pudiera caer, saqué mi solar y con un disparo de cono ancho lo convertí en cenizas.

El Viejo apretó el botón y otro contrato cayó a su escritorio. Aunque pareciera imposible, su sonrisa era ahora más amplia.

—Debería haber dicho un *duplicado* de su contrato... como este otro —trazó una rápida nota en la pantalla de su secretaria—. Le he deducido trece créditos de su salario por el coste del duplicado, así como una multa de cien créditos por disparar una solar dentro de un edificio.

Me desplomé, derrotado, esperando a que me diera el golpe. El Viejo acarició mi contrato.

—De acuerdo con este documento, no puede dimitir. Nunca. Por consiguiente, tengo un trabajillo que sé que le gustará. Un trabajo de reparación. El faro de Centauro se ha apagado. Era un faro Tipo III...

—¿Qué tipo de faro? —le pregunté. He reparado faros hiperespaciales desde uno al otro brazo de la Galaxia, y estaba seguro de haber trabajado en cada tipo o modelo jamás construido. Pero nunca había oído hablar de este.

—Tipo III —repitió el Viejo con resbaloso humor—. Yo tampoco había oído hablar de ello hasta que Archivos exhumó los diagramas. Los encontraron enterrados en la parte trasera del más viejo de sus almacenes. Fue el tipo de faro más antiguo de los construidos... por la Tierra, nada menos. Considerando su localización en uno de los planetas de Próxima Centauro, quizá se trate del primero de todos.

Contemplé los heliogramas que me había entregado, mientras mis ojos se ponían vidriosos de horror.

—¡Es una monstruosidad! Se parece más a una destilería que a un faro. Debe tener al menos varios centenares de metros de alto. Soy un mecánico de reparaciones, no un arqueólogo. Ese montón de chatarra debe tener más de dos mil años de antigüedad. Olvídense de ella y construyan uno nuevo.

El Viejo se inclinó sobre su escritorio, echándome el aliento en la cara.

—Llevaría un año el instalar uno nuevo, aparte de que sería muy caro. Y esta reliquia está en una de las rutas principales. Tenemos a naves haciendo desviaciones

de más de quince años-luz en este momento.

Se echó hacia atrás, se limpió las manos con el pañuelo, y me soltó el Sermón Cuarenta y Cuatro sobre los Deberes hacia la Compañía y Mis Problemas.

—Este departamento recibe el nombre oficial de Mantenimiento y Reparaciones, cuando en realidad debería ser llamado Resuelvelotodo. Los faros hiperespaciales son contruidos para durar siempre, o algo así. Cuando uno de ellos se avería, *nunca* es por accidente, y el reparar la cosa *jamás* es cuestión de colocar simplemente una pieza de recambio.

Me lo estaba diciendo a *mí*, el tipo que hacía el trabajo mientras él seguía sentado en su oficina con aire acondicionado cobrando su grueso sobre.

Continuó:

—¡Cómo me gustaría que fuera así de fácil! Tendría una flota de naves almacén repletas de piezas y aprendices que las cambiasen. Pero no es así. Tengo una flota de costosas naves equipadas para hacer casi cualquier cosa... tripulada por una manada de irresponsables como *usted*.

Asentí contrito ante su dedo apuntado.

—¡Cómo me gustaría poderles despedir a todos! Son ustedes una combinación de pilotos espaciales, mecánicos, ingenieros, soldados, bandidos y cualquier otra cosa necesaria para realizar las reparaciones. Tengo que animarles, sobornarles, chantajearles y obligarles a ustedes, bandoleros, para que me hagan un trabajo simple. Si cree que está harto, imagínese como estaré yo. ¡Pero las naves deben pasar! ¡Los faros deben operar!

Reconocí en esta frase inmortal la caída del telón, y me puse en pie con lentitud. Me echó el dossier del Tipo III y volvió a manosear entre sus papeles. Cuando llegaba a la puerta, alzó la vista y me clavó de nuevo con su índice.

—Y que no se le ocurra ninguna tontería sobre saltarse su contrato. Podemos congelar esa cuenta bancaria que tiene en Algol II mucho antes de que usted pueda sacar el dinero.

Sonreí, con cierta desgana me temo, como si nunca hubiera tratado de mantener dicha cuenta en secreto. Sus espías se estaban tornando más eficientes cada día. Caminando por el pasillo, traté de imaginarme una forma en que transferir el dinero sin que se enterase... sabiendo al mismo tiempo que él ya estaba imaginando una en que enterarse.

Todo era demasiado deprimente, así que me detuve para un trago, y luego seguí hasta el espaciouerto.

Para cuando hubieron terminado de aprovisionar la nave, yo ya tenía trazada una trayectoria. El faro más cercano al averiado de Próxima Centauro estaba en uno de los planetas de Beta Circinus. Me dirigí primero allí, un viaje corto, de tan solo nueve días en el hiperespacio.

Para comprender la importancia de los faros, uno tiene que comprender el hiperespacio. No es que mucha gente lo logre, pero sí es bastante fácil entender que en este *no-espacio* las reglas normales no son aplicables. La velocidad y las medidas son una cuestión relativa, no factores constantes como en el universo fijo.

Las primeras naves que entraron en el hiperespacio no tenían ningún lugar al que ir... y ni siquiera forma alguna en la que enterarse de si se movían. Los faros resolvieron este problema y abrieron el universo entero. Están edificados en planetas y generan tremendas cantidades de energía. La energía es transformada en radiación, que es pasada al hiperespacio. Cada faro tiene una señal de código que forma parte de su radiación y representa un punto mensurable en el hiperespacio. La triangulación y cuadratura de los faros sirve para la navegación... solo que siguiendo sus propias reglas. Reglas que son complejas y variables, pero que continúan siendo algo que un navegador puede seguir.

Para un salto hiperespacial, uno necesita al menos cuatro faros para realizar una marcación precisa. Para saltos largos, los navegadores utilizan hasta siete u ocho. Así que cada faro es importante y todos ellos deben ser mantenidos en operación. Es entonces cuando intervengo yo y los demás resuelvelíos.

Navegamos en naves bien preparadas que contienen un poco de cada cosa; un solo hombre por nave, puesto que es bastante para operar la maquinaria de reparaciones, extremadamente eficiente. Debido a la misma naturaleza de nuestro trabajo, pasamos la mayor parte de nuestro tiempo en viajar a través del espacio normal. Después de todo, cuando un faro deja de funcionar, ¿cómo lo encuentra uno?

No a través del hiperespacio. Todo lo que puede hacer uno es acercarse lo más posible usando los otros faros, y luego acabar el viaje por el espacio normal. Esto puede durar meses, y a menudo es así.

Este trabajo no resultó ser tan malo. Puse proa al faro de Beta Circinus y formulé un complicado problema de ocho puntos en el navegador, usando cada faro en el que pude lograr una marcación precisa. El computador me dio una trayectoria con un punto de llegada estimado, así como un factor de seguridad incorporado que nunca podía eliminar de la máquina.

Yo preferiría arriesgarme a aparecer cerca de alguna estrella antes que estar perdiendo el tiempo renqueando a través del espacio normal, pero aparentemente el departamento técnico ya sabe esto. Así que incorporaron un factor de seguridad al computador de forma que uno no pudiese meterse en un sol por mucho que lo intentase. Estoy seguro de que no lo hicieron por razones humanitarias. Simplemente, no deseaban perder la nave.

Fue un salto de veinte horas, tiempo de la nave, y salí en medio de la nada. El analizador robot gorgoteó para sí mismo y observó todas las estrellas, comparándolas con el espectro de Próxima Centauro. Finalmente hizo sonar una campana y

parpadear una luz. Miré por el ocular.

Lina lectura con la fotocélula me dio la magnitud aparente y la comparación con su magnitud absoluta me indicó la distancia. No era tan malo como yo me había pensado: un viaje de seis semanas, días más o menos. Tras alimentar con una cinta de trayectoria al piloto robot, me introduje en el tanque de aceleración y me puse a dormir.

El tiempo pasó rápidamente. Volví a montar mi cámara por veinteava vez y acabé por fin el curso por correspondencia sobre nucleónica. La mayor parte de los mecánicos seguimos esos cursos. Tienen un cierto valor en sí mismos, porque uno nunca sabe que dato le va a servir. Y no solo eso: la compañía clasifica la paga según el número de especialidades que uno pueda dominar. Todo esto, junto con un poco de pintura al óleo y ejercicios en caída libre en el gimnasio, me hicieron pasar el tiempo. Estaba durmiendo cuando sonó la alarma que indicaba que me hallaba a distancia planetaria.

El segundo planeta, en el que estaba situado el faro según los viejos mapas, era un globo de aspecto húmedo y esponjoso. Trabajé mucho para comprender los antiguos datos y finalmente localicé el área correcta. Permaneciendo fuera de la atmósfera, envié un Ojo Volador para estudiar las cosas. En mi trabajo, uno aprende pronto cuando y donde debe arriesgar su propio pellejo. El Ojo bastaría para una investigación preliminar.

Los antiguos habían tenido el suficiente cerebro como para escoger una localización identificable para el faro, situándolo equidistante en una línea entre dos de los picos montañosos más prominentes. Localicé con bastante facilidad los picos y puse en marcha el Ojo desde el primero de ellos, dirigiéndolo en línea recta hacia el segundo. Los Ojos tienen un radar de proa y otro de popa, y yo alimentaba sus señales a un osciloscopio en forma de curva de amplitud. Cuando las dos curvas coincidieron, moví los controles del Ojo y le hice bajar en picado.

Apagué el radar y conecté el visor de proa, y me senté para contemplar la pantalla.

La imagen parpadeó, se enfocó... y una maldita pirámide enorme apareció a la vista. Solté una imprecación y puse al Ojo en una trayectoria circular, estudiando el terreno circundante. Era llano, terreno pantanoso, sin una sola elevación. Lo único visible en un radio de quince kilómetros era aquella pirámide ...y, decididamente, aquello no era mi faro.

¿O sí?

Hice descender al Ojo. La pirámide era una edificación de aspecto burdo hecha con piedras sin tallar, sin relieves ni adornos. Se veía un parpadeo de luz en la parte superior, y lo contemplé de más cerca. En el vértice de la pirámide había una concavidad llena de agua. Cuando la vi, algo se iluminó en mi mente.

Colocando el Ojo en una trayectoria circular, estudié los planos del Tipo III... y allí estaba. El faro tenía un recolector y una concavidad en su parte superior para

agua; era utilizada para enfriar el reactor que daba energía a aquella monstruosidad. Si el agua estaba aún allí, el faro también, dentro de la pirámide. Los nativos, que naturalmente ni siquiera habían sido mencionados por los idiotas que construyeron aquello, habían edificado una bella y masiva pirámide de gruesa piedra alrededor del faro.

Di otra mirada a la pantalla y me di cuenta de que había puesto al Ojo en una órbita circular a unos diez metros por encima de la pirámide. La cima del montón de piedras estaba ahora repleta de lagartos de algún tipo, aparentemente la forma de vida local. Llevaban lo que parecían ser jabalinas y ballestas y estaban tratando de derribar al Ojo, pues una nube de dardos y rocas volaba en todas direcciones.

Lo hice subir en línea recta y conecté el dispositivo que lo haría volver automáticamente a la nave.

Luego me fui a la despensa para tomar un trago de algo fuerte. Mi faro no solo estaba encerrado dentro de una montaña artificial, sino que había logrado irritar a los seres que la habían construido. Un excelente comienzo para un trabajo, claramente destinado a empujar a un hombre más fuerte que yo a la bebida.

Normalmente, un mecánico evita el contacto con las culturas nativas. Son veneno. Los antropólogos tal vez no objeten nada al hecho de ser disecados en nombre de su ciencia, pero un mecánico no desea realizar sacrificios de ese tipo por su trabajo. Debido a esto, la mayor parte de los faros son construidos en planetas deshabitados. Si un faro *tiene* que estar en un planeta con una cultura, usualmente es construido en algún lugar inaccesible.

El porqué este había sido construido al alcance de las garras locales era algo que aún tenía que averiguar. Pero esto sería en otro momento. Lo primero a hacer era establecer contacto. Y, para ello, uno tiene que conocer el lenguaje local.

Y, para *esto*, yo había elaborado hacía tiempo un sistema que era a toda prueba.

Tenía un Ojo Espía de mi propia construcción. Parecía un trozo de piedra de un palmo de largo. Una vez en el suelo, nadie se daría cuenta de él, aunque era un tanto desconcertante el verlo flotar. Localicé una ciudad de lagartos a un millar de kilómetros de la pirámide, y dejé caer el Ojo. Bajó zumbando y aterrizó de noche en la orilla de la ciénaga local. Aquel era un punto especial que atraía a una buena multitud durante el día. Por la mañana, cuando llegaron los primeros a revolcarse, conecté la grabadora.

Tras cinco de los días locales, tenía una gran masa de conversación nativa en el banco de memoria del traductor, y había aislado algunas expresiones. Esto es bastante fácil cuando uno tiene una memoria mecánica con que trabajar. Uno de los lagartos gorgoteaba a otro, y el segundo se volvía. Yo etiquetaba esta expresión con la frase: «¡Hey, Jorge!», y esperaba una oportunidad para usarla. Más tarde, aquel mismo día, vi a uno solo y le grité: «¡Hey, Jorge!». El altavoz lo gorgoteó en la lengua local, y se volvió.

Cuando uno tiene bastantes frases de referencia como esta en el banco de

memoria, la computadora de traducción empieza a funcionar y rellena las partes que faltan. Pronto el traductor podía facilitarme una traducción simultánea de cualquier conversación que escuchase, y entonces pensé que ya era hora de efectuar un contacto.

Lo encontré con facilidad. Era la versión centauriana del pastor: conducía a una de las formas de vida locales, particularmente repugnante, a los pantanos que rodeaban la ciudad. Hice que uno de los Ojos operativos cavase un hueco en un pitón rocoso y lo esperase.

Cuando pasó al día siguiente, murmuré por el micrófono:

—¡Bienvenido, oh mi nieto pastor! Soy el espíritu de tu abuelo hablándote desde el paraíso —esto se ajustaba bastante a lo que podía deducir de la religión local.

El pastor se detuvo como si le hubieran pegado un tiro. Antes de que pudiera moverse, apreté un interruptor, y un puñado de las conchas utilizadas como moneda local surgió del hueco, cayendo a sus pies.

—Toma un poco de dinero caído del paraíso, porque has sido un buen chico. — No era realmente del paraíso; lo había tomado de la tesorería la noche anterior—. ¡Vuelve mañana, y hablaremos un poco más! —grité tras la figura que huía. Me alegró ver que antes de salir a escape tomaba el dinero.

Tras esto, el abuelo en el paraíso tuvo numerosas conversaciones confidenciales con su nieto, al que le resultaba imposible resistirse al dinero del paraíso. El abuelo había estado apartado de los acontecimientos después de su muerte, y al nieto le alegraba poderlo poner al corriente.

Me enteré de todo lo que necesitaba saber de su historia, pasada y presente, y no era nada divertido.

Además de la pirámide edificada alrededor del faro, se estaba llevando a cabo una hermosa guerra religiosa alrededor de la misma.

Todo comenzó con el istmo. Aparentemente, los lagartos del planeta habían estado viviendo en lejanos pantanos cuando se edificó el faro, y los constructores no se habían fijado demasiado en ellos. Eran de un tipo poco desarrollado y estaban confinados en un lejano continente. La idea de que la raza pudiera desarrollarse y alcanzar *este* continente nunca se les ocurrió a los mecánicos del faro. Y eso fue, naturalmente, lo que sucedió.

Hubo una alteración geológica y se formó en el punto correcto un istmo pantanoso, y los lagartos comenzaron a llegar hasta el valle del faro. Y descubrieron la religión. Un templo de brillante metal del que salía un fluir constante de agua mágica: el agua de enfriamiento del reactor bombeada desde el condensador atmosférico del techo. La radiactividad del agua no dañó a los nativos; causó mutaciones que se transmitieron por herencia.

Se construyó una ciudad alrededor del templo y, a través de los siglos, se edificó la pirámide alrededor del faro. Una rama especial del sacerdocio servía al templo. Todo fue bien hasta que uno de los sacerdotes violó el templo y destruyó las aguas

sagradas. Desde entonces se habían producido revueltas, luchas, muerte y destrucción. Pero las aguas sagradas seguían sin brotar. Y ahora las multitudes armadas luchaban cada día alrededor del templo, y una nueva banda de sacerdotes guardaba la fuente sagrada.

Y yo tenía que meterme en medio de aquel lío y reparar la cosa.

Todo hubiera sido fácil si se me hubiese permitido hacer una pequeña matanza. Podría haber hecho fritura de lagarto, arreglado el faro y despegado. Solo que las «formas de vida nativas» estaban bastante bien protegidas. Había células espía en mi nave, no las había logrado descubrir todas, y las que quedaban me delatarían alegremente cuando regresase.

Se imponía la diplomacia. Suspiré y saqué el equipo de plasticarne.

Trabajando con imágenes tridimensionales de mi nieto, modelé una cabeza de reptil bastante pasable sobre mis propias facciones. Era algo corta de mandíbula al no tener yo una quijada llena de dientes como las suyas, pero ya estaba bien. No tenía que parecer *exactamente* como ellos, sino tan solo ser similar para calmar la mente nativa. Es lógico. Si yo fuera un ignorante aborigen de la Tierra y me encontrase con un espigano, que parece un grumo de goma laca seca de medio metro de diámetro, inmediatamente escaparía del lugar. No obstante, si el espigano llevase un traje de plasticarne que pareciese remotamente humanoide, al menos me quedaría para hablarle. Esto es lo que yo pretendía que ocurriese con los centaurianos.

Cuando hube terminado con la cabeza, la despegué y la uní a un atractivo traje de plástico verde, completo con cola. Realmente me alegraba el que tuviesen cola. Los lagartos no usan ropa, y yo deseaba llevar conmigo mi equipo electrónico. Construí la cola con un armazón metálico que me sujeté alrededor de la cintura. Entonces rellené el armazón con todo el equipo que necesitaría y comencé a cablear el traje.

Cuando estuvo terminado, me lo probé frente al espejo. Era horrible pero efectivo. La cola tiraba de mí hacia atrás y me hacía caminar como un pato, pero esto aumentaba el realismo.

Aquella noche llevé la nave a las colinas cercanas a la pirámide, en un punto seco situado de tal modo que los nativos anfibios nunca irían. Poco antes del amanecer, el Ojo se cogió de mis hombros y nos elevamos. Planeamos sobre el templo a unos dos mil metros de altura hasta que se hizo de día, y entonces nos dejamos caer.

Debió ser una maravillosa visión: el Ojo estaba camuflado para parecer un reptil volador, una especie de pterodáctilo de cartón piedra, y las alas que se agitaban con lentitud indudablemente no tenían nada que ver con el hecho de que nosotros volásemos. Pero era lo bastante impresionante para los nativos. El primero que me divisó dio un chillido y se cayó de espaldas. Los otros llegaron corriendo. Se apretujaron y amontonaron unos sobre otros, y para cuando aterricé en la plaza situada frente al templo los sacerdotes ya habían llegado.

Crucé los brazos en actitud regia:

—Saludos, oh nobles servidores del Gran Dios —dije. Naturalmente no lo grité,

tan solo lo susurré suavemente para que el laringófono lo captase. Esto era radiado al traductor y su respuesta enviada al altavoz en mis mandíbulas.

Los nativos se estremecieron y temblaron, y la traducción surgió casi instantáneamente. Emitía a todo volumen, y la plaza entera hizo eco.

Algunos de los nativos más crédulos se postraron y otros huyeron chillando. Un individuo incrédulo alzó una lanza, pero nadie lo volvió a intentar después de que el Ojo-pterodáctilo lo agarrase y lo echase al pantano. Los sacerdotes eran un grupo de cabezotas y no creían en un superlagarto así de pronto; simplemente me miraban y murmuraban. Tuve que tomar la ofensiva de nuevo.

—Puedes irte, oh fiel amigo —le dije al Ojo, apretando al mismo tiempo el control que llevaba en la palma de la mano.

Despegó algo más rápidamente de lo que yo hubiera deseado: llovieron trocitos de plástico arrancados por el viento. Mientras la multitud contemplaba el ascenso, penetré por las puertas del templo.

—Hablaré con vosotros, oh nobles sacerdotes —dije.

Antes de que pudieran pensar en una buena respuesta, ya estaba dentro.

El templo era una pequeña construcción edificada junto a la base de la pirámide. Esperé no haber roto demasiados tabúes al entrar, pero no me detuvieron, por lo que me pareció que la cosa iba bien. El templo consistía en una sola sala con una piscina de aspecto tenebroso en su extremidad. Chapoteando en la piscina estaba un viejo reptil que indudablemente era uno de los líderes. Caminé hacia él, y me lanzó una mirada fría y acuosa y luego gruñó algo.

El traductor susurró a mi oído:

—En el nombre del treceavo pecado, ¿quién eres y qué estás haciendo aquí?

Erguí mi escamosa figura en un noble gesto y apunté al techo.

—Vengo enviado por vuestros antepasados para ayudaros. Estoy aquí para restaurar las Aguas Sagradas.

Esto hizo que tras de mí se oyese zumbidos de conversación, pero no obtuve respuesta del jefe. Se hundió lentamente en el agua hasta que tan solo se vieron sus ojos. Casi podía oír como las ruedecillas giraban tras aquella frente cubierta de verdín. Luego surgió del agua y me apuntó con un goteante dedo.

—¡Eres un mentiroso! ¡No eres uno de nuestros antepasados! ¡Nosotros...!

—¡Alto! —atroné antes de que pudiera liarse tanto que luego le fuera imposible retroceder—. Dije que vuestros antepasados me envían... no que sea uno de ellos. No tratéis de hacerme daño o la cólera de los que desaparecieron se volverá contra vosotros.

Cuando dije esto me volví para dar un zarpazo a los otros sacerdotes, utilizando el movimiento para cubrir la acción de lanzar una granada miniatura hacia ellos. Hizo un bello agujero en el suelo y dejó claras las cosas.

El Primer Lagarto supo entonces que yo hablaba con sentido e inmediatamente convocó una reunión de los sacerdotes. Naturalmente, tuvo lugar en la piscina pública

y tuve que meterme con ellos allí. Charloteamos y gorgoteamos durante una hora, solucionando los principales problemas.

Me enteré de que eran los nuevos sacerdotes; los anteriores habían sido hervidos vivos por dejar que cesasen las Aguas Sagradas. Les expliqué que yo era el único que podía ayudarles a que fluyeran de nuevo las aguas. Se lo creyeron, con reservas, y todos surgimos de la bañera dejando nuestras embarradas huellas por el suelo. Había una puerta vigilada y arrancada que llevaba a la pirámide propiamente dicha. Mientras estaban abriéndola, el Primer Lagarto se volvió hacia mí.

—Indudablemente conoces la regla —me dijo—. Dado que los antiguos sacerdotes curioseaban y lo tocaban todo, se ordenó que de ahora en adelante tan solo los ciegos pudieran entrar en el sancta sanctorum. —Podría jurar que estaba sonriendo, si el que treinta colmillos surgiendo de lo que parecía ser un desgarrón en una vieja maleta puede llamarse sonrisa.

Y también estaba haciendo señas a un acólito que traía un brasero con carbones encendidos completo con hierros al rojo. Todo lo que podía hacer era quedarme mirando mientras atizaba los carbones, sacaba el hierro más aguzado y se volvía hacia mí. Estaba ya apuntando a mi ojo derecho cuando mi cerebro volvió a funcionar.

—Naturalmente —dije—, el cegar es correcto. Pero en mi caso tendrás que cegarme antes de que salga del sancta sanctorum y no ahora. Necesito mis ojos para ver y arreglar la Fuente de las Aguas Sagradas. Una vez las aguas fluyan de nuevo, reiré y me arrojaré yo mismo sobre el hierro.

Le llevó más de treinta segundos el pensárselo, pero tuvo que estar de acuerdo conmigo. El torturador local sorbió su hocico y echó un poco más de carbón al fuego. Se abrió la puerta y yo la atravesé; luego dio un portazo tras de mí y me quedé solo en la oscuridad.

Pero no por mucho tiempo: se oyó un susurro cercano y arriesgándome encendí mi linterna. Tres sacerdotes venían tanteando hacia mí, con las cuencas de sus ojos convertidas en rojizos pozos de carne quemada. Sabían lo que quería y me condujeron sin decir palabra.

Una agrietada y desmoronada escalera de piedra nos llevó hasta una sólida puerta metálica marcada con escritura antigua: FARO TIPO III — PROHIBIDA LA ENTRADA AL PERSONAL NO AUTORIZADO. Los confiados constructores esperaban que el aviso lo solucionase todo, pues no había ni señales de una cerradura en la puerta. Uno de los lagartos giró simplemente la manija y penetramos en el faro.

Abrí la cremallera de la parte delantera de mi traje mimetizado y saqué los diagramas. Con los fieles sacerdotes trastabilleando tras de mí, localicé la sala de control y encendí las luces. Quedaba una carga residual en las baterías de emergencia, lo bastante para dar una luz mortecina. Los contadores e indicadores parecían estar en buen estado; si acaso demasiado brillantes por el constante pulimentado.

Comprobé cuidadosamente las lecturas de los instrumentos y hallé justo lo que

había sospechado. Uno de los ansiosos lagartos había logrado abrir una caja de circuitos y limpiado las palancas del interior. Mientras hacía esto, había oprimido una de ellas y esto había ocasionado el problema.

Mejor dicho, había *iniciado* el problema. No lo iba a solucionar simplemente volviendo a conectar el control de la válvula del agua. Se suponía que esta válvula tan solo se usaba en las reparaciones, cuando la pila había sido moderada. Al cortar el agua mientras la pila estaba operando, esta se había recalentado y los seguros automáticos habían echado la carga al pozo.

Podía hacer fluir de nuevo el agua con facilidad, pero no quedaba combustible en el reactor.

No iba a jugar con el problema del combustible. Sería mucho más fácil instalar una nueva planta energética. Tenía una en la nave que era diez veces más pequeña que aquel antiguo barril de tomillos y producía al menos cuatro veces su energía. Antes de enviarla a buscar, comprobé el resto del faro. En dos mil años, debería haber *algunos* signos de desgaste.

Los viejos habían trabajado bien, esto era lo menos que se podía decir de ellos. El noventa por ciento de la maquinaria no tenía partes móviles y no había sufrido el más mínimo desgaste. Otras partes habían sido reforzadas, suponiendo que se desgastarían, pero lentamente. Por ejemplo, la cañería de traída del agua del techo. Las paredes de la cañería tenían al menos tres metros de grueso: y la abertura de la misma no era mayor que mi cabeza. No obstante, había algunas cosas que sí podía hacer, y redacté una lista de recambios.

Los recambios, la nueva planta energética y algunos otros accesorios fueron colocados en un ordenado montón en la nave. Comprobé todos los recambios por visor antes de que fueran cargados en una caja metálica. En la hora más oscura antes del amanecer, el Ojo de carga pesada dejó caer la caja en el exterior del templo y se escapó antes de que pudieran verlo.

Contemplé a los sacerdotes a través de mi Ojo espía mientras trataban de abrirla. Cuando hubieron cesado en sus esfuerzos, les grité órdenes a través del altavoz de la caja. Pasaron la mayor parte del día sudando para subir la pesada caja por las estrechas escaleras del templo mientras yo disfrutaba de un agradable sueño. Cuando desperté, se encontraba en el interior de la puerta del faro.

Las reparaciones no me llevaron mucho tiempo, aunque los lagartos ciegos gruñeron bastante cuando me oyeron abrir la pared para llegar a las conexiones de energía. Hasta preparé un artilugio conectado a la cañería de agua para que las Aguas Sagradas tuvieran su acostumbrada radiactividad benéfica cuando volviesen a fluir de nuevo. En el momento que esto hubo terminado hice lo que estaban esperando.

Conecté la palanca que hacía fluir de nuevo el agua. Pasaron irnos pocos minutos mientras el agua comenzaba a gorgotear a través de la seca cañería.

Luego se oyó un rugido en el exterior de la pirámide que debió de estremecer sus paredes de piedra. Agitando mis manos sobre la cabeza, descendí para la ceremonia

de la quemadura de ojos.

Los lagartos ciegos me esperaban en la puerta y parecían aún más tristes de lo normal. Cuando comprobé la puerta, hallé la razón de ello: estaba atrancada y cerrada desde el exterior.

—Se ha decidido —me dijo un lagarto— que permanezcas aquí por siempre para cuidar de las Aguas Sagradas. Permaneceremos contigo y te serviremos en todas tus necesidades.

Un delicioso futuro, pasar la eternidad encerrado en un faro, con tres lagartos ciegos. A pesar de su hospitalidad, no podía aceptar.

—¿Cómo... os atrevéis a interferir al mensajero de vuestros antepasados? —tenía el altavoz a todo volumen, y la vibración casi me desprendió la cabeza.

Los lagartos se echaron hacia atrás, y yo preparé mi solar para un haz estrecho y lo hice correr a lo largo del marco de la puerta. Se oyó un gran estruendo al derrumbarse los cacharros apilados contra ella, y luego la puerta colgó suelta. La abrí. Antes de que pudieran protestar, empujé a los sacerdotes por ella.

El resto de su clan se presentó al pie de las escaleras e hizo un gran griterío mientras yo soldaba la puerta, cerrándola definitivamente. Corriendo por entre la multitud, me enfrenté con el Primer Lagarto en su bañera. Se hundió lentamente bajo la superficie.

—¡Qué falta de cortesía! —grité. Él hizo burbujitas bajo el agua—. Los antepasados están enojados y han decidido prohibir la entrada al Templo Interior por siempre jamás; aunque, en su infinita condescendencia, dejarán que las aguas fluyan. Ahora debo regresar... ¡Adelante con la ceremonia!

El torturador estaba demasiado asustado para moverse, así que agarré su hierro al rojo. Un movimiento en el costado de mi rostro hizo que cayese una placa de acero sobre mis ojos, bajo la plasticarne. Entonces apreté el hierro fuertemente contra mis falsos ojos y el plástico emitió un olor auténtico.

Se oyó un grito entre la multitud cuando dejé caer el hierro y me tambaleé en ciegos círculos. Debo admitir que lo hice bastante bien.

Antes de que pudieran ocurrírseles más brillantes ideas, apreté una palanca y mi pterodáctilo de plástico entró volando por la puerta. Naturalmente, no podía verlo, pero supe que había llegado cuando las pinzas de sus garras asieron las placas de acero de mis hombros.

Me había quedado de espaldas tras la quemadura de ojos, y mi bestia voladora me capturó al revés. Yo había pensado desaparecer heroicamente, con los ojos ciegos atisbando la puesta del sol; por el contrario, daba la cara a la multitud mientras me elevaba, así que saqué ventajas de la mala situación y les hice mi más marcial saludo militar. Luego me encontré por los aires y alejándome.

Cuando alcé la placa e hice agujeros en el quemado plástico, pude ver como la pirámide se empequeñecía tras de mí, con agua surgiendo de su base y una alegre multitud de reptiles chapoteando en su humedad radiactiva. Conté mis garras para ver

si me había olvidado de algo.

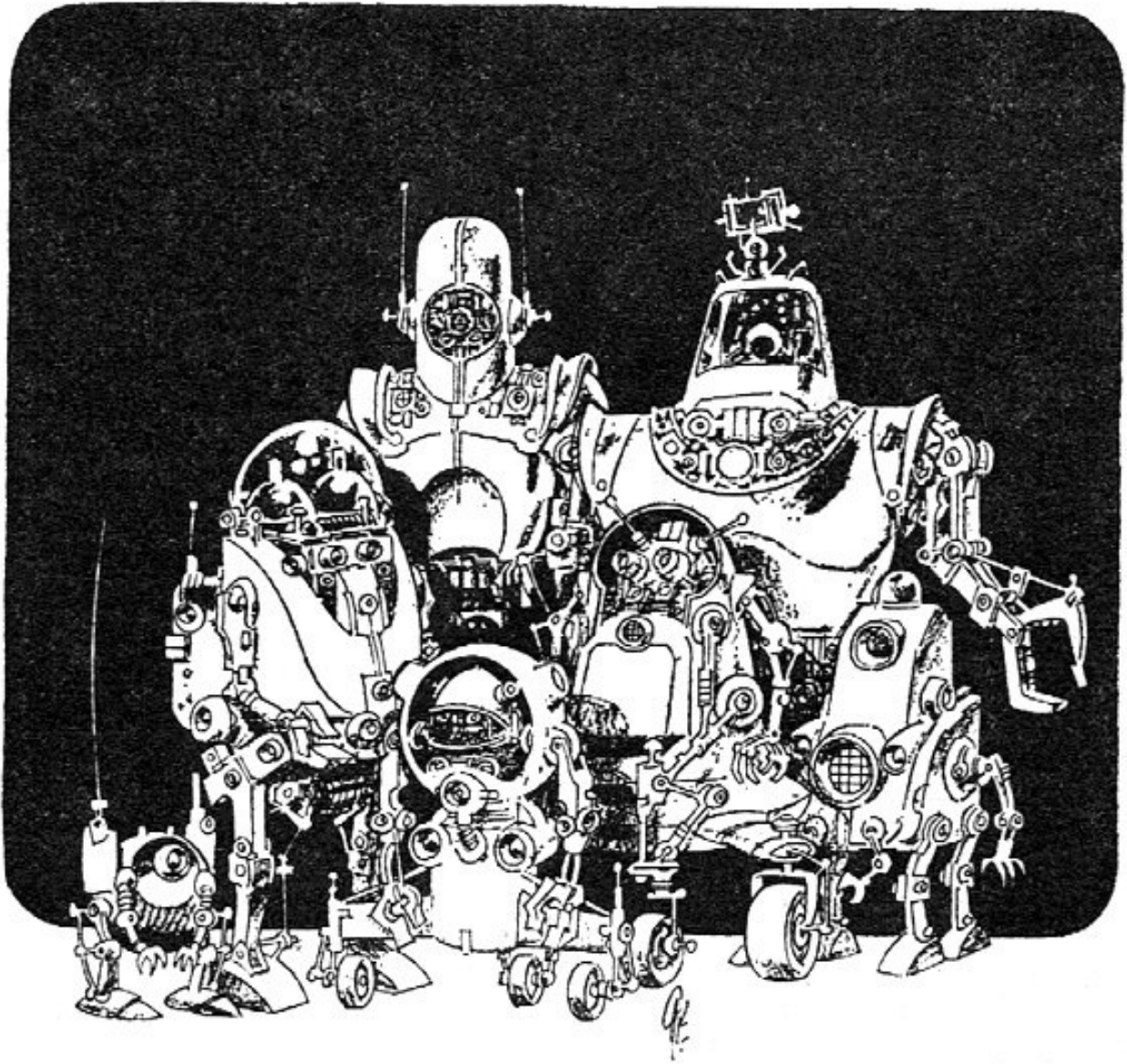
Uno: el faro había sido reparado.

Dos: la puerta estaba cerrada, así que no podría haber ningún otro sabotaje, accidental o deliberado.

Tres: los sacerdotes deberían estar satisfechos. El agua corría de nuevo, se me habían quemado los ojos como estaba mandado, y ellos volvían a estar en funciones. Lo que se resumía en...

Cuatro: el hecho de que probablemente dejarían que otro mecánico entrase, bajo las mismas condiciones, si el faro se averiaba de nuevo. Al menos, no había hecho algo, como asesinar a unos cuantos de ellos, que crease antagonismos hacia futuros mensajeros ancestrales.

Me saqué el desgarrado traje de lagarto al volver a la nave, muy contento al pensar que sería algún otro mecánico el que tuviera que hacer la próxima vez este trabajo.



PLANETA DE SUPERVIVENCIA

Quizás algún día el Hombre deje de interesarse por la guerra, pero no confíen demasiado en ello. Su tendencia combativa fue un factor tan importante en su proceso evolucionario que no puede ser dejada de lado tan fácilmente; y aunque la idea de la guerra pueda repugnarnos y aterrorizarnos, los cuerpos prehistóricos en los que estamos confinados aún reaccionan con entusiasmo cuando retumban los tambores y pasa la artillería. Prueba de ello es nuestra situación actual, en la que contemplamos con fascinación como todo tipo de gentes ingeniosas y dedicadas producen armas que podrían —de ser apretado el Botón— eliminarnos a todos de este planeta.

Si esto no sucede, posiblemente el hombre exporte alegremente sus guerras al resto de la Galaxia. Y, si las razas extrañas que son encontradas no son lo bastante belicosas como para defenderse... peor para ellas. Y, si no hay los suficientes extraños con que luchar, el Hombre tendrá que combatir con su peor enemigo: consigo mismo. Naturalmente, sus compañeros los robots combatirán también. Y está demasiado claro que, en cierta manera, un robot puede ser un soldado perfecto: menos fácilmente destructible, más eficiente en su labor de destrucción... y, naturalmente, uno puede inculcarle un impulso asesino...

—¡Pero esta guerra se terminó años antes de que yo naciese! ¿Cómo puede seguir siendo de interés un torpedo robot disparado hace tanto?

Dall el Joven era extremadamente persistente... y realmente tenía suerte de que el Comandante de la nave, Lian Stane, tuviera una enorme reserva de paciencia, fruto de su temperamento y experiencia.

—Ya hace cincuenta años que fue derrotada la Magna Tiranocracia... pero eso no significa que fuera eliminada —dijo el Comandante Stane. Miró por la portilla de la nave, contemplando mentalmente en las estrellas los límites del imperio que tantos años les había costado destruir—. La Tiranocracia se expandió sin trabas durante más de un millar de años. Su derrota militar no la eliminó, tan solo hizo accesibles para nosotros sus mundos por separado. Aún estamos a mitad de la reconstrucción, apartándolos de la economía esclavista.

—*Todo* eso ya lo sé —interrumpió Dall el Joven con un suspiro de cansancio—. He estado trabajando en esos planetas desde que me enrolé en las fuerzas. Pero, ¿qué es lo que tiene que ver con el torpedo Mosaico que estamos buscando? Debieron de construir y disparar mil millones de ellos durante la guerra. ¿Cómo puede importar tanto uno solo después de todo este tiempo?

—Si hubiera leído los informes técnicos —dijo Stane señalando al dossier de un dedo de grueso situado sobre la mesa de cartas—, sabría de que se trata.

Esta recomendación era lo más aproximado a una reprimenda que jamás hubiera hecho el Comandante. Dall el Joven tuvo el buen sentido de enrojecer ligeramente y escuchar con mayor interés.

—El torpedo Mosaico es un arma de guerra espacial. En realidad se trata de una astronave robot. Una vez enviada en una dirección, busca su objetivo, se defiende si es necesario, y luego destruye la nave contra la que ha sido lanzada inmolándose mediante el inicio del ciclo incontrolable de destrucción de las fuerzas de cohesión.

—Nunca me fijé en que fueran naves robot —comentó Dall—. Creí que los robots estaban programados con una inhibición a matar gente.

—Se les puede programar así pero es potestativo —dijo juiciosamente Stane—. Los cerebros robot son simplemente máquinas altamente desarrolladas sin ningún sentido moral inherente. Esto se les añade luego. Hace ya mucho tiempo que no se construyen robots humanoides con cerebros de tipo humano. Esta es la época de los especialistas, y los robots se pueden especializar mucho mejor que los hombres. Los cerebros de los torpedos Mosaico no tienen sentido moral... En todo caso son psicóticos, con un complejo suicida. Aunque existen, naturalmente, controles sobre lo que pueden destruir. Todos los torpedos usados por ambos bandos tenían detectores de masa que desarmaban las espoletas cuando se aproximaban a cualquier objeto de masa planetaria, ya que la reacción iniciada por un torpedo podría destruir tanto un mundo como una nave. Podrá comprender nuestro interés cuando sepa que en los últimos meses de la guerra recuperamos un torpedo preparado *tan solo* para destruir un planeta. Todos los datos de su cerebro fueron archivados y recientemente se

lograron descifrar. El torpedo estaba dirigido al cuarto planeta de la estrella a la que nos aproximamos ahora.

—¿Hay algo en los archivos acerca de este planeta? —preguntó Dall.

—Nada. Es un sistema sin explorar... al menos en lo que a nosotros respecta. Pero la Magna Tiranocracia sabía lo bastante de ese planeta como para querer destruirlo. Estamos aquí para averiguar el porqué.

Dall el Joven frunció el entrecejo, rumiando la idea.

—¿Es la única razón? —preguntó finalmente—. Dado que les impedimos que destruyeran el planeta, no creo que estemos obligados a más.

—El pensar así es el motivo de que usted sea el de inferior graduación en la nave —exclamó el Artillero Arnild al entrar. Arnild había logrado envejecer en un servicio con una expectativa de vida corta, perdiendo en el proceso su buena disposición hacia cualquier cosa que no fueran sus computadores y cañones—. ¿Puedo sugerir alguna de las posibilidades que hasta a mí se me han ocurrido? Primeramente: cualquier enemigo de la Tiranocracia puede ser un amigo nuestro. O, por lo contrario, puede haber ahí un enemigo que amenace a toda la raza humana, y quizá debemos disparar un Mosaico para acabar el trabajo que iniciaron los esclavistas. O bien, quizá los esclavistas tuvieran aquí algo, como un centro de investigaciones, que prefirieran destruir antes de que cayera en nuestras manos. ¿No le parece que cualquiera de estas posibilidades hace que valga la pena investigar el planeta, especialmente no sabiendo nada del mismo?

—Entraremos en la atmósfera dentro de veinte horas —dijo Dall mientras se esfumaba por la escotilla inferior—. Tengo que comprobar la lubricación de los engranajes de la maquinaria.

—Es usted demasiado blando con el chico —dijo el Artillero Arnild, contemplando hoscamente la estrella que se aproximaba, cuyo brillo ya era disminuido por los filtros de proa.

—Y usted demasiado duro —le contestó Stane—. Así que una cosa se compensa con la otra. Olvida usted que él nunca luchó contra los esclavistas.

Desplazándose en el borde exterior de la atmósfera del cuarto planeta, la nave exploradora recorrió una órbita espiral antes de regresar a la seguridad del espacio mientras el cerebro robot de la nave digería y hacía copias de los datos recogidos por la cámara y los instrumentos de detección. Los duplicados fueron introducidos en un torpedo mensajero, y tan solo cuando este hubo iniciado su camino hacia la base consintió el Comandante Stane en examinar personalmente los resultados de la exploración.

—Ahora ya no somos indispensables —dijo relajándose—. Así que lo mejor que podemos hacer es descender y ver que es lo que encontramos —Arnild gruñó afirmativamente, mientras sus dedos índices apretaban impacientemente gatillos invisibles. Se inclinaron sobre los gráficos y fotografías extendidos sobre la mesa. Dall atisbo por entre sus hombros y estudió las fotografías que echaban a un lado.

Fue el primero en hablar:

—Realmente no hay gran cosa. Mucha agua, un continente aislado... y poco más.

—No se puede detectar nada más —añadió Stane, comprobando los gráficos uno por uno—. No hay radiación detectable, no hay grandes masas de metal por encima o debajo de la superficie, no hay energía almacenada. No hay razón para que estemos aquí.

—Pero estamos —gruñó testarudo Arnild—. Así que aterricemos y veamos las cosas con nuestros propios ojos. Aquí hay un buen punto —golpeó una fotografía, luego la metió en el ampliador—. Podría ser un primitivo poblado de cabañas, con gente caminando y humo.

—Y esto podría ser ganado en los pastos —intervino ansioso Dall—, y botes amarrados a la orilla. Encontraremos algo ahí.

—Estoy seguro de eso —aceptó el Comandante Stane—. Prepárense para el aterrizaje.

La nave cayó del cielo suave y silenciosamente, en un arco poco pronunciado que terminaba al borde de un bosquecillo de altos árboles, en una colina sobre la ciudad. Los motores zumbaron deteniéndose y la nave quedó en silencio.

—Informe positivo sobre la atmósfera —dijo Dall comprobando los controles del analizador.

—Quédese en los cañones, Arnild —dijo el Comandante Stane—. Cúbranos, pero no dispare hasta que se lo diga.

—O hasta que esté muerto —dijo Arnild sin mostrar emoción alguna.

—O hasta que esté muerto —le respondió Stane en la misma voz átona—. En cuyo caso usted asumirá el mando.

Dall y él cargaron con equipos planetarios, pasaron por la compuerta de aire y la cerraron tras ellos. El aire era suave y placenteramente cálido, repleto del aroma de las plantas.

—Después de todo ese aire enlatado, esto huele realmente bien —dijo Dall.

—Tiene una gran capacidad para informar sobre lo obvio —La voz de Arnild era más áspera de lo usual oída a través de los auriculares—. ¿Pueden ver lo que sucede en el poblado?

Dall sacó sus prismáticos. El Comandante Stane los había estado usando desde que salieron de la nave.

—No se mueve nada —dijo Stane—. Envíe un Ojo allá abajo.

El Ojo siseó alejándose de la nave y pudieron seguir su lento vuelo sobre el poblado de allá abajo. Había alrededor de un centenar de cabañas, sencillas construcciones de madera y paja, y el Ojo exploró cada una de ellas.

—No hay nadie ahí —dijo Arnild mientras contemplaba la pantalla del monitor—. También han desaparecido los animales que vimos en la foto aérea.

—La gente *no* puede haberse esfumado —dijo Dall—. El terreno es llano en todas direcciones, sin ningún escondrijo posible. Y puedo ver el humo de los fuegos.

—El humo está ahí, la gente no —dijo testarudo Arnild—. Vayan allí y compruébenlo por sí mismos.

El Ojo se elevó del poblado y planeó de regreso a la nave. Revoloteó por encima de los árboles, y se detuvo repentinamente en pleno vuelo.

—¡Alto! —La voz de Arnild restalló en sus oídos—. Las cabañas están vacías, pero hay alguien en el árbol junto al que ustedes se encuentran. A unos diez metros sobre sus cabezas.

Ambos controlaron un instinto natural que les impelía a mirar hacia arriba. Se apartaron un poco, para estar a salvo de cualquier objeto lanzado desde lo alto.

—Así está bien —dijo Arnild—. Voy a mover el Ojo para verlo mejor.

Pudieron oír el suave latido de los motores del Ojo mientras cambiaba de posición.

—Es una chica. Lleva algunas pieles como vestimenta. No le veo ningún arma, pero lleva una especie de bolsa colgando de la cintura. Se está aferrando al árbol con los ojos cerrados. Parece como si tuviera miedo de caerse.

Los hombres en el suelo podían verla ahora confusamente, una forma acurrucada contra el erguido tronco.

—No acerque más el Ojo —dijo el Comandante Stane—, pero conecte el altavoz. Póngame en conexión con el circuito.

—Ya está.

—*Somos amigos... baje... No le haremos daño* —las palabras retumbaron del altavoz que flotaba sobre sus cabezas.

—Lo ha oído, pero quizá no pueda entender el esperanto —dijo Arnild—. Tan solo se apretó más contra el árbol mientras estaba hablando.

El Comandante Stane había hablado fluentemente el idioma de los esclavistas durante la guerra, y buscó en su memoria las palabras. Repitió la frase, solo que esta vez en la lengua de sus enemigos derrotados.

—Eso tuvo algún efecto, comandante —informó Arnild—. Tuvo tal sobresalto que casi se cae. Luego subió un par de ramas más arriba antes de agarrarse de nuevo.

—Déjeme bajarla, señor —pidió Dall—. Tomaré una cuerda y subiré a por ella. Es la única forma, como se baja a un gato de un árbol.

Stane recapacitó.

—Parece la mejor solución —dijo finalmente—. Use la cuerda ligera de doscientos metros de largo y los ganchos de escalera que hay en la nave. No tarde mucho, pronto oscurecerá.

Los ganchos se clavaron en la madera, y Dall subió cuidadosamente hasta las ramas más bajas. Por encima suyo la muchacha se agitó, y pudo ver fugazmente la mancha blanca que era su rostro mientras lo contemplaba desde lo alto. Comenzó a subir de nuevo hasta que la voz de Arnild le gritó:

—¡Alto! Está subiendo más arriba. Guarda la misma distancia.

—¿Qué hago, Comandante? —preguntó Dall, descansando a horcajadas sobre

una de las ramas grandes. Se sentía animado por la subida, y tenía la piel ligeramente cubierta de sudor. Se desabrochó el cuello y aspiró profundamente.

—Siga subiendo. No puede ir más allá de la copa del árbol.

Ahora era más fácil la subida, con las ramas más pequeñas y juntas. Trepaba lentamente para no asustar a la muchacha y evitar que se cayera. El suelo ya quedaba muy lejano. Estaban solos en su propio mundo de hojas y ramas que se mecían, y el tubo plateado del planeante Ojo era el único recuerdo de la observación desde la nave. Dall se detuvo para hacer un nudo en el extremo de la cuerda, cuidadosamente, para que se mantuviese firme. Por primera vez desde que había partido en esta misión notaba estar haciendo un trabajo completo. Los dos viejos caballos de batalla no eran malos compañeros, pero lo oprimían con los años de su experiencia. Pero esto era algo que *él* podía hacer mejor, y silbó suavemente entre dientes mientras pensaba en ello.

La chica podría haber seguido subiendo, las ramas habrían soportado su peso. Pero por alguna razón se había retirado a lo largo de una rama. Otra, cerca de ella, constituía un asidero perfecto, y la siguió lentamente.

—No hay razón para asustarse —dijo alegremente, y sonrió—. Tan solo deseo bajarte con seguridad para devolverte con tus amigos. ¿Por qué no te atas con esta cuerda?

La muchacha simplemente se estremeció y se echó hacia atrás. Era joven y de buen ver, vestida tan solo con una falda corta de pieles. Su cabello era largo, pero había sido peinado y recogido en la nuca con una cinta. La única cosa que parecía extraño en ella era su miedo. Mientras se acercaba pudo ver que estaba cubierta de sudor. Sus piernas y brazos se estremecían con una vibración regular. Sus dientes estaban mordiendo sus pálidos labios, y un pequeño reguero de sangre corría por su mandíbula. No había creído posible que los ojos humanos pudieran desorbitarse en tal forma o llenarse con tal desesperación.

—No tienes por qué estar tan asustada —repitió, deteniéndose casi al alcance de la mano. La rama era delgada y cimbreada. Si trataba de asirla quizá ambos cayesen. No deseaba que ahora ocurriese un accidente. Desenrollando lentamente cuerda, Dall se la ató a la cintura, y luego la pasó alrededor de la rama más cercana. Por el rabillo del ojo vio como la chica se agitaba y miraba locamente a su alrededor.

—¡Amigos! —dijo, tratando de calmarla. Lo tradujo al idioma esclavista, pues había parecido comprenderlo antes—: *¡Noi'r venn!*

La boca de la muchacha se abrió ampliamente y sus piernas se contrajeron. El alarido fue terrible, y más parecido al grito de un animal torturado que a una voz humana. Lo dejó confuso, e hizo un intento desesperado de aferrarla. Ya era demasiado tarde.

No se cayó. Se arrojó con todas sus fuerzas de la rama, saltando a la muerte cierta que prefería a ser tocada. Durante un instante pareció colgar, contorsionada y con las facciones deformadas por el terror, en el ápice de su salto, antes de que la fuerza de la

gravedad tirase de ella y la llevase a estrellarse entre las hojas. Y entonces Dall también cayó, tratando de agarrarse a inexistentes asideros.

La línea de seguridad que había preparado resistió el tirón. Medio atontado, volvió a subir para soltar los nudos. Con minuciosa precisión descendió hasta el suelo. Tardó largo tiempo y, antes de llegar, una manta cubría ya la deformada figura caída sobre la hierba. No tuvo que preguntar si estaba muerta.

—Traté de detenerla. Lo hice lo mejor que supe —había una nota aguda en el tono de voz de Dall.

—Naturalmente —le dijo el Comandante Stane mientras extendía el contenido de la bolsa de la muchacha—. Estábamos vigilándoles con el Ojo. No había forma en que detenerla cuando decidió saltar.

—Pero tampoco había necesidad de hablarle en esclavista... —dijo Arnild, saliendo de la nave. Iba a añadir algo, pero su mirada se cruzó con la del Comandante Stane y cerró la boca. Dall también lo vio.

—¡Lo olvidé! —dijo el joven, mirando a una y otra cara inexpresiva—. Simplemente pensé en que había comprendido ese idioma. No pensé en que la aterrorizase. Quizá fue un error, pero todo el mundo puede cometer errores. No quería que muriese...

Cerró sus temblorosas mandíbulas con esfuerzo y se dio la vuelta.

—Mejor será que prepare algo de comida —le dijo el Comandante Stane. Tan pronto como se hubo cerrado la compuerta señaló al cuerpo de la muchacha—. Entiérrela bajo los árboles. Le ayudaré.

Fue una comida corta, ya que ninguno de ellos tenía apetito. Stane se quedó luego sentado en la mesa de cartografía, moviendo de un lado a otro la dura fruta verde con un dedo.

—Esto es lo que estaba haciendo en ese árbol... por lo que no pudo desaparecer como los demás. Recogiendo fruta. No tenía nada más en la bolsa. El que aterrizásemos junto a su árbol y la atrapásemos fue puro accidente. —Miró al rostro de Dall, y luego apartó la vista rápidamente.

—Ya es demasiado oscuro, ¿esperamos a mañana? —preguntó Arnild. Tenía una pistola sobre la mesa y estaba aceitando y ajustando sus partes.

El Comandante Stane asintió con la cabeza.

—Será lo mejor, más efectivo que ir a ciegas por la oscuridad. Dejen un Ojo con un proyector de infrarrojos y filtros sobre el poblado para que vaya grabando. Quizá se presente la posibilidad de averiguar donde fueron todos.

—Me quedaré en los controles del Ojo —dijo al pronto Dall— ...no tengo sueño. Quizá averigüe algo.

El comandante dudó un momento y luego asintió.

—Despiérteme si ve algo. De lo contrario, llámenos al amanecer.

La noche era silenciosa y nada se movía en el callado poblado de cabañas. A la primera luz el Comandante Stane y Dall bajaron la colina, con un Ojo flotando sobre

ellos para cubrirlos. Arnild se quedó en la nave cerrada, a los controles.

—Por aquí, señor —dijo Dall—. Hay algo que averigüé por la noche mientras estaba dando vueltas con el Ojo.

Los bordes de la excavación habían sido redondeados y erosionados por el tiempo, y altos árboles crecían en las paredes. En el fondo, emergiendo de un charco de agua, se veían los restos oxidados de maquinaria.

—Creo que son máquinas de excavar —dijo Dall—. Aunque es difícil afirmarlo, por el tiempo que llevan ahí.

El Ojo descendió al fondo de la excavación y se zambulló cerca de los restos. Se hundió bajo el agua y emergió al cabo de un minuto, goteando.

—Sí, son máquinas de excavar —informó Arnild—. Algunas están boca abajo y medio enterradas, como si hubiesen caído desde lo alto. Todas ellas son de fabricación esclavista.

El Comandante Stane miró cuidadosamente.

—¿Está seguro? —preguntó.

—Como si hubiera leído sus marcas.

—Vamos al poblado —dijo el comandante, mordisqueándose pensativo el interior de la mejilla.

Dall el Joven descubrió adónde se habían ido los nativos. Realmente no era ningún secreto, lo averiguaron en la primera cabaña en que entraron. El suelo estaba hecho con tierra, con un círculo de rocas formando un hogar. El resto de los utensilios eran simples y primitivos: burdos cacharros de barro sin cocer, pieles sin curtir, algunos cubiertos tallados en madera. Dall estaba curioseando entre un montón de esterillas trenzadas situado detrás del hogar cuando encontró el agujero.

—¡Por aquí, señor! —gritó.

La abertura tenía casi un metro de diámetro y se hundía en el suelo con un ángulo no muy pronunciado. El suelo del túnel también era de tierra.

—Deben estar escondidos ahí —dijo el Comandante Stane—. Encienda una luz y vea que profundidad tiene.

No había forma de averiguarlo. En realidad el agujero era un túnel de paredes lisas que giraba en ángulo recto a cinco metros de la entrada. El Ojo descendió y se quedó zumbando sobre la entrada.

—He dado una ojeada en algunas otras cabañas —dijo Arnild desde la nave—. El Ojo ha encontrado un agujero como este en cada una. ¿Quiere que explore el interior?

—Sí, pero no vaya muy deprisa —le dijo el Comandante Stane—. Si hay gente escondida ahí abajo, no queremos asustarlos más. Retroceda si averigua algo.

El zumbido desapareció cuando el Ojo flotó descendiendo por el túnel y se perdió de vista.

—Me he encontrado con otro túnel —dijo Arnild—, y ahora he llegado a otra desviación. Me estoy desorientando... No sé si lo podré hacer regresar por el mismo camino.

—El Ojo no es indispensable —dijo el comandante—. Siga adelante.

—Debe haber rocas densas alrededor... las señales se están haciendo más débiles y me cuesta mantener el control. He llegado a una caverna más amplia... *¡Un momento!* ¡Ahí hay alguien! He visto a un hombre metiéndose en uno de los túneles laterales.

—Sígale —dijo Stane.

—No es fácil —dijo Arnild después de un momento de silencio—. Parece un túnel sin salida. Hay una roca bloqueando el túnel. Debe haberla hecho rodar para bloquear el paso después de haber pasado. Retrocederé... *¡Maldita sea!*

—¿Qué sucede?

—Hay otra roca detrás del Ojo... Lo han atrapado en ese trozo de túnel. Ahora la pantalla está apagada, y todo lo que recibo es una señal de inoperante —Arnild sonaba exasperado e irritado.

—Muy logrado —dijo el Comandante Stane—. Le pusieron un cebo, lo atraparon... y posiblemente hasta derrumbaron el túnel sobre él. Estas gentes temen mucho a los extraños y parecen bastante eficientes en librarse de ellos.

—Pero, *¿por qué?* —preguntó Dall, francamente asombrado, mirando a su alrededor, a la primitiva construcción de la cabaña—. ¿Qué pueden tener esta gente que los esclavistas desearan tanto? Es obvio que los esclavistas emplearon mucho tiempo y esfuerzos excavando aquí. ¿Encontraron lo que buscaban? ¿Trataron de destruir este planeta por lo que *habían* descubierto o por lo que *no habían* descubierto?

—Me gustaría saberlo —dijo hoscamente el Comandante Stane—. Eso haría mucho más fácil mi trabajo. Vamos a enviar un informe completo al Alto Mando... Quizá tengan alguna idea.

De vuelta a la nave se dieron cuenta de la tierra removida en el bosquecillo. Había un agujero vacío en donde habían enterrado a la muchacha. La tierra había sido apartada violentamente y lanzada en todas direcciones. Se veían cortes en los troncos de los árboles, hechos por agudos instrumentos... o gigantescas garras. Alguien o algo había venido a por la muchacha, exhumado su cuerpo y descargado una terrible ira en el terreno y arbolado. Un sendero de destrucción llevaba a una abertura entre las raíces de uno de los árboles. El túnel era sinuoso, con su boca oscura tan enigmática y misteriosa como la de los otros túneles.

Antes de que se acostasen aquella noche el Comandante Stane comprobó por dos veces el que las compuertas estuviesen cerradas y todos los circuitos de alarma activados. Se fue a la cama pero no durmió. La respuesta al problema parecía ser cercana y obvia, justo al alcance de su mano. Parecían haber los bastantes hechos como para obtener conclusiones. Pero, *¿cuáles?* Se hundió en una nerviosa somnolencia sin hallar la respuesta.

Cuando se despertó su camarote aún estaba a oscuras, y tuvo la sensación de que algo iba horriblemente mal. *¿Qué era lo que le había despertado?* Buscó entre sus

adormilados recuerdos. Un suspiro, una corriente de aire. Podía haber sido el funcionamiento de la compuerta. Luchando con el repentino miedo que lo invadió, encendió las luces y sacó su arma de la funda junto a la cama. Arnild apareció, bostezando y parpadeando en el hueco de la puerta.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó.

—Llama a Dall... Creo que alguien ha entrado en la nave.

—Mejor dirá que alguien ha salido —sorbió Arnild—. Dall no está en su litera.

—¿Cómo?

Corrió a la sala de mandos. El circuito de alarma había sido desconectado. Había un trozo de papel en la consola de control. El comandante lo cogió y leyó la palabra escrita en él. Se quedó boquiabierto mientras empezaba a comprender, luego estrujó el papel en una mano engarfiada.

—¡El muy estúpido! —gritó—. ¡El muy imbécil! Pon en marcha un Ojo. ¡No, dos! ¡Yo me pondré a los mandos auxiliares!

—Pero, ¿qué ha pasado? —boqueó Arnild—. ¿Qué es lo que ha hecho Dall?

—Ha ido allá abajo, a los túneles. ¡Tenemos que detenerlo!

No se veía a Dall por ninguna parte, pero la boca del túnel bajo los árboles estaba recién pisoteada.

—Yo meteré un Ojo por ahí —dijo el Comandante Stane—. Usted lleve otro por la entrada más próxima. Use los altavoces. Dígales que somos amigos, en el idioma de la Tiranocracia.

—Pero... ya vio la reacción que tuvo la muchacha cuando Dall dijo eso —Arnild estaba asombrado y confuso.

—Sé lo que sucedió —cortó Stane—. Pero, ¿qué otra posibilidad tenemos? ¡Ahora, en marcha!

Arnild comenzó a hacer otra pregunta, pero la premura con que el comandante manejaba los controles le hizo cambiar de idea. Lanzó su propio Ojo a toda prisa hacia el poblado.

Si la gente escondida en el laberinto de túneles oyó el mensaje, ciertamente no se lo creyeron. Un Ojo quedó atrapado en un túnel sin salida cuando la abertura tras él quedó repentinamente cerrada por un derrumbe. El Comandante Stane trató de que la máquina se abriera camino por entre la tierra suelta, pero estaba muy apretada y resistió. Pudo oír ruidos de excavación mientras apilaban más tierra encima.

El Ojo de Arnild encontró una gran cámara subterránea repleta de borregos apretados y asustados. No había allí ningún nativo. Saliendo de esta caverna, el Ojo quedó atrapado bajo una masa de rocas.

Al fin, el Comandante Stane admitió su derrota:

—Ahora ellos tienen la palabra, no podemos hacer nada.

—Algo se está moviendo en el bosque-cilio, Comandante —dijo excitadamente Arnild—. Lo capté en el detector, pero ya ha desaparecido.

Se dirigieron hacia allá dubitativos, con sus armas a punto, bajo un rojizo cielo

matutino. Fueron casi seguros de lo que iban a encontrar, pero no atreviéndose a admitirlo en voz alta mientras aún tuvieran esperanzas.

Naturalmente, no había esperanzas. El cadáver de Dall el Joven yacía cerca de la boca del túnel, del que lo habían arrojado. La mañana roja brillaba con roja sangre. Había tenido una muerte atroz.

—¡Son unos monstruos! ¡Animales! —gritó Arnild—. Hacer esto a un hombre que tan solo quería ayudarles. Le han roto los brazos y las piernas, y le han arrancado la mayor parte de la piel. No queda nada de su rostro...

El viejo artillero se ahogó con un sonido que era medio jadeo medio sollozo.

—¡Deberíamos bombardearlos, hacerlos volar, matarlos! Acabar lo que comenzaron los esclavistas... —su mirada encontró la ardiente del comandante y se quedó en silencio.

—Eso es probablemente lo que pensaron los esclavistas —dijo Stane—. ¿No comprende lo que sucedió aquí?

Arnild negó con la cabeza, sin decir nada.

—Dall entrevió la verdad. Solo que pensó que se podían alterar las cosas. Pero al menos sabía cual era el peligro. Fue porque se sentía culpable por la muerte de la muchacha. Es por eso por lo que dejó la nota con la palabra *esclavos*, por si no regresaba.

»Realmente, es bastante simple —dijo cansado, recostándose contra un árbol—. Solo que estábamos buscando algo mucho más complejo y técnico, cuando en realidad no nos enfrentábamos con un problema físico, sino con uno social. Este era un planeta de la Tiranocracia, organizado y dispuesto por los esclavistas para servir a sus necesidades especiales.

—¿Cómo? —preguntó Arnild, aún confuso.

—Esclavos. Estaban en continua expansión, y ya sabe que su estilo de guerrear era costoso en vidas. Necesitaban fuentes continuas de suministro, y debieron de crearlas. Este planeta era una respuesta. En cierta forma, estaba hecho a la medida. Un único continente con pocos bosques, con escasos lugares en los que la gente pudiera esconderse cuando llegasen las naves esclavistas. Implantaron un núcleo, dieron a la gente medios de alimentación simples pero suficientes y ninguna tecnología en absoluto. Entonces se marcharon para dejar que procreasen. A intervalos regulares regresaban, cogían tantos esclavos como necesitaban, y dejaban a los demás para volver a procrear. Solo que no pensaron en una cosa.

El anonadamiento de Arnild estaba desapareciendo. Ahora comprendía.

—En la adaptabilidad del hombre —dijo.

—Naturalmente. En la habilidad, contando con el tiempo suficiente, de adaptarse a casi cualquier tipo de habitat. Este es un ejemplo perfecto. Una población aislada, sin historia, sin lenguaje escrito... con tan solo el deseo de sobrevivir. Cada tantos años unos seres inmencionables caen del cielo para robar sus hijos. Tratan de escapar, pero no hay ningún sitio al que escapar. Construyen botes, pero no hay ningún sitio al

que navegar. Nada sirve.

—Hasta que un muchacho brillante cava un agujero, lo cubre, y se esconde con su familia en él. Y se da cuenta de que sirve.

—Ese fue el principio —asintió el Comandante Stane—. La idea se extiende, los túneles se hacen más profundos y elaborados cuando los esclavistas tratan de abrirse paso hasta ellos. Hasta que, por fin, los esclavos vencen. Este fue probablemente el primer planeta que logró tener éxito en una rebelión contra la Magna Tiranocracia. No podían sacarlos. Los gases venenosos tan solo los matarían, y muertos no servían para nada. Las máquinas que mandaban a buscarlos eran atrapadas como nuestros Ojos. Y los hombres que eran lo bastante estúpidos como para bajar... —no pudo terminar la frase, el cadáver de Dall era mucho más expresivo de lo que pudiera ser ninguna palabra.

—Pero, ¿y el odio? —preguntó Arnild—. La forma en que la muchacha se suicidó antes de que la atraparan.

—Los túneles se convirtieron en una religión —dijo Stane—. Tenía que ser así, para que los mantuviesen en funcionamiento y buenas condiciones durante los largos períodos entre las visitas de los esclavistas. Se tenía que enseñar a los niños que los demonios bajaban del cielo y que la salvación está en las profundidades. Justamente lo contrario a las viejas religiones de la Tierra. Se implantaron el odio y el miedo de forma que cualquiera, por joven que fuese, supiera lo que tenía que hacer si aparecía una nave. Deben de haber entradas por todas partes. Segundos después de que se avista una nave, la población puede desaparecer bajo tierra. Sabían que éramos esclavistas ya que tan solo los demonios llegan del cielo.

»Dall debió haber imaginado parte de esto, solo que creyó que podía razonar con ellos, explicarles que los esclavistas habían desaparecido y que ya no tenían que seguir ocultos. Que también venía gente buena del cielo. Pero esto es una herejía, suficiente para que lo matasen. Si es que siquiera se molestaron en escucharle.

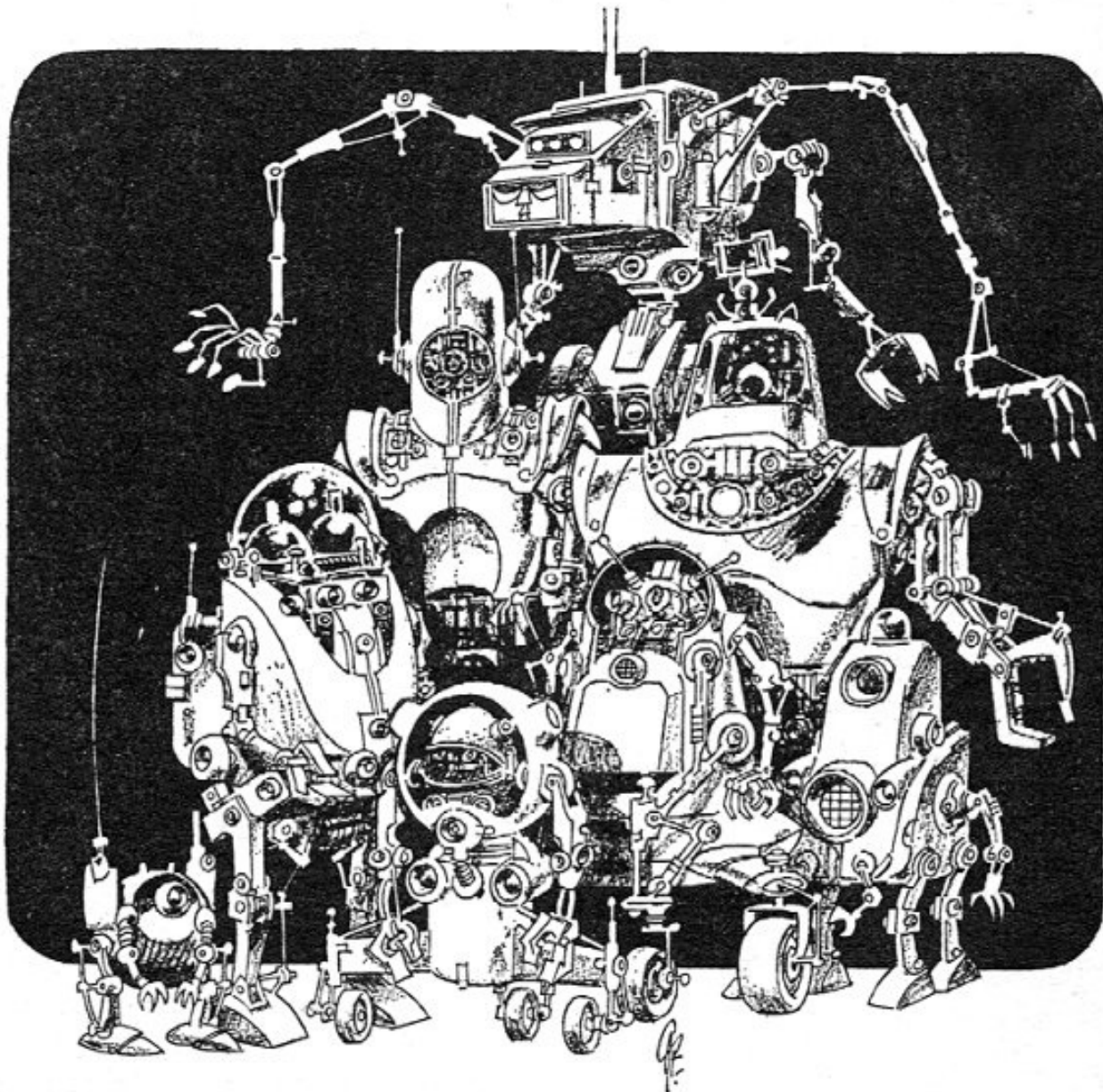
Transportaron con cuidado el cadáver de Dall el Joven a la nave.

—Será difícil tratar de convencer a esta gente de la verdad —dijo el artillero. Se detuvieron un momento para descansar—. No obstante, sigo sin entender por qué los esclavistas deseaban volar el planeta.

—En esto también tratábamos de hallar un motivo demasiado complejo —dijo el Comandante Stane—. ¿Por qué un ejército invasor vuela edificios y destruye monumentos cuando se ve obligado a retirarse? Simplemente por frustración y odio, viejas emociones humanas. Si yo no puedo quedármelo, tú tampoco lo tendrás. Este planeta debió haber molestado a los esclavistas durante años. Una rebelión triunfante que no podían eliminar. Seguían tratando de capturar a los rebeldes, ya que eran incapaces de admitir su derrota a manos de unos esclavos. Cuando supieron que habían perdido la guerra, la destrucción de este planeta fue una forma en que desfogar sus emociones. Usted tuvo la misma reacción cuando vio el cadáver de Dall. Es muy humano.

Ambos eran viejos soldados, así que no mostraron demasiado sus sentimientos cuando colocaron el cadáver de Dall en una cámara especial y prepararon la nave para el despegue.

Pero es que realmente se sentían viejos, mucho más que antes de llegar a aquel planeta, y ahora se movían con rigidez de ancianos.



GUERRA CON LOS ROBOTS

En realidad, no existen muchos inventores o innovadores realmente ingeniosos en la población humana, pero no se necesitan demasiados para que las cosas sigan marchando. Los hermanos Wright realizaron el primer vuelo a motor en 1903, y menos de cuarenta y cinco años más tarde se estaban produciendo aviones con una longitud de alas superior a la distancia recorrida en ese primer vuelo, para no mencionar el tamaño de su avión. El homo sapiens es un perfeccionista nato. Todo se va haciendo mayor y mayor y mejor y mejor. Esto también se aplica a la guerra. Las guerras espaciales tan solo dan una ilusión de mayor magnitud dado su gigantesco campo de acción. Pero pueden ser frustradoras porque puede haber poca gente interviniendo, y muriendo, al mismo tiempo. Más pronto o más tarde, a pesar de todos los esfuerzos por solucionar el problema, regresará la guerra a la maltrecha vieja Madre Tierra. Los diferentes grupos hallarán cosas importantes en las que diferir y, muy lógicamente, las diferencias de opinión serán resueltas en la bien probada forma que es la guerra.

Naturalmente, los robots ayudarán, pues por entonces, después de tanto entrenamiento, ya serán bastante expertos en el juego. Esta participación robot arrebatará una buena parte del placer experimentado en los combates cuerpo a cuerpo, pero una tendencia perfeccionista no puede ser detenida. Tan pronto como un bando da un paso hacia adelante, el otro tiene que apresurarse a ponerse a la misma altura.

Hasta que, al fin, tengamos una guerra global de un tipo realmente majestuoso, cuando toda la superficie del planeta, el aire y los mares sean un solo y gigantesco campo de batalla...

A través del suelo del rápido monorraíl tan solo se podía notar una débil vibración. No se apercibía sensación de movimiento, puesto que las paredes del túnel por el que corrían veloces no podían verse dado que no había ventanas. Los viajeros, todos ellos ataviados con pulcros uniformes de brillantes botones y condecoraciones, se movían ligeramente en sus asientos en las curvas, hundidos en sus propios pensamientos y conversaciones en voz baja. Sobre ellos, miles de metros de sólida roca los separaban de la guerra. Moviéndose fácilmente a doscientos cincuenta kilómetros por hora, el vehículo llevaba al General Pere y a su Alto Estado Mayor a sus posiciones de combate.

Cuando chilló la alarma, el conductor apretó a fondo el freno y dio marcha atrás. No hubo tiempo bastante: a toda velocidad, el proyectil metálico chocó contra la barrera de rocas y tierra que bloqueaba el túnel. Las planchas de acero se desmoronaron y retorcieron mientras el vehículo quedaba inerte. Se apagaron todas las luces; y en el vacío silencio que siguió al atronador ruido del impacto, tan solo se pudo escuchar un débil gemir.

El General Pere se alzó de la silla, agitando la cabeza en un esfuerzo por aclararla, y encendió su linterna. Nerviosamente, el haz danzó a lo largo del vehículo, haciendo brillar las motas de polvo e iluminando los asustados rostros blanquecinos de su alto mando.

—Informe de bajas, verbal —le dijo a su ayudante, con su voz lo bastante baja como para que no se la pudiese oír temblar. No es fácil ser general cuando uno tiene tan solo diecinueve años. Pere se obligó a sí mismo a permanecer firme mientras la espalda metálica de su ayudante robot se movía rápidamente a lo largo del pasillo.

Los asientos estaban bien sujetos y miraban hacia atrás, así que pudiera ser que no hubiesen demasiadas bajas. Tras los respaldos de los últimos asientos había unos restos de polvo y escombros que habían entrado a través de la destruida parte delantera. Indudablemente el conductor estaba muerto debajo, lo que era bueno, pues evitaba los problemas de una corte marcial.

—Un muerto, un desaparecido en acción, un herido, fuerza total activa de la unidad en estos momentos: diecisiete —el ayudante dejó de saludar y se quedó firme, esperando nuevas órdenes. El General Pere se mordió nerviosamente el labio.

El desaparecido en acción era el conductor. Supuestamente muerto, realmente muerto. El «un muerto» era el nuevo capitán del Control de Intercepción, que había tenido la mala suerte de estar levantándose de su silla en el momento del accidente. Su cuello se había quebrado contra el borde del asiento y su cabeza colgaba ahora en un repugnante ángulo. Los gemidos debían ser del hombre herido, lo mejor sería que se ocupase primero de esto. Marchó a lo largo del pasillo e iluminó con su linterna el lívido y sudoroso rostro del Coronel Zen.

—Mi brazo, señor —jadeó el coronel—. Estaba tratando de asir algo cuando chocamos, y mi brazo golpeó hacia atrás contra el borde metálico. Creo que está roto. Me duele...

—Ya basta, coronel —dijo Pere, en una voz un tanto demasiado alta porque el miedo del hombre estaba comenzando a afectarle a él también. Se oyeron pasos por el corredor y su lugarteniente, la General Natia, se puso a su lado.

—Usted ha seguido el curso standard de primeros auxilios, general —dijo Pere—. Vende a este hombre y luego venga a informarme.

—Sí, señor —dijo la General Natia con una voz en la que resonaba la misma nota de miedo.

Maldita sea, pensó Pere, debería saber que esta no es forma de actuar para un general. No podemos dejar que las tropas se enteren de que tenemos miedo... aunque lo tengamos. No le importaba el hecho de que la General Natia fuera una mujer de tan solo dieciocho años.

Una vez se hubo ocupado de su Estado Mayor, dedicó su atención a los problemas del momento. Algo de su tensión disminuyó mientras alineaba los datos. La resolución de problemas era su especialidad, y había sido seleccionado para esto ya antes de su nacimiento. El análisis genético había escogido la mejor cadena de DNA del banco de esperma y óvulos de sus padres. Esto, junto con el entrenamiento subsiguiente, lo había preparado perfectamente para el mando. Con los instantáneos reflejos de la juventud, era un formidable enemigo en el campo de batalla, y esperaba una brillante carrera de al menos cuatro o cinco años más antes de que le llegase el retiro.

Para un hombre que pronto estaría dirigiendo un conflicto global, el problema era de fácil solución.

—¿Comunicaciones? —restalló, apuntando con su dedo al Mayor de Transmisiones. Su voz llevaba ahora un tono automático de autoridad, que contrastaba sensiblemente con su juvenil corte de pelo al cepillo y sus pecas.

—Ninguna, señor —dijo el oficial, saludando—. Lo que bloqueó el túnel también destrozó las líneas. Lo he intentado con el teléfono de campaña, pero los cables están cortados.

—¿Sabe alguien a qué distancia nos encontramos del Cuartel General? —preguntó, alzando la voz para que todos los oficiales del vehículo pudieran escucharle.

—Lo averiguaré... en un segundo, señor —dijo uno de ellos, un coronel de cabello gris del Cuerpo de Computadores. Estaba moviendo el cursor de su regla de cálculo de bolsillo, parpadeando intensamente a la luz de su linterna—. No sé la longitud que tiene el túnel ni la localización exacta del Cuartel General, pero ya he hecho el viaje antes, y el tiempo total empleado es normalmente de algo más de tres horas. Tomando el momento del accidente, calculando nuestra velocidad y teniendo en cuenta la desaceleración... —Su voz se convirtió en un murmullo; y Pere esperó impaciente pero inmóvil. Necesitaba esta información antes de poder dar el siguiente paso.

—Entre sesenta y noventa kilómetros del Cuartel General, señor. Y eso son las

cifras límite. Yo diría que aproximadamente deben ser unos ochenta kilómetros...

—Ya es bastante. Necesito dos voluntarios. Usted y usted. Vayan a la parte delantera y vean si pueden hacer un agujero por entre los escombros. Vamos a tratar de atravesarlos y seguir a pie. Nos necesitarán en el Cuartel General si es que el enemigo está en disposición de llegar hasta aquí.

Esto último lo añadió pensando en la moral de su Estado Mayor; los cursos de entrenamiento habían recomendado un toque humano tan a menudo como fuera posible. Especialmente en las situaciones poco usuales. Y esta era una forma realmente poco usual, aunque nada prometedora, en que comenzar su primer mando. Hizo una mueca de descontento en la oscuridad. Tuvo que esforzarse en apartar sus sentimientos de su voz mientras daba órdenes de reunir los víveres y el agua. Cuando se hubo hecho esto, envió a su ayudante a relevar a los dos hombres que estaban trabajando en la barrera de escombros. Un robot valía por diez hombres en este tipo de trabajo.

Llevó casi diez horas el atravesar la barrera, y quedaron todos completamente exhaustos antes de terminar. El ayudante realizó toda la excavación, y ellos hicieron turnos para apartar todos los materiales que él extraía. Se produjeron algunos pequeños derrumbes de tierra y rocas que ignoraron en su apresuramiento, hasta que una gran fisura en el punto de trabajo cubrió totalmente al robot al desplomarse. Trabajaron hasta que llegaron a sus pies y Pere hizo que le ataran a los tobillos trozos del ahora inútil cable telefónico. Cuando tuvieron el suficiente como para tirar todos de él, lo extrajeron de su tumba. Después de esto el trabajo fue más lento, pues tuvieron que desatornillar las sillas del vehículo para utilizarlas en apuntalar el techo. Considerándolo todo, doce horas no fue mucho para atravesar la barrera.

Una vez la hubieron traspasado, el General Pere les permitió un descanso de media hora. Bebieron de sus cantimploras y se desplomaron cansadamente a ambos lados del corredor. El orgullo y su rango no le permitían a Pere descansar; fue hacia adelante para ver si el túnel estaba libre, con su ayudante al lado.

—¿Cuántas horas le quedan de batería? —preguntó Pere—. Al régimen superior de operación.

—Más de trescientas.

—Entonces, empiece a correr. Si llega a algún otro derrumbe comience a trabajar en él hasta que lleguemos. Si logra pasar sin problemas envíe un vehículo a recogerlos. Esto ahorrará tiempo.

El robot saludó y desapareció, con sus pasos a la carrera perdiéndose en la distancia. Pere contempló la brillante esfera de su reloj y anunció el final del descanso. Caminando con una sola linterna iluminando el camino, pronto todo tomó un aspecto de ensueño que disminuyó sus reflejos. Siguieron así, con pequeños descansos cada hora, durante casi ocho. Cuando comenzaban a caerse, totalmente dormidos, Pere ordenó a regañadientes un alto. Los obligó a comer primero, y luego les permitió tan solo cuatro horas de sueño antes de obligarlos a levantarse. La

marcha continuó ahora a un paso mucho más lento, y otras cinco horas de oscuridad constante pasaron antes de que vieran la luz del vehículo que se acercaba.

—Apúntenlo con sus linternas... todos —dijo Pere—. No vaya a ser que nos atropelle.

El conductor, un robot, había estado viajando a media velocidad, buscándoles. Subieron cansadamente, y la mayor parte de ellos durmió durante el breve recorrido hasta el Cuartel General. El ayudante informó a Pere.

—Se ha dado cuenta de la incursión, y han descubierto otros dos bloqueos en el otro túnel.

—¿Qué es lo que los causó?

—El Servicio de Inteligencia no está seguro, pero espera dar noticias pronto.

Pere se tragó su opinión acerca de la inteligencia de Inteligencia, ya que ni siquiera los robots podían oír comentarios que rebajasen la moral. Tiró de su pegajosa camisa y repentinamente se dio cuenta del aumento de la temperatura en el interior del vehículo.

—¿Qué sucede con el acondicionamiento de aire? —preguntó petulantemente.

—Nada, señor. Es la temperatura del aire en el túnel, que es mucho más alta de lo usual.

—¿Por qué?

—Se desconoce hasta ahora ese dato.

El calor subió progresivamente a medida que se acercaban al Cuartel General, y Pere dio órdenes para que se desabrochasen los cuellos. El vehículo frenó hasta detenerse en la inmensa bóveda al final del túnel. Cuando se abrió la puerta, el hirviente aire que entró era casi irrespirable.

—A paso ligero hasta la compuerta —jadeó Pere, ahogándose con las palabras mientras el calor cicatrizaba su garganta. Corrieron tropezando entre sí hasta la enorme compuerta hermética al final de la plataforma, mientras los cañones robots los seguían desde las torretas que constelaban la pared metálica. Se realizó su identificación y, antes de que llegase a la compuerta, la inmensa puerta exterior giró pesadamente. Alguien chilló cuando se cayó y su piel desnuda tocó el ardiente metal de la plataforma. Pere se obligó a sí mismo a esperar hasta que todos estuvieran dentro, entrando el último. Notaron una cierta sensación de alivio cuando se cerró la puerta exterior, pero no hubo un verdadero descenso en la temperatura hasta que hubieron atravesado las cinco compuertas de las cuatro secciones de la cámara de aire. E incluso entonces, el aire del interior de la fortaleza era mucho más cálido de lo normal.

—Quizá este calor tenga alguna relación con el hecho de que nos envíasen una semana antes —dijo la General Natia—. Esto y el bloqueo del túnel puede ser causado por una irrupción enemiga en masa.

Pere había alcanzado la misma conclusión por sí mismo, aunque no lo iba a admitir en voz alta, ni siquiera a su lugarteniente. Además, era el único que sabía que

una verdadera emergencia en el Cuartel General había alterado su fecha de traslado, aunque el Mando no había sido específico en lo referente a la naturaleza de la emergencia. Tan rápidamente como podía sin echar a correr, Pere llevó a su Estado Mayor hasta la Sala de Control del Cuartel General.

Nada iba bien. Nadie le contestó cuando requirió formalmente permiso para entrar. Había robots de mantenimiento realizando su trabajo, pero no se veía a ningún oficial. Durante un aterrador instante, creyó que los cuatro puestos de combate estaban abandonados. Luego vio como un dedo aparecía y tocaba un botón en el Control Primario: el ocupante de la silla estaba tan hundido en esta que casi no podía ser visto. Pere se dirigió rápidamente hasta aquel punto y comenzó a saludar, pero su mano se detuvo antes de alcanzar su frente y, olvidada, bajó lentamente. Miró con horror al hombre.

En su silla, el operador se dio cuenta gradualmente de que alguien estaba frente a él. Representó un esfuerzo para aquel hombre apartar la mirada de sus enrojecidos y hundidos ojos del tablero. Cuando lo hizo fue tan solo por un instante, y Pere tuvo un aterrador atisbo del dolor que había en las profundidades de unos ojos mirando a hurtadillas desde sus pozos ennegrecidos, como si fueran animales asustados. Luego, su atención regresó al tablero y el delgado brazo se alzó trémulo para tocar un control.

—Gracias a Dios que han venido... que han venido al fin... gracias... —las palabras, apenas un susurro a su inicio, terminaron en un suspiro.

Los brazos del oficial estaban marcados y cicatrizados por pinchazos de hipodérmicas, ensuciados por regueros de sangre ya seca. Las cajas vacías y las ampollas sobre la mesa contaban sin palabras la historia de un hombre que se había obligado a sí mismo a permanecer despierto y activo más allá de los límites humanos: había estimulantes, eliminadores de sueño, glucosa, analgésicos, complejos vitamínicos. Indudablemente había pasado días solo en aquella silla, sirviendo los cuatro puestos de combate desde su propio tablero. Solo, por alguna razón terrible y desconocida, había proseguido la guerra, esperando ayuda. Con una incontrolable sensación de revulsión, Pere vio que el hombre hasta había defecado sin moverse del sitio.

—General Natia, ocupe aquel tablero libre —ordenó.

Ella se aposentó eficientemente en la silla y conectó un repetidor a los otros. Asimilando rápidamente los factores del conflicto, dijo:

—Dispuesta, señor.

Pere accionó la palanca de mando y la luz roja se apagó en el tablero frente a él, encendiéndose en el de Natia.

Fue como si la luz hubiera sido la llama vital que mantenía al hombre en los controles. Cuando la señal roja se apagó, se desplomó hacia un lado, dejando caer el rostro entre sus manos. Pere lo asió por un hombro y lo sacudió hasta que las manos cayeron y las últimas trazas de consciencia irguieron la cansada cabeza. Con un

esfuerzo dolorido el hombre logró abrir los ojos.

—¿Qué sucedió? —preguntó Pere—. ¿Dónde están los demás?

—Muertos —susurró la débil voz, casi agonizante—. Yo fui el único que no murió. Estaba entonces en la cama... por casualidad no tocaba ningún metal, tan solo sábanas y colchón. Los robots dijeron que fue una fuente de vibraciones, subsónica o supersónica, algo nuevo. Los cuajó a todos, los mató... les coaguló la proteína. Como huevos... huevos hervidos... todos muertos.

Cuando el hombre se hundió de nuevo en la inconsciencia, Pere hizo una señal al oficial médico que estaba a su lado. Miró hacia abajo, al sólido suelo de acero sobre el que se encontraba, y se estremeció: el arma vibratoria podía ser usada otra vez, en cualquier momento. ¿O no? Los robots debían haber tomado algunas medidas preventivas. Se volvió hacia el robot de mando, que se encontraba esperando con metálica paciencia junto a la bancada de computadores. Construido con la habitual forma androide, la función especializada de este robot tan solo era aparente por la amplia pantalla de visión en su pecho y el grueso cable, un cordón umbilical metálico, que lo unía a los computadores de atrás. Era simplemente una extensión de los gigantescos computadores y de las unidades de memoria y lógica que constituían el corazón del Cuartel General.

—¿Han encontrado lo que generó las vibraciones mortales? —preguntó Pere al robot de mando.

—Una máquina que se montó y adhirió a la pared exterior del Cuartel General. Fue detectada tan pronto como empezó a funcionar, y sus frecuencias analizadas y neutralizadas en tres minutos diecisiete segundos. No fue dañado ningún equipo ni robot porque las frecuencias tan solo originaban resonancias en la proteína animal. Todo el Estado Mayor, con excepción del Coronel Frey, murió instantáneamente. Grandes cantidades de comida en las despensas...

—Nos preocuparemos de la comida más tarde. ¿Dónde está la máquina?

—Allí —dijo el robot, señalando hacia la pared más lejana. Abrió la marcha, con su cable arrastrándose suavemente tras él, y apartó la tela que cubría al objeto de un metro de alto que se encontraba allá. No se parecía a ninguna máquina que Pere hubiera visto jamás, más bien parecía una enmarañada masa de raicillas brillantes; la roja tierra que aún se aglomeraba entre ellas contribuía a crear la ilusión.

—¿Cómo funciona?

El robot extendió la mano, inclinándose mucho para enfocar sus oculares microscópicos, y arrancó cuidadosamente uno de los filamentos. Quedó en la abierta mano metálica del robot: tenía veinte centímetros de largo y tres milímetros de diámetro. Visto de cerca no aparecía completamente flexible, sino constituido por segmentos movibles y conectados. El robot señaló las partes de interés.

—El generador de vibraciones está constituido por un gran número de estas máquinas, todas de construcción similar. En la parte delantera hay un orificio de borde duro que perfora un agujero en el suelo. Los desechos son llevados hacia atrás

por el cuerpo de la máquina y eliminados por aquí: operacionalmente no se diferencia mucho de la lombriz de tierra. Este aparato direccional la guía, orientándose por un gravitómetro para localizar nuestra base. Aquí hay una unidad energética y aquí un generador de frecuencia. Unitariamente, las máquinas son inofensivas, y su radiación no tiene importancia. Pero cuando se unen y son activadas al mismo tiempo, producen la frecuencia mortal.

—¿Por qué no fueron detectadas antes de comenzar a operar?

—Su masa individual es demasiado pequeña y no tienen componentes metálicos. Además, se mueven muy lentamente, les llevó largo tiempo alcanzar el Cuartel General y agruparse para atacar.

—¿Cuánto tiempo?

—Midiendo la sensibilidad de sus gravitómetros con respecto a la masa del Cuartel General y comprobando su velocidad de movimiento, se ha estimado que iniciaron su perforación hace cuatro años.

—¡Cuatro años! —el General Pere se sintió horrorizado ante aquella noticia. Los kilómetros de tierra y rocas que rodeaban al Cuartel General por todos lados, antes tan confortadores, se convirtieron repentinamente en el lugar de ocultación de innumerables máquinas reptantes y sin conciencia, acercándose con metálica paciencia.

—¿Se puede impedir que construyan otra máquina *gestalt*?

—Ahora no hay problema, ya que sabemos contra lo que tenemos que estar en guardia. Se han instalado detectores y pantallas defensivas.

La ansiedad desapareció lentamente, y Pere se secó el sudor de su rostro mientras contemplaba a su Estado Mayor. Todos los puestos de combate estaban ahora ocupados, y la derrumbada forma del Coronel Frey había sido retirada. Todo estaba funcionando perfectamente... si se exceptuaba el maldito calor.

—Y, ¿qué es lo que está originando esto? —saltó Pere—. ¿Por qué esta subida de temperatura? Tienen que haber hallado la causa.

—El incremento de temperatura ha sido originado por áreas de intenso calor en la zona circundante. La causa de este aumento local del calor es desconocida.

Pere se halló a sí mismo mordiéndose la uña del dedo pulgar y la apartó irritadamente de su boca.

—¡Causa desconocida! Me parece que debería resultar obvia. Si el Enemigo puede construir generadores de ondas tan pequeños como estos trozos de spaghetti plástico, ciertamente pueden construir otros con algún tipo de generadores caloríficos compactos. Esas cosas podrían estar llegando en una segunda oleada después de los generadores de coagulación.

—Esta teoría fue considerada, al igual que otras hipótesis altamente probables, pero no tenemos pruebas...

—¡Entonces consíganlas! —Pere estaba irritado por la persistente lógica de todos los robots, sin importarle lo teóricamente brillante que pudiera ser. Esta explicación

obvia del misterioso calor le parecía ser algo más que una simple conjetura, casi le parecía una certidumbre. Apretó el botón marcado IMPLEMENTACIÓN DE ORDEN situado en el pecho del robot y dio una orden:

—Efectuará inmediatamente una búsqueda más allá de la zona de calor para descubrir cualquier otra de esas máquinas perforadoras especializadas.

Habiéndose ocupado ya de la defensa, dedicó su atención a la guerra. Las operaciones se desarrollaban tan perfectamente, que el nudo de tensión en su estómago se calmó un tanto. Las luces parpadeaban a lo largo de los tableros de control, símbolos codificados de logística e inteligencia. Los operadores cotejaban y preguntaban, alimentando con sus resultados al Control Primario en el que se sentaba la General Natia, relajada pero completamente alerta. Naturalmente, la guerra electrónica se movía a un ritmo demasiado rápido para que pudiera seguirlo la mente humana. Todos los cohetes, cohetes anti-cohete, interceptores, bombarderos y tanques eran controlados y operados por robots. Computadores de diversos grados de inteligencia y responsabilidad daban las órdenes de batalla. Lo mismo ocurría con la lógica. Pero el hombre había iniciado esta guerra y la guiaba hacia su fin. Los operadores humanos analizaban los cambiantes factores de la batalla global y escogían el mejor camino entre los planes suministrados por las máquinas de estrategia. La guerra había estado yendo bien. El análisis de los resultados mostraba un pequeño incremento de victorias en los últimos nueve meses. Si se podía mantener este incremento, o superarlo, en una generación o dos más podrían obtener una victoria completa. Era un pensamiento placentero, aunque un tanto desconcertante.

Cinco guardias más tarde se halló y neutralizó la primera de las lombrices térmicas. Pere la examinó con repugnancia. Tan pequeña, y causando tantos problemas. Ahora todos llevaban uniforme de verano y se sentían incómodos en el aire recalentado. La única diferencia externa entre esta lombriz y los generadores de ondas estaba en el color de su cuerpo de plástico; adecuadamente, la nueva estaba pintada con un brillante tono rojo.

—¿Cómo genera el calor? —preguntó Pere al robot de mando.

—La máquina contiene un circuito suicida. Se cortocircuita la fuente de energía a través de un campo contráctil. Los circuitos arden en unos microsegundos, pero es bastante para que se comprima una pequeña cantidad de hidrógeno...

—¡Implosiona! ¿Es una pequeña bomba de hidrógeno?

—En cierto sentido. Hay poca radiación, y la mayor parte de la energía es emitida en forma de calor. Como resultado, se forma una pequeña bolsa de lava. El calor se transmite lentamente hasta nuestra base. Nuevas implosiones van agrandando continuamente el área fundida de ahí afuera.

—¿No se pueden detectar y destruir esas máquinas antes de que implosionen?

—Es difícil debido a la gran cantidad de ellas que llegan y al volumen de tierra que debe ser inspeccionado. Se están construyendo máquinas y detectores especiales. Se ha realizado una extrapolación de todos los factores, y se estima, con una

certidumbre del noventa y nueve por ciento, que el calor no alcanzará un punto que interfiera con el funcionamiento de la base.

Eso le sacaba, por suerte, un peso de encima: el constante aumento del calor era molesto para todos. Se preguntó curioso a qué temperatura se llegaría antes de que comenzase a descender.

—¿Cuál es la máxima temperatura estimada? —preguntó.

—Quinientos grados —dijo el robot, imperturbablemente mecánico.

Pere miró directamente a las inertes células oculares de la máquina y tuvo la repentina sensación de que le estaban aplastando y que no lograba respirar.

—Pero... ¡eso es monstruoso! ¿Se da cuenta de lo que está diciendo? ¿Qué se cree que es la gente?... ¿Cómo podemos sobrevivir?

El robot no contestó, dado que este problema no caía bajo la responsabilidad de los robots del Cuartel General. Pere se mordió el labio y volvió a plantear la cuestión.

—Esta temperatura no es satisfactoria para el personal... aunque las máquinas puedan sobrevivir a ella. Deben de hallar alguna forma en que disminuirla.

—Ya ha sido considerado este problema, dado que un cierto número de las partes más delicadas estarán cerca de su punto crítico a esa temperatura. Los aparatos de acondicionamiento de aire están ya operando al máximo, y no pueden ser añadidas nuevas unidades. Por consiguiente, han comenzado operaciones de perforación y se están alcanzando depósitos cercanos de agua, con la que se sustituirá el aire de la base. Esta agua entrará a una temperatura más baja y tendrá una mayor capacidad de transferencia calorífica.

Era un compromiso y no una respuesta perfecta, pero podía servir por un tiempo. Se tendría que aislar una sala como vivienda, y los oficiales de guardia deberían usar trajes de presión. Sería incómodo, pero no imposible.

—¿Cuál será la temperatura máxima del agua? —preguntó.

—Ciento cuarenta grados. Hay suficiente agua como para bajar aún más la temperatura, pero esta base no fue diseñada para proporcionar una fácil circulación de otra cosa que no fuera el aire. Todas las unidades de maquinaria son estancas...

—¡Pero la gente no! —gritó Pere, perdiendo el control—. Y, aunque lo fueran, ¿cómo no iban a cocerse en esa sopa que preparan? Dígame, ¿cómo vamos a sobrevivir?

Una vez más el oráculo quedó en silencio. En la distancia se oyó el repentino fluir y gorgotear de agua.

—¿Qué es eso? —tartamudeó.

—Se están inundando los niveles inferiores —respondió el robot.

Pere se dio cuenta de que todo el mundo le estaba contemplando, escuchando las palabras del robot.

—¿Alguien tiene alguna idea? —preguntó, sin darse cuenta del tono plañidero de su voz. No hubo respuestas.

Tenía que haber una respuesta; obligó a su aturdida mente a revisar todas las

posibilidades. ¿El dirigir el Cuartel General por control remoto desde Central Nacional? No, demasiado peligroso, los circuitos de control podían ser interrumpidos, cortados o hasta utilizados por el enemigo. Alguien tenía que estar allí, al menos una persona para ocupar el Control Primario. A menos que este también pudiera ser servido por robots.

—Un circuito discrecional —gritó con repentino alivio—. ¿Podría construirse un robot con un circuito discrecional para que operase la estación de mando? —preguntó a la extensión robótica del Cuartel General.

—Sí.

—Bueno, pues háganlo. Háganlo inmediatamente. Quizá tengamos que evacuar, y en este caso quiero que el robot esté dispuesto para hacerse cargo.

No sería por mucho tiempo, tan solo se irían hasta que la temperatura descendiese y la vida humana fuera posible otra vez. Todas las decisiones que debían efectuarse en el Control Primario eran simples elecciones disyuntivas, con alguna múltiple ocasionalmente. Un robot con los circuitos correctos de evaluación y discreción serviría por un tiempo. No sería perfecto y seguramente el incremento de las victorias descendería algunos puntos, pero no sería un desastre. Tendría que consultar con Central Nacional antes de poner el plan en operación, pero estaba seguro de que no hallarían una mejor solución.

No la hallaron. Los jefes superiores ni siquiera pudieron pensar en algo tan brillante, y se sintieron agradecidos hacia el General Pere por su sugestión. Hasta le concedieron una promoción y le autorizaron a ponerse otra estrella en la manga. Tan pronto como el robot de mando pudiera iniciar sus operaciones, quedaba autorizado para evacuar.

En los niveles inferiores la hirviente agua aceitosa les llegaba hasta las rodillas. La tensión de su estado mayor tan solo cedió cuando trajeron al nuevo robot. Pere miró y frunció el entrecejo mientras la máquina era atornillada a su lugar en la silla. El trabajo había sido rápido, y no se había tomado un especial cuidado en las partes no esenciales: el cuerpo del robot consistía simplemente en una caja cuadrada afeada por las marcas de la soldadura. Dos células oculares se hallaban en una gruesa columna situada sobre ella, y un único brazo articulado se proyectaba de la parte frontal. Los ojos se enfocaron en la luz de mando apagada y el brazo colgaba inerte. Pere hizo que los demás tableros quedasen conectados al de logística, dio una última mirada a la guerra, y luego apretó decididamente el botón.

La luz roja se encendió frente al robot y este entró inmediatamente en funcionamiento. Con fulmínea velocidad, el índice metálico apretó tres botones y tiró de una palanca, y luego cayó de nuevo. Pere estudió las decisiones y no pudo encontrar falla en ellas. Quizá hubiera llevado los tanques de la reserva a la bolsa del Este y tratado de resistir. Aunque tácticamente también era correcto retirarse para reducir la línea y ahorrarse las pérdidas estimadas. Ambas elecciones tenían el mismo índice de probabilidad en la escala, por lo que habían aparecido en la pantalla. El

robot funcionaría bien.

No obstante, odiaba la idea. Por alguna razón le parecía una tremenda afrenta personal el ser reemplazado por aquella caja negra con un brazo pendulante. ¿Era tan solo eso el hombre para las máquinas? Los dedos metálicos corrieron a lo ancho de los controles y luego cayeron de nuevo.

—Dispónganse para evacuar —gritó con voz seca. Esta evacuación no le parecía correcta, en absoluto correcta. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

—Prepararemos una camilla para el Coronel Frey —le dijo al oficial médico—. ¿Qué tal se encuentra?

—Está muerto —dijo el doctor con su átona voz profesional—. El calor fue demasiado para su debilitado estado. El corazón no le resistió.

—De acuerdo —dijo Pere, controlando sus emociones—. Eso deja a Zen como el único herido, y puede caminar bien con su brazo en cabestrillo.

Cuando los oficiales se hubieron reunido, la General Natia dio un paso hacia adelante y saludó.

—Todos presentes, señor. Cada uno lleva raciones y agua extra para el caso de que haya problemas en el túnel.

—Sí, naturalmente —dijo Pere, acusándose mentalmente de no haber pensado en aquellas simples precauciones. Había tenido tanto en que pensar. Era ya hora de irse.

—¿Se ha mantenido abierto el túnel del monorraíl? —preguntó al ayudante.

—Ha habido dos bloqueos menores, pero han sido eliminados.

—Muy bien. Entre en formación. Atención ...derecha... de frente AR. —Mientras su pequeño grupo salía de la habitación marcando el paso, el General Pere se dio la vuelta, movido por algún impulso anacrónico, y saludó al puesto de mando. Ninguna de las máquinas le prestó la más mínima atención. El robot sentado en su silla apretó rápidamente algunos botones y le ignoró. Sintiendo algo estúpido, se dio la vuelta rápidamente y siguió a los demás.

Estaban atravesando las múltiples compuertas de la fortaleza cuando se encontraron con el robot. Esperaba en el compartimento exterior, y pasó a su lado tan pronto como se abrió la puerta. Era un trabajador, un mecánico de alguna clase, abollado y cubierto de barro. Dado que no tenía equipo parlante, Pere tuvo que interrogarlo a través del ayudante.

—Averigüe qué ha sucedido —ordenó.

Los dos robots mantuvieron una comunión silenciosa a través de las ondas radiales, en una conexión directa de cerebro a cerebro que llevaba los pensamientos mucho más rápido de lo que pudiera hacer cualquier palabra.

—El túnel de salida ha sido bloqueado —dijo el ayudante—. El techo se ha hundido en tantos lugares que está comenzando a llenarse de agua. Se ha llegado a la decisión de que no puede ser abierto. Continuamente están sucediendo nuevos derrumbes.

—Dé contraorden. No es posible —dijo Pere, con una nota de desesperación en

SU VOZ.

Había atravesado la última compuerta y ya se hallaban en la bóveda de salida. El calor era superior a sus fuerzas y hacía casi imposible el pensar coherentemente. A través de una neblina roja, Pere vio como enormes robots excavadores salían por la boca del túnel, dirigiéndose hacia la compuerta de entrada, tras ellos.

—No hay posibilidad de contraorden —dijo el ayudante, con una voz metálica que sonaba como la trompeta del juicio final—. El túnel no puede ser abierto ahora. Hemos averiguado que pequeñas máquinas, muy similares a las lombrices caloríficas, han penetrado en el terreno y están haciendo derrumbarse al túnel. Será abierto después de que...

—Otra salida. ¡Tiene que haber otra salida! —La voz de Pere estaba tan en tensión, debida al calor, como sus pensamientos, y sin embargo el robot lo comprendió y lo aceptó como si fuera una orden.

—Hay salidas de emergencia que en otro tiempo llevaban a niveles superiores. Mi información es incompleta. No sé si han sido selladas.

—Muéstrenoslas... no podemos permanecer aquí.

Todos ellos llevaban guantes, así que las barandillas metálicas de la escalera no les carbonizaron las manos, tan solo se las quemaron. El ayudante robot iba en vanguardia y tan solo su fuerza mecánica pudo abrir el anquilosado cierre que sellaba la entrada a los niveles más antiguos. Los humanos se tambalearon tras el ayudante, algunos cayendo y no logrando alzarse de nuevo. El Coronel Zen debió ser uno de los primeros abandonados porque tan solo podía usar un brazo. El calor era tan grande en la absoluta oscuridad que ni siquiera el doctor se dio cuenta de que su paciente se derrumbaba. Y el mismo doctor debió caer algo después, porque ya no era ningún joven.

El General Pere trató de dar órdenes, y cuando no las obedecieron hizo un intento de ayudar él mismo a los rezagados, pero no podía hacer esto y seguir al mismo paso que los otros. Cuando vio que las luces parpadeaban apagándose en el polvoriento corredor, tomó la única decisión posible en aquellas circunstancias. No es que se diera cuenta de lo que hacía, en aquel momento apenas si estaba consciente y tan solo le empujaba el deseo de sobrevivir. Adelantando a los dispersos sobrevivientes, echó a un lado a la General Natia y se situó tras el robot guía.

El dolor combatió con la fatiga y los hizo seguir en marcha hasta que salieron de la zona del terrible calor. A Pere tan solo le quedaron fuerzas para dar la orden de detenerse, beber un trago de su cantimplora y caer inconsciente al suelo. Los otros se desplomaron en amontonado dolor a su alrededor. El ayudante se quedó firme en su incansable paciencia mecánica, esperando a que se pusieran en pie.

Al fin, irnos gemidos agónicos despertaron a Pere, y obligó a sus chamuscados dedos a sacar las bolsas de primeros auxilios. La pomada antiquemaduras alivió algo a los cinco supervivientes, y los estimulantes les dieron la ilusión de fuerza necesaria para proseguir. De alguna forma, la General Natia había conseguido seguirle durante

toda la odisea, así como otros tres. Todos ellos eran jóvenes y fuertes, aunque uno no lo bastante fuerte. Desapareció en el siguiente ascenso.

Sobre el Cuartel General había un laberinto de túneles y habitaciones, ocupadas por la base en diversos momentos antes de que las irrefrenables presiones de la guerra hubieran hundido a los controladores aún más profundamente en el suelo. La mayor parte del mismo estaba derrumbado y lleno de cascotes y no era posible caminar por él. Si el robot no hubiera estado con ellos, hubieran perecido. En su memoria electrónica estaba impreso cada detalle de los diversos niveles, ya que su cerebro contenía las memorias de todos los anteriores ayudantes hasta el comienzo de la guerra. Retrocedían cuando hallaban el camino bloqueado, y encontraban una nueva dirección. Poco a poco progresaban hacia la superficie. No había forma de medir el tiempo en la oscuridad. Dormían cuando se sentían demasiado exhaustos, y luego se despertaban para proseguir cansadamente. Habían terminado la comida y casi se les había agotado el agua. Seguían tan solo por la firme insistencia del robot de que se hallaban en los niveles superiores.

—Estamos justo debajo de la superficie —dijo el ayudante—. Este túnel llevaba a una posición artillera, pero ahora está bloqueado.

Pere se sentó y parpadeó, mirando al túnel circular y obligando a su fatigado cerebro a considerar el problema. El techo del túnel, que no estaba muy por encima de sus cabezas, era de cemento armado. Cascotes del mismo material bloqueaban su extremo.

—Limpie la salida —ordenó Pere.

—No puedo —dijo el robot—. Tengo la batería ya casi descargada. No podría terminar.

Esto era el fin. Era imposible proseguir.

—Quizá pudiéramos... abrírnos camino con una explosión —sugirió Natia en tono de disculpa. Pere la iluminó con su linterna y ella sacó un puñado de proyectiles de su cartuchera—. Contienen alto explosivo. Quizá el ayudante pueda disponerlos para que estallen simultáneamente.

—Puedo —dijo el ayudante.

Sorprendentemente, los cuatro llevaban aún sus armas personales, con cargadores extra; no las habían abandonado con el resto del equipo. El ayudante tomó los cargadores extra y los enterró entre los escombros mientras ellos retrocedían por el túnel. Un minuto después el robot llegó corriendo y se echaron al suelo. La tierra se estremeció y el rugido de la concusión golpeó sus oídos. Se obligaron a esperar largos minutos hasta que la nube de polvo se desvaneció antes de que Pere los guiara hacia adelante.

La barrera seguía allí, pero el techo se había hundido y en lo alto un rayo de luz iluminaba las motas de polvo.

—Lo hemos conseguido —dijo Pere roncamente—. Ayúdenme a subir.

Sostenido por el robot, alcanzó el agujero y desmoronó la tierra suelta de los

bordes hasta que fue lo bastante grande como para pasar los hombros. Cayó un trozo coronado de césped, verde y húmedo. Sacó la mano por el agujero, buscando un asidero.

—Deje que le ayude —dijo una voz, y unas callosas manos morenas se agarraron a las suyas y tiraron de él.

Fue tan inesperado que Pere se quedó con la boca abierta. Y, no obstante, no pudo soltarse y las manos lo sacaron suavemente por el agujero. Cayó de bruces sobre el césped y buscó su pistola, mientras la luz le quemaba los ojos. Entre lágrimas de dolor vio un círculo de piernas que lo rodeaban y apartó la mano de la culata.

Los otros ya habían salido del agujero y, mientras sus ojos se ajustaban a la luz, Pere pudo contemplar lo que lo rodeaba. El cielo estaba encapotado y debía de haber llovido, puesto que el césped sobre el que se sentaba estaba húmedo. Ante él se extendía un campo recién arado. Sintió una repentina alegría al identificar aquellas cosas que tan solo había visto antes en la pantalla. Era la primera vez en toda su vida que se encontraba en la superficie.

Naturalmente, todas las grabaciones que había visto eran históricas, del tiempo antes de la guerra, en que la gente aún vivía en la superficie en lugar de en las numerosas subciudades. Siempre se había imaginado que la superficie era estéril y desprovista de vida. Y entonces, ¿quién era esa gente? Algo silbó y aulló en la distancia por sobre sus cabezas, y por primera vez se dio cuenta de un rugido constante que parecía provenir de todas partes.

—¿Quién es usted? —dijo una voz, y Pere se puso en pie para enfrentarse con el hombre que lo había sacado del hoyo.

—Soy el General Pere, y este es mi Estado Mayor —el hombre tenía una piel muy oscura y llevaba una extraña vestimenta que parecía consistir completamente en piezas de desecho de máquinas. Su túnica era tela plástica y una funda de máquina, sus zapatos suelas de metal con tiras trenzadas para sujetarlos. Llevaba un casco metálico en la cabeza, como los demás.

—Un general —gruñó el hombre, y la sonrisa desapareció de su rostro. Se volvió y lanzó un agudo silbido. En el campo había alguna otra gente tirando de un extraño aparato. Uno de ellos agitó la mano, y comenzaron a acercarse hacia Pere.

—Viene Boruk —dijo el hombre de piel oscura—. Hable con él. Tal vez sirva de algo, aunque lo dudo.

Escupió al suelo y tapó el esputo con tierra que apiló con el zapato. Por encima, entre las nubes, hubo una apagada y gigantesca explosión. Pere miró hacia arriba y vio como las nubes se teñían brevemente de color carmín. Bajo las nubes apareció un punto negro que creció instantáneamente, ante sus horrorizados ojos, hasta tomar la forma de una gigantesca rueda. Cayó en picado, aparentemente hacia ellos, pero en cambio golpeó el extremo más lejano del campo.

La gran rueda rebotó y pasó directamente sobre sus cabezas. Tan solo Pere y sus oficiales miraron mientras pasaba por encima. La rueda debería tener treinta metros

de diámetro y podía ver claramente las estrías y el cubo de metal con sus soportes rotos, de los que aún fluía un chorro de líquido. Rebotó de nuevo, haciendo estremecerse el suelo, y se perdió de vista sobre la colina.

—¿Qué fue eso? —preguntó Pere, pero nadie le respondió.

El grupo del campo estaba ahora más cerca y podía ver que tiraban de un arado construido con piezas sueltas de chatarra. El manillar del arado era la única cosa identificable: los soldados brazos de un robot, con las manos extendidas para servir de asidero. Uno de los hombres, que había estado tirando con un arnés, lo dejó caer y caminó hasta ellos. Iba desnudo hasta la cintura, pero llevaba unos pantalones grises de uniforme y botas altas.

—¡Los militares! —gritó cuando vio sus uniformes—. ¡Maravilloso! ¡Maravilloso!

Giró y se fue corriendo. Una fina llovizna de partículas metálicas cayó al suelo a su alrededor. A Pere le parecía que se estaba volviendo loco.

El hombre tan solo había ido a un lado del campo a buscar el resto de su ropa. Se puso una guerrera y, en lugar de su casco metálico, se colocó una gorra puntiaguda de un diseño altaneramente familiar. Tan solo cuando se hubo abotonado y sacado el polvo de los pantalones se volvió, dirigiéndose hacia Pere.

—¡El Enemigo! —gritó Pere buscando su arma. Era el uniforme que había visto tantas veces en las películas de indoctrinación. Sacó la pistola, pero alguien se la hizo saltar de los dedos. Y entonces tan solo se pudo quedar paralizado mientras el hombre llegaba marcando el paso hasta él, daba un taconazo y lo saludaba.

—General Boruk —dijo—. En misión de paz. ¿Puedo preguntar con quién tengo el placer de estar hablando?

Bajó el saludo y sacó una bandera blanca de un bolsillo, unida a un asta extensible. Tras estirar el asta, alzó orgullosamente la bandera. Su rostro estaba tan moreno como el de los demás, y llevaba un bigote negro y una barba puntiaguda.

—Soy el General Pere —se obligó a decir este—. ¿Quién es usted? ¿Qué está haciendo aquí?

—A sus órdenes, mi general —dijo Boruk, y clavó el asta al suelo. Buscó en otro bolsillo y sacó una gran cartera—. Le traigo los saludos de mi honorable país y la alegre noticia de que deseamos mantener conversaciones de paz. Toda la documentación está aquí dentro, incluidas mis credenciales, y tan solo tiene que dirigirla a las autoridades competentes. Se dará cuenta de que se menciona una comisión de paz, pero estoy obligado a admitir que todos han muerto o regresado. De hecho, para decir la verdad, verá que mi nombre está inscrito en la lista de la comisión como Capitán Boruk, pero esto fue tan solo al principio. Con mi determinación y dado que soy fuerte y poderoso como un toro, se me ascendió hasta alturas vertiginosas. De hecho, el General Graniaz, que me dio el puesto personalmente, hasta me entregó su propia guerrera con la insignia de general. Esa fue una elección adecuada, pues se puede dar cuenta de que yo estoy aquí y los demás

no. Queremos la paz, bajo cualquier condición que deseen imponernos. ¿Están de acuerdo?

—Siéntese —dijo Pere, notando la necesidad de hacerlo él mismo—. ¿Por qué piden la paz ahora, suponiendo que todo esto no sea una trampa? ¿Acaso están perdiendo la guerra?

—Para seguir siendo veraz, General, le diré que ni siquiera estamos luchando en esta guerra —Boruk se echó al suelo y masticó una hoja de césped—. Descubrirán las razones de nuestra petición más pronto o más tarde, así que lo mejor será que sea lo más pronto posible, ya que la situación, por el momento, ha escapado de nuestro control. Parece ser que se nos ha obligado a abandonar nuestras estaciones de mando de los combates para entregarlas a los robots. ¿Se encuentra bien? —preguntó, viendo que Pere tenía un sobresalto.

—Sí —dijo Pere—. Sí, prosiga.

Todo era demasiado familiar para permitirle escuchar sin intranquilizarse.

—Debo admitir que sus científicos saben lo que se hacen, pues lograron contaminar nuestro Cuartel General con un virus mutante que fue imposible erradicar. La base tuvo que ser evacuada, irradiada y esterilizada. Para hacer esto, se tuvo que abandonar el control completo de las operaciones a los robots. Cuando tratamos de regresar, fue imposible. Todas las entradas habían sido selladas y no logramos hacer comprender a los robots lo que deseábamos. Lo estaban haciendo muy bien sin nosotros, demasiado bien —escupió al suelo e hizo una mueca.

—Pero hay caminos. Podrían haber dado contraorden.

—No es tan fácil, General. Le aseguro que lo intentamos. En resumen, cuanto más lo intentamos más perfectas fueron las defensas robot contra nuestras interferencias. Finalmente lucharon contra nosotros, habiéndonos identificado con el enemigo, y tuvimos que retirarnos.

—Nosotros volveremos —dijo Pere, y luego cerró su boca al darse cuenta del desliz.

—Me había imaginado algo así —sonrió Boruk. Su aparente falta de atención no le había impedido darse cuenta de todo—. Cuando un General y su Estado Mayor salen del suelo sobre el área de su Cuartel General, tan solo puede ser interpretado de una forma, en vista de mi previa experiencia. ¿No es así? ¿Les han obligado a irse como a nosotros?

—No contestaré a eso.

—No tiene por qué. Desde luego, es una broma a nivel cósmico —Boruk se echó a reír sin ganas, rompió los documentos de rendición y los echó al suelo. Algo atravesó zumbando el aire y explotó en una inmensa nube de polvo en el horizonte—. Les han echado a un lado tal como se hizo con nuestros oficiales, y no lograrán regresar. Esto tenía que suceder, ya que todo el resto de la batalla es llevado a cabo por robots. Dado que ambos hemos estado concentrando nuestros ataques sobre los Cuarteles Generales opuestos, estaba escrito que alguna de las armas debiera alcanzar

al menos un éxito parcial. Los robots son mucho más fuertes que los humanos, mucho más capaces de soportar ambientes letales. Yo he tenido mucho tiempo para pensar en eso, dado que he estado esperando durante muchos meses.

—¿Por qué... por qué no se rindieron? ¿Por qué no vinieron a vernos?

—Créame, mi querido colega, que ese es el mayor deseo de mi país, pero ¿cómo podemos hacer eso en esta guerra total? Intentamos la radio y todas las demás formas de comunicación, pero fueron bloqueadas por los mecanismos robots dedicados a tal fin. Luego vinimos en una misión personal, que no llevaba armas, por lo que los robots nos ignoraron. Nuestras bajas fueron simplemente debidas a la mortandad de los campos de batalla que tuvimos que cruzar de camino aquí. Los robots eran completamente indiferentes hacia nosotros, un avance del futuro o del presente. La lucha se lleva a cabo en todas partes y tan solo existen algunas pocas áreas pacíficas, como esta, sobre una base fuertemente defendida. Pero, cuando llegué hasta aquí, no encontré instalaciones de superficie ni forma en que llegar hasta ustedes allá abajo.

—¡Esto es monstruoso! ¡Monstruoso! —aulló Pere.

—Lo es, pero debemos contemplarlo filosóficamente. Aceptarlo como lo ha hecho esta buena gente que vive aquí bajo la constante amenaza de muerte. Los robots continuarán su guerra muy eficientemente sin nosotros, y probablemente harán que dure mucho más dado que sus fuerzas están tan igualadas. Encuéntrese una mujer, establézcase, y disfrute de la vida.

Pere se dio cuenta de que inadvertidamente estaba mirando hacia Natia, que apartó la vista y se ruborizó. Aunque era una General, tenía un buen tipo...

—¡No! —gritó—. No me rendiré. Esto es terrible. No es una forma adecuada para que viva la humanidad. No podemos simplemente sentarnos y contemplar como esas máquinas insensibles se destruyen unas a otras.

—Amigo general, no importa que nos guste o no. Nos hemos quedado atrás. Nos han desplazado. Jugamos demasiado tiempo al destructivo juego de la guerra e hicimos que nuestras máquinas fueran demasiado eficientes. Se divierten tanto con el juego que no quieren abandonarlo, y deberemos hallar algún sitio en que podamos vivir lo mejor posible. Algún sitio en el que no nos pisen mientras están jugando.

—¡No, no puedo aceptarlo! —gritó Pere de nuevo, y las lágrimas de frustración e ira le quemaron los ojos. Apartó la mano de Natia cuando esta la colocó sobre su brazo. El horizonte rugía y destellaba rojizo, y metal al rojo cayó en el terreno cercano—. ¡Pues que os divirtáis con vuestros juegos! —lloró, mientras amenazaba con un puño al imperturbable cielo—. ¡Que os divirtáis con vuestros juegos!